

Daniela Dröschner

Mujer joven
con gato



AdN

**Daniela
Dröscher**
Mujer joven
con gato

Traducido del alemán por Noemí Jiménez Furquet

AdN

*Para todas las hijas, para todos los hijos,
para todas las madres
(Para Au., para J., para M.)*

¿Y si el cuerpo no fuese alma,
qué es el alma?
WALT WHITMAN,
«Yo canto al cuerpo eléctrico»

Nadie hasta ahora ha determinado
lo que puede un cuerpo.
BARUCH SPINOZA

De niña, a menudo veía a mi madre desnuda. Medio desnuda, más bien. A ella no le daba ninguna vergüenza quitarse o ponerse la parte de arriba. Recuerdo sus brazos, la barriga pálida que el sol no había tocado, los pechos cubiertos solo a medias por el sujetador. La mitad inferior, en cambio, siempre permaneció tapada por largas faldas. Nunca llevaba pantalones. Ni siquiera conozco la silueta de sus piernas.

Para el filósofo Roland Barthes, un escritor es alguien «que juega con el cuerpo de su madre». Durante muchos años yo intenté justo lo contrario. Ocultaba el cuerpo de mi madre; me avergonzaba de él.

Durante mucho tiempo consideré mi cuerpo algo completamente independiente del de mi madre. Como en la serie de dibujos animados *Tom y Jerry*: la niña que pulula entre las piernas apresuradas de los adultos; adultos a los que no se les ve el tronco ni la cara. Más o menos así, pensaba siempre, sucedía con nosotras. Mi madre está ahí, yo estoy aquí; ella es la supergorda, yo soy la delgada. O en palabras de mi padre: yo soy la guapa, ella es la fea.

Nos parecemos más de lo que uno esperaría, lo cual no es de extrañar, dado que mi cuerpo ha vivido mucho tiempo a la sombra del suyo. A su adorada sombra, desde la que de niña alzaba la vista hacia ella (siempre con el *wie lieb von diiir* de la serie, «qué detalle por tu parte» —alargando mucho la i—, resonándose en el oído).

Mientras me hacía mayor, puede que intentara escapar de mi madre y de su cuerpo. Pero cuando escribo siempre vuelvo a él, una y otra vez, aun cuando, como en este libro, lo aparte un poco del centro. Sus huellas, sus heridas... me persiguen.

Aquí, sobre el papel, puedo aventurarme a lo imposible e intentar contar la historia de mi cuerpo y del suyo de una forma algo distinta. Puedo escribir más rápido que nuestras sombras y hacer retroceder el reloj. Regresar a un tiempo en el que mi madre no estaba tan enferma como hoy y en el que yo todavía no era escritora, sino una mujer joven con gato. Puedo alzar las verdades del suelo y

descubrir maravillas. Mediante la escritura puedo intentar salvarnos. Igual que la escritura siempre me ha salvado a mí.

1

Un fantasma en la garganta

Todo empezó con la sensación de que en realidad había empezado antes.

Estábamos a principios de febrero y era el tercer día seguido que me dolía la garganta. Me había tomado unos días en la facultad para cuidarme la voz como pudiera y tomaba sin parar cucharadas de miel de tomillo. Aun así, tenía la faringe en llamas.

Como nada surtía efecto, decidí ir al otorrinolaringólogo.

«Tienes que ir al médico», habría dicho mi madre. Esa era su norma. Al tercer día uno iba al médico.

Desde la cocina me llegaba el maullido ronroneante de mi gato. Sir Wilson estaba tumbado en el suelo cuan largo era, por lo que una casi se tropezaba con él para llegar a los fogones. Me agaché, le acaricié el espeso pelaje negro y le llené el cuenco, sobre el que se abalanzó de inmediato.

Mientras bajaba peldaño a peldaño desde el quinto, iba pensando lo que diría exactamente durante la entrevista inicial. Sabía lo importante que era dar una imagen medianamente presentable en la consulta. No habría sabido decir cuándo me di cuenta del dolor de garganta.

Había pasado por una época de estrés, había terminado la tesis doctoral a trancas y barrancas, aunque al menos sin crisis importantes; aun así, como solía suceder cuando me concentraba mucho en el trabajo, era como si me hubiera olvidado de mi cuerpo. Al acabar lo había celebrado con algún exceso que otro. Era probable, suponía, que tan solo me hubiera pasado con tanta fiesta.

Avancé por la nieve entre las familiares fachadas de mi calle. Había caído durante la noche; todo permanecía en completo silencio. Los hijos de los vecinos estaban de vacaciones de invierno o durmiendo, y la ciudad parecía tan agradablemente desierta como solo lo estaba en pleno verano. Al cabo de unos pocos metros noté que se me helaban los pies. Había sido tan tonta de ponerme deportivas en lugar de botas. Las patas de las aves, recordé, eran frías por naturaleza, por lo que podían caminar sin esfuerzo sobre los lagos congelados.

«Hay que tener la cabeza y los pies calientes», oí en la voz de mi madre. Siempre decía que la salud era «lo primero».

Yo nunca llevaba gorro, por principio, aunque les habría venido bien a las cicatrices externas e internas de mi cabeza —¿o debería decir «en mi cabeza»?—: eran muy sensibles al calor y al frío.

Al poco de cumplir los veinte me detectaron un tumor benigno en el lóbulo frontal. Me lo extirparon, pero nunca averiguaron la causa. La parte derecha de mi bóveda craneal estaba llena de colinas y cráteres. Los huesos, la piel y el tejido se curaron rápido. La cicatriz era más o menos del tamaño de una herradura y la forma también recordaba a una. El destino me arreó una cox cuando apenas era una veinteañera.

En la consulta ya había cuatro personas sentadas. Me pareció que era como el extraño payaso de *ser quinto*, un libro infantil de Ernst Jandl que a veces le leía a Henny, la hija de mi amiga Leo. En él, un grupo de criaturas maltrechas permanecen sentadas en una sala de espera: un pingüino triste, un pato cojo, un oso con el brazo roto, una rana con una tirita en la cabeza y, por último, un payaso con la nariz pendiendo de un hilo. El texto decía: «puerta abierta / uno fuera / uno dentro / ser cuarto / puerta abierta / uno fuera / uno dentro / ser tercero», y así hasta llegar a la última página: «puerta abierta / uno fuera / tú dentro / ¡hola doctor!».

Entonces me senté en el sillón de examen y una amable médica entrada en años empezó a examinarme la garganta.

—¿Tiene fiebre?

Dije que no. Nunca me subía la temperatura, pero eso ella no podía saberlo. Siempre me maravillaba que los médicos pudieran preguntar y explorarte al mismo tiempo.

Noté con desagrado cómo me introducía un largo bastoncillo hasta el fondo de la garganta.

—Tiene laringitis. Una inflamación de la garganta. Y no de las leves.

—Anda. ¿Y eso?

—Probablemente por una infección. No me extraña; no tiene usted ninguna protección.

La mujer tiró la asquerosa varilla en una bandeja con desinfectante.

—Le extirparon las amígdalas tan a lo bruto que los gérmenes pueden entrar sin más. Eso ya no lo hace nadie..., al menos no así.

Yo no sabía que hubiera diferencias de tanto peso en el procedimiento. Mi madre, después de tratarme durante años con «cataplasmas de patata», había seguido el consejo de nuestro médico de cabecera. En mi generación era habitual, si es que no estaba de moda, quitarles las amígdalas a los niños. Me acuerdo de un artículo en el que alguien preguntaba con sarcasmo: «¿Adónde irán todas esas anginas?».

—Una infección, vale. Pero ¿sin mocos? ¿Ni tos?

—Es raro, sí. —La médica me miró con más atención—. ¿No tendrá ardor de estómago?

Lo negué. Lo único nuevo era una sed descomunal.

—También puede venir de abajo. Por los ácidos que suben del estómago. No hace tanto que se sabe. —Se encogió de hombros—. No es mi campo.

Me dio un aerosol con efecto antibiótico.

—Evite hablar demasiado. Y, sobre todo..., relájese.

Todavía estaba guardando el aerosol en el bolso cuando decidí que no lo usaría más que en caso de emergencia. No me gustaban los medicamentos.

En el camino de vuelta vi que los servicios locales todavía no habían limpiado. Mi mirada se deslizó por el páramo cubierto de blanco. Sentí el impulso de tumbarme en el suelo y formar un ángel de nieve, como a menudo hacíamos mi hermano y yo de niños. Miré a mi alrededor. Todo seguía dormido. Mi ángel no molestaría a nadie. Me acuclillé a toda prisa y extendí aún más rápido las extremidades sobre la superficie blanca y levanté la vista al cielo grisáceo.

Como tantas otras veces, eché de menos a mi hermano, y eso que con los años la añoranza se había vuelto cada vez más inútil y, con ello, casi irreal. Vivía en Londres, nos veíamos poco. Era curioso que en invierno pensara en él con mayor frecuencia, tal vez porque antes siempre íbamos a coger campanillas juntos. Me vino a la mente una frase de mi madre: «A veces creo que, si vino al mundo un chico, fue solo porque papá quería un hijo a toda costa».

Me incorporé como pude. Por mucho que me ardiera la garganta, debía volver al escritorio. Tenía por delante el examen oral, la llamada «defensa» de mi tesis doctoral.

«¿De quién tienes que defenderte?», quiso saber Henny, con la certera sabiduría de una niña de cinco años.

Me estaba temiendo el día. La exposición pública podía tener lugar dentro de tres semanas, pero también era posible que se retrasara medio año: dependía de la fecha que acordaran los dos examinadores. Que todavía no estuviera fijada no mejoraba las cosas.

Me palpé el cuello. En un caso así, normalmente, habría llamado a mi madre de inmediato. Por nosotros dos se había convertido en una especie de «medio médica». Aunque a veces protestaba por tener que ofrecer «diagnósticos a distancia», como ella los llamaba, acababa dándonos la información. Pero justo por eso mi madre también formaba parte del complicado síndrome de ansiedad que yo había desarrollado con los años.

«Si está enferma, vaya al médico —me regañó mi terapeuta—. No llame a su madre».

Miré el reloj. En Japón era de madrugada, demasiado pronto para llamar a mi hermano. Como cada año, cuando llegaba el Año Nuevo chino acudía puntual a visitar a la familia de su novio; las fotos que enviaba de Kioto eran para llorar de bonitas.

Al llegar a casa me sacudí la nieve de los guantes a palmadas, me quité la ropa y me puse a toda prisa mi amado albornoz rosa claro, un modelo de la marca Juicy Couture que encontré en una tienda de segunda mano y que era exactamente como se veía: elegante y mullido.

Me palpé la laringe. Por algún motivo me imaginaba el mecanismo que permitía el paso del aire por las cuerdas vocales como la llave de un clarinete.

Sin hacer caso de la recomendación de la médica, me senté al escritorio. El tema de mi defensa era un impostor del siglo XVIII, un «falso japonés» que en su época se hizo famoso y que desde entonces había caído en el más absoluto de los olvidos.

«Tú y tu manía con Japón», decía siempre Leo.

A diferencia de mi hermano, mi amor por el país era completamente imaginario; solo lo conocía por los libros y relatos.

Me incliné y acaricié las hojas verde claro de los dos bonsáis que mi hermano había colgado por encima del escritorio. Era jardinero y conocía las especies más delirantes con los nombres más delirantes: «ciruela dulce», «árbol de jade». Los dos míos pertenecían a la especie «rosa de nieve».

Mi fascinación había comenzado con un libro de Haruki Murakami que mi exnovio me regaló con la nota: «Léelo. Te va a encantar», y es cierto que me enamoré de la *Crónica del pájaro que da cuerda al mundo*: del narrador que chupaba caramelos de limón, de las enigmáticas hermanas Creta y Malta Kanoo. Poco después descubrí en un seminario los libros de Yoko Tawada y al instante me robaron el corazón.

Bajé la vista y vi a Sir Wilson dando vueltas alrededor de las patas de la silla. Por lo visto, volvía a tener hambre. «De abajo», oí repetir a la médica como un eco.

Me molestaba que mi cuerpo se declarara en huelga justo en ese momento. Había escrito la tesis sin ayuda económica, pero a principios de año recibí noticias de una fundación. Durante medio año percibiría dinero, una alta suma de tres cifras al mes. De inmediato llamé a la oficina correspondiente para saber si se trataba de un error. No lo era, así que decidí reducir los turnos en la facultad. Con la beca, bastaría para vivir y pagar el alquiler. Mi ático estaba formado por una única habitación, un cuarto de estar con cocina americana y un baño. El contrato de alquiler era antiguo y el casero buena gente; podía considerarme afortunada.

Cuando Leo atravesó el umbral, llevaba en brazos a una cansada Henny. Sir Wilson acudió a toda prisa; adoraba a mi amiga y a su hija. Pero a Leo no le gustaban los gatos, y menos Sir Wilson, quien según ella estaba subidísimo y «me lo restregaba por las narices». Tenía que reconocer que era cierto, y literalmente. A veces me despertaba por la noche cuando me pegaba el culo a la cara, con el ano a pocos centímetros de mi nariz.

Henny se largó con el gato al sofá. Leo me puso en las manos un recipiente con sopa de lentejas todavía caliente, junto con un frasco de infusión de jengibre y un pastillero con, supuse, sales de Schüssler o glóbulos.

—Una laringitis como la tuya no es cosa de broma.

—Anda ya —repuse.

—No me extraña que estés enferma, con tu trabajo.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo que con mi trabajo?

—Sabes de sobra lo que quiero decir —me advirtió Leo mientras se alejaba camino del cuarto de baño.

En cuanto su madre desapareció por la puerta, Henny empezó con sus preguntas de siempre. En ese momento eran dos los temas

que le interesaban. Uno, los dinosaurios; el otro, el fenómeno de la reencarnación.

—Ela, ¿qué pasa si uno se reencarna en dinosaurio?

—¿Cómo?

—A ver... Es que... entonces uno estaría extinto. ¿No?

Hasta ese momento, Henny no había llegado a combinar sus intereses con tanta perspicacia.

Leo regresó del baño. Todavía estaba descorchando el vino tinto cuando se sentó a mi ordenador. A veces me tocaba ver cómo se bebía una botella entera, se ponía cada vez más triste o más divertida, alternativamente, y hablaba más que de costumbre.

Leo apuntó hacia la pantalla.

—Esto del «reflujo silencioso» significa que los vapores suben del estómago sin que te des cuenta. Pero afectan a la mucosa igual que el ácido normal. Aquí pone que solo lo puede determinar un gastroenterólogo.

Negué con la cabeza. «Ni atada» me iban a llevar a un especialista en digestivo. Cucharada a cucharada fui dando buena cuenta de las deliciosas lentejas; las sopas de Leo me encantaban.

Mi amiga me miró con atención.

—No es que vaya a terminar otra vez en catástrofe —dijo bajando la vista hasta mi pierna, que asomaba por debajo del albornoz.

En la pantorrilla izquierda tenía una marca de unos cuatro por cuatro centímetros. La forma recordaba al cabo de Buena Esperanza. El médico me diagnosticó una quemadura de segundo grado cuando me abrasé con el agua de hervir el té, aunque tardé varios días en ir a que me mirara la herida supurante. La cicatriz era un monumento a mis visitas al médico un tanto arbitrarias. Unas veces reaccionaba con pánico a la menor punzada, otras reprimía el dolor hasta el punto de no ir a buscar ayuda o hacerlo demasiado tarde y, entonces sí, obsesionarme. Si ya no acababa cada dos meses en urgencias, era solo gracias a mi psicóloga.

—Me estoy cuidando —le prometí.

Entretanto, Leo se había bebido la mitad del vino tinto. Me coloqué a su lado y cerré la tapa del portátil. La cabeza me pesaba y la notaba caliente.

—Debes ir con cuidado. Con examen o sin él.

Leo me tomó la mano. Yo bajé la vista. A ella no podía ocultarle nada. Mi amiga conocía hasta dónde llegaba mi miedo a los exámenes. A lo largo de la vida, nos habíamos desnudado la una ante la otra de todas las formas posibles.

—Y lo hago. Me estoy cuidando. Te lo prometo.

Sonreí, pero Leo me clavó una mirada severa, su «mirada de maestra», como la llamaba para mis adentros.

—¿No decías que en Japón había una palabra específica que lo describía?

—¿Te refieres a *karoshi*? —Fruncí el ceño.

Karoshi venía a significar 'muerte por exceso de trabajo'. Pero yo lo relacionaba con trabajadores cuyos cuerpos sucumbían a una carga física extenuante. O con directivos que colapsaban tras un sinfín de horas extra. No con gente... como nosotras.

—Llevamos una vida de directivos. Solo que sin su sueldo.

Leo hizo una mueca. Luego bostezó.

—Me voy.

Vi que vacilaba.

—De todas formas, ¿crees que podrías quedarte con Henny? ¿Mañana por la tarde?

—Claro —respondí sin pensar; en los últimos tiempos Leo había vuelto a trabajar a jornada completa. Había dejado la tesis cuando se quedó embarazada y ahora era maestra de primaria. Desde que dejé de fumar volvía a permitir que Henny viniera a casa. Mientras trabajaba en el doctorado, el piso había permanecido envuelto en una niebla continua.

Miré a Leo a los ojos, que parecían más grandes y redondos que de costumbre. Algo inusual brillaba en su interior.

—¿Puedo quedarme a dormir contigo? —quiso saber Henny.

Leo se negó, levantó a la niña y se la acomodó en la cadera.

—Hoy no. Otro día.

Una vez sola de nuevo, me dejé caer en la cama, exhausta. Los oídos me zumbaban. Adoraba a mi amiga, pero una velada con Leo salía cara. Era como la historia de Scheherezade, pero al revés. En *Las mil y una noches*, una mujer hablaba y hablaba en su intento por sobrevivir. La verborrea de Leo, en cambio, era mortal. Hacía honor al cliché que la relacionaba con su profesión.

Mi madre también se había acostumbrado a ponerse a hablar sin parar cada vez que la gente la evaluaba por su peso. Como si las palabras, esos seres ligeros y fugaces, pudieran hacer desaparecer su cuerpo. Solo que un cuerpo no se podía eclipsar con palabras.

Tragué saliva. Me hice un daño de mil demonios. Un dolor sordo me palpitaba en las sienes.

«Que no vuelva a ser algo de la cabeza», me advirtió una voz baja en mi interior.

Cada una vive el verano como quiere,
tú en medio de la nieve.

YOKO TAWADA,
Abenteuer der deutschen Grammatik

2

Señora Lázaro

Un par de días más tarde, me desperté protestando en voz alta por lo mucho que me dolía la garganta. Además, tenía tanta sed que me bebí dos vasos de agua seguidos.

Rebusqué el medicamento. Vacilante, me mordí el labio inferior. Entonces me venció la costumbre. En contra de la prohibición expresa de mi terapeuta, decidí llamar por teléfono a mi madre.

Sabía que era un error, pero no pude hacer nada contra el impulso.

En cuanto mi madre descolgó, oí de fondo a los dos niños que cuidaba. El mayor tenía seis años, el pequeño cuatro. Mi madre sonaba ocupada pero contenta, como siempre, y en absoluto molesta porque llevara tiempo sin dar señales de vida. Solo cuando mencioné mi dolor de garganta empezó, ahora sí, a escucharme con atención.

—¡Úsalo! —exclamó a través del altavoz—. Usa el aerosol, por el amor de Dios.

—Vale. Si tú lo dices.

—La universidad esa... —señaló agorera, mientras consolaba a uno de los niños. Al parecer estaban los tres jugando al parchís—. Tanto estudiar... No te hace bien.

La universidad era un punto de fricción eterno. Mi madre nunca había visto una facultad por dentro, pero no hacía más que asegurarme que mi especialidad le parecía «genial», aunque a ella siempre le parecía «genial» todo lo que hiciera o dejara de hacer en la vida, de puro contenta que estaba de que yo, su hija, estuviera

viva y no muerta. Si por ella fuera, podría haber trabajado de payasa. Lo único importante era que estuviera sana. Hasta daba igual si un trabajo estaba pagado con un sueldo «decente».

—Es probable que solo necesites sea descansar —dijo.

Para mi madre, «descansar» era el remedio para todo. Aunque ella no descansaba nunca. Regalaba su fuerza de trabajo de buen grado, igual que la niña de *Los táleros de las estrellas*, para al final quedarse sin nada.

—¡Ay, mamá...! —suspiré.

No quería que se preocupara, que bastantes problemas tenía.

—Últimamente estoy yendo a *reiki*, por cierto —le oí decir de repente.

Me quedé de piedra. ¿El *reiki* no era algo que solo podían permitirse las personas ricas? Mediante la imposición de las manos, recordé, transmitían energía renovada a las partes del cuerpo y, de este modo, las sanaban.

—No hay que hacer nada. Solo te tumbas y respiras. Imagínate.

Escuché su relato con atenta incredulidad.

—Ajá. ¿Y quién te lo da?

—Un señor mayor muy majo del vecindario. Ela, escucha, tengo que dejarte.

Pensé en preguntarle por su fibromialgia, pero lo dejé. Hacía muchos años que mi madre padecía de un tipo particular de reuma y a veces los dolores eran tan insoportables que no podía caminar más que renqueando. Dos meses atrás se había agenciado un bastón a regañadientes. A duras penas podía llevar a cabo el trabajo de niñera.

Toda la generosidad con que me regalaba consejos sobre mis males se la negaba a sí misma para hablar de los suyos. Conversábamos a menudo sobre dolores de muelas o gripes. Lo de los dolores de espalda era más delicado. Con demasiada frecuencia, los cirujanos ortopédicos le habían advertido que debía perder peso.

Colgamos las dos. No habría sabido decir qué me irritaba más, si el *reiki* o el maestro. Aquello equivalía a una pequeña revolución. El

cuerpo de mi madre era como un campo de batalla. Normalmente nadie podía tocarlo, ni con palabras ni con las manos.

Fui hasta la mesa de la cocina, saqué el bote blanco de aerosol de la caja, apoyé el índice en el pulverizador, presioné e inhalé la neblina. Era repugnante, sabía a químico.

—¡Puaj! —exclamé en voz alta, dirigiéndome a Sir Wilson, que se perseguía la cola en mitad de un ataque matutino.

A continuación salí al recibidor y empujé la claraboya hacia arriba. Al instante, el gato se subió de un salto a la escalerilla que mi hermano le había construido. De ahí accedía a un cercado de alambre. Alrededor de la mitad de los gatos que vivían en ciudades y salían con libertad a los tejados acababan cayéndose al intentar cazar algún pájaro. En este caso, el viejo dicho de que los gatos solo saltan desde allí adonde han trepado perdía su validez. El instinto de caza anulaba el de protección. Con el cercado, Sir Wilson al menos podía disfrutar de algo de aire fresco.

Presté atención al dolor de garganta. Seguro que el medicamento tardaba en hacer efecto.

Me senté al escritorio con un suspiro y abrí el archivo con las notas para la defensa. Sin embargo, en lugar de estudiar, me quedé mirando el retrato de mi impostor, que colgaba sobre el escritorio. Mostraba a un hombre joven de ojos redondos como canicas, labios gruesos y bellamente curvados, rostro dulce y peluca de rizos blancos. Bajo el nombre de «George Psalmanazar» se había hecho pasar por nativo de «Formosa», la actual Taiwán, aunque él atribuía la isla al reino del Japón. Incluso se inventó un alfabeto con el que llegó hasta Oxford.

De pronto me di cuenta del hambre que tenía; hasta me rugía el estómago. Decidí prepararme para desayunar una de las sopas de miso que mi hermano me trajo de su último viaje a Japón.

Seguía resultándome extraño poder empezar así el día. Durante años tuve que presentarme pronto en el despacho. Disponer de tiempo por la mañana era un lujo que casi me parecía prohibido.

La sopa estaba deliciosa. Berenjenas, puerros, colmenillas y tofu flotaban en un caldo concentrado.

—¡Mmm, qué rico! —exclamé en voz alta.

Apenas me había terminado el plato cuando de pronto noté un fuerte dolor de cabeza. Me percutía de forma sorda en las sienes. Tenía algo fuera de lo común.

Me quedé mirando el plato, en cuyo centro me aguardaba un poco del caldo marrón oscuro. Un pensamiento me atravesó la mente. ¿Había sido un... espasmo? Corrí hasta el cuarto de baño y me examiné en el espejo. Era evidente. Los tendones del cuello estaban tensos. ¿Tenía la lengua hinchada? Sí, sí. ¿O no? ¿Cuándo fue la última vez que me observé la lengua?

De vuelta en la cocina desplegué a toda prisa el prospecto. Ahí estaba, negro sobre blanco. En raras ocasiones, el medicamento podía provocar una reacción alérgica.

Mis pensamientos iban y venían como en zigzag. ¿Y si no era el aerosol? ¿Y si era... la sopa? Salí disparada hasta el cubo de la basura para rescatar el envase y, presa del pánico, estiré el papel, pero ante mis ojos no había más que una serie de incomprensibles caracteres japoneses. La pasta de miso se fabricaba con soja, y había gente alérgica a la soja. Pero yo no tenía alergia más que al tinte negro de la ropa, aunque muy severa.

¿A qué estaba reaccionando mi cuerpo? ¿Al medicamento o a la soja? ¡Qué desastrosa coincidencia! ¿Qué podía hacer? ¿Llamar a urgencias? ¿Sería exagerado? ¿O razonable?

«Echa el freno», murmuré, y de inmediato me enfadé; esa era una expresión de mi madre, y mi madre era justo la última persona en quien quería pensar. Había sido culpa suya que usara el maldito aerosol. Por algún motivo me vino a la cabeza la palabra *fugu*. En un relato de Kazuo Ishiguro, la madre del narrador muere por un pescado, llamado *fugu*, cortado con descuido.

Me palpé la garganta. La tensión en los tendones no había disminuido, pero tampoco parecía haberse incrementado.

Para empeorar aún más las cosas, Henny llamó a la puerta. Habían cerrado su guardería; todas las educadoras de la región estaban en huelga.

«Y con razón», coreó Leo, que se había unido a las protestas, pero, como solía sucederle, no sabía «qué hacer con la criatura».

—¿Qué te pasa? —Henny me miró preocupada.

—No es nada —respondí en voz baja—. Estoy bien. —Pero de pronto se me ocurrió otra palabra.

«Aire», pensé. Y luego «fugu». Y luego otra vez «aire». Me toqué la garganta a toda prisa. Por fin lo entendía.

—No puedo respirar —dije en voz baja, como anonadada.

—Oh —dijo Henny.

Una vez más, corrí al cuarto de baño. Lo que sobresalía no eran tendones, sino vasos, y estaban duros y tensos como una regla. En cuanto lo comprendí, me entró el pánico. Lo único en lo que podía pensar era en que Henny no podía verme así bajo ningún concepto.

—¡Espera un segundo, Henny! —exclamé con exagerada alegría.

Pedí un taxi con los dedos temblando. Luego volví al recibidor, donde la niña seguía parada y me miraba con los ojos como platos. Ya se había quitado la cazadora y el gorro. Me arrodillé y juntas volvimos a ponerle la ropa de abrigo. Le di un toquecito en la nariz.

—Tenemos que pasarnos un momento por el médico. No es nada malo, ¿vale?

Mientras el taxi traqueteaba sobre los adoquines, yo contaba los segundos. De pronto llegamos a la recepción de mi médica de atención primaria y, ya fuera porque Henny, que me daba la mano con los ojos muy abiertos, explicó decidida que «Ela no puede respirar, dice», o porque yo debía de tener la cara blanca como un muerto, me pasaron de inmediato sin hacer cola.

—Anda. —En la boca de mi médica asomó una sonrisa—. Cuánto tiempo. —Entonces su expresión se oscureció.

La doctora se colocó delante de mí para que abriera la boca.

—Tiene la lengua hinchada —señaló con preocupación—. ¿Qué ha comido? ¿Por qué no ha llamado a urgencias, caray?

En cuanto apretó un botón, una enfermera entró volando y, tras un par de indicaciones, me puso de inmediato una inyección en el brazo. En pocos segundos, mis vasos sanguíneos se distendieron y la presión y la estrechez en la garganta cedieron. El horrible sabor a químico era lo único que seguía adherido a mis mucosas.

Inspiré. Una vez más, todo había acabado bien.

—¿No se da cuenta del peligro en el que se pone? Con ese miedo eterno.

Tenía razón. O corría de urgencias en urgencias o subestimaba las situaciones con una imprudencia que clamaba al cielo. Aun así, me puse a defenderme por instinto, puede que tan solo porque me estaban levantando la voz.

—Estoy yendo a terapia —solté—. Solo para que lo sepa.

Era una persona de fiar. Me ocupaba de mis neurosis.

—Muy bien, ¿y la terapia va a ayudarla en caso de choque anafiláctico? ¿Y... quién es esa?

Miró con desconfianza a Henny, que mascaba chicle sobre mi regazo y cuyos pies apenas llegaban al suelo. Me asombraba que alguien pudiera ser tan pequeño. Estos cuerpos infantiles le rompían a una el corazón.

—Es la hija de mi compañera. De mi amiga —me corregí al ver cómo entrecerraba los ojos, aunque se controló de inmediato. ¿Qué le importaba a ella con quién compartía yo cama?

Me pregunté con qué frecuencia tendría que soportar mi madre miradas como esa. La primera familia para la que trabajó como niñera era negra y cada vez que mi madre, la gorda, paseaba por la zona peatonal de la localidad de tamaño medio que era su nuevo hogar elegido, la gente se quedaba mirando boquiabierta a los dos niños negros con la obesa mujer blanca.

Entretanto, la médica había sacado del cajón una bolsa de arrugados ositos de goma. Henny estaba demasiado bien educada como para no dar las gracias, pero vi que observaba el «regalo» sin saber qué hacer. La médica se volvió hacia mí.

—Lo primero es administrarle cortisona. ¿Cómo se llamaba el medicamento? ¿El que le ha hecho reacción? Voy a ponerme una nota.

Empezó a hojear sus documentos.

—¿Y mi garganta qué? —inquirí.

—¿Cómo?

—Lo de la laringitis, vaya.

Me molestó haber usado la denominación técnica; sonaba a que me hacía la lista. Ella enarcó las cejas. Yo me quedé mirándola. Lo de la alergia era una cosa. Pero una alergia no provocaba una inflamación de la garganta. ¿O sí?

—Necesitará un antibiótico. Tiene la garganta rojísima. Espere... Este antibiótico también le hizo reacción en su momento, ¿no?

¿Me equivocaba o acababa de expresar desagrado porque mi cuerpo no tolerase los benéficos productos de la industria farmacéutica? En una ocasión, el antibiótico que me inyectó me provocó tal inflamación del bajo vientre que la ambulancia tuvo que llevarme directa de su consulta al hospital. En aquella ocasión también me había sentido un estorbo, no una paciente.

—¿Tiene fiebre?

Respondí que no. Más de una vez había indicado durante la anamnesis, y con todo detalle, que nunca me daba fiebre. ¿Es que nadie anotaba esas cosas en el expediente? Si hasta me soltaron un sermón porque no era bueno que un cuerpo reprimiera la fiebre en vez de eliminar los patógenos mediante el sudor.

—Nada de fiebre, vale. ¿Y entonces?

Con una marcada falta de dramatismo le enumeré los síntomas. Dolor de garganta, dolor de cabeza.

Con cada palabra, el ceño que tenía frente a mí se iba frunciendo más y más. Unas tensas arruguitas seguían rodeando su rostro amable aunque algo severo. Mi médica no se fiaba del grado de veracidad de mis descripciones.

—Lo primero va a ser hacerle un análisis de sangre.

—¿De verdad? —Intenté que sonara neutro, pero se me notó el temblor en la voz.

—Sí, de verdad —respondió seria.

Sacarme sangre a mí era más o menos tan fácil como salir a pasear con un vampiro a plena luz del día. Me bastaba ver una aguja para que me entrasen escalofríos.

—¿Análisis de sangre? —preguntó interesada Henny.

Me estaba resultando difícil prestarles atención a ella y a la médica al mismo tiempo. ¿Cómo lo hacía Leo? ¿Se acostumbraba una a dedicar siempre la mitad de la atención a la criatura?

Esperaba que al menos estuviera de guardia la enfermera Bärbel. La mujer, que ya debía de rondar los sesenta, era la única persona que conseguía sacarle sangre a mis venas sin dolores dignos de mención.

Por un breve instante, apoyé la nariz en la coronilla de Henny y percibí el aroma que emanaba, una mezcla de mantequilla y vainilla.

—En cualquier caso, voy a darle la baja.

A pesar de todos los años que llevaba visitándola, mi médica seguía sin entender lo que significaba trabajar en la educación.

—No va a servir de nada —se me escapó—. Tengo que seguir trabajando igual.

Me parecía que tampoco acababa de entender mi especialidad. Estudios literarios... ¿qué «disparatada disciplina» era esa exactamente? Conocía los prejuicios por mi padre.

—Me parece que está adoptando una vez más el papel de víctima. —Puso los ojos en blanco.

—No haga eso —le advirtió Henny horrorizada—. Se le van a quedar los ojos del revés.

Por un momento, mi médica pareció irritada. Pero luego siguió echando pestes.

—Como le digo, debe dejar de hacerse la víctima. Y cuanto antes.

Con esa misma frase ya me condenó en su momento a ir a terapia. La última vez que acudí a la consulta de mi médica, primero me diagnosticó astenia primaveral y luego un *burnout*. Y sí, lo de

estar quemada era una metáfora adecuada para ese estado de completo vacío que la dejaba a una con las extremidades ardiendo y pesadas como una piedra. Con un cuerpo que recordaba a una casa abandonada, fría y con corrientes de aire tras haberse extinguido un incendio. En dos ocasiones me arrolló de tal manera que durante meses fui incapaz de ocuparme del día a día. Entonces cometí el error de hablarle a mi doctora del tumor, y ella reaccionó con indignación y crudeza.

«¿Cómo, que después de todo eso no ha buscado ayuda?».

Pues claro que la busqué, justo después de la operación. Mi novio en aquella época, que estudiaba Psicología, especuló sobre un posible trastorno de estrés postraumático. Pero la terapeuta a la que acudí lo negó. «Esas cosas las tienen los soldados. Al volver de la guerra». Me despidió con las siguientes palabras: «Es usted una persona joven y fuerte. Salga a la calle. Viva».

Suspiré. Al fin y al cabo, mi actual terapeuta se la debía a mi médica de familia. Me aseguré a mí misma que no era mala doctora. Solo algo despiadada en ocasiones, sobre todo en lo que se refería a las «enfermedades de la civilización», como el *burnout*.

—Por desgracia, no puedo darle una píldora contra el capitalismo.

Me tendió el parte de baja con gesto de desagrado.

Me di cuenta de que Henny me agarraba la mano como protegiéndome. Aun así, decidí arriesgarme. De todas formas, ya había quedado mal. A ojos de mi médica era y seguiría siendo siempre una paciente miedosa. Con voz marcadamente más suave le pregunté por algún remedio contra el reflujo silencioso.

—¿Ah, ese nuevo ardor de estómago? Nada más sencillo. —Metió la mano en el cajón y sacó una caja de pastillas—. Tenga. Se las puede tomar todas.

—¿Qué es?

—Un bloqueador de ácido estomacal.

La médica se puso a clicar en su ordenador con alegría. Parecía aliviada de poder interponer distancia profesional gracias a la prescripción. Tenía tan poco control sobre sus emociones como yo.

—Ah, y... —me llamó cuando ya estaba a medio camino de la puerta— no vuelva a andar de especialista en especialista usted sola. Siempre acaba en desastre. Venga a verme a mí. A mí. ¿Me ha oído?

La enfermera que iba a sacarme sangre no era la señora Bärbel. Era una mujer joven y de aspecto inseguro. Con el pelo rubio claro; no, platino. Cerré los ojos y recé para mis adentros. En vano. Henny ya se había puesto a gatas y recorría la sala haciendo movimientos circulares con los hombros. Había copiado aquel movimiento sinuoso de Bagheera, su héroe de *El libro de la selva*.

A veces, delante de mujeres rubias, Henny se convertía en «la pantera», como Leo y yo la llamábamos. Es lo que parecía cuando se movía majestuosa a cuatro patas, sin decir una palabra, se negaba a responder como «Henny» y, si se dirigían así a ella, arañaba, lloraba y daba golpes. Leo y yo habíamos terminado por temer a la pantera. Sobre todo cuando aparecía en un centro comercial, en un andén o en medio de la calle.

«Pero ¿por qué?», se preguntaba Leo siempre. En *El libro de la selva* no había una sola rubia.

—¿Qué hace la pequeña?

—Está jugando —respondí yo a modo de disculpa.

—Sí, pero ¿en el suelo? ¿Con todos los gérmenes?

Yo me encogí de hombros.

La asistente de la médica parecía aún más distraída que antes. Una premisa nada prometedora para un procedimiento como aquel. Como todo el que me examinaba desde una perspectiva médica, la enfermera también hizo un comentario sobre mi piel:

—¿Qué tiene ahí? ¿Y esas manchas?

Observó con curiosidad mi anomalía. En Japón, recordé, existía una regla no escrita según la cual uno podía observar con cautela a otras personas, pero no se las quedaba mirando como un pasmarote.

—Ah, eso —respondí—. No es nada.

En el cuello, el escote y la clavícula me salían a veces rojeces, que iban y venían, y lo pronunciado del color dependía de numerosos factores: del tiempo, de si había dormido lo suficiente, de si había andado deprisa y, por supuesto, de mi «estado emocional». Las manchas parecían pequeños continentes. A veces resplandecían, otras apenas mostraban un brillo tenue. En vez de tener siempre «la lágrima asomando», como se decía en mi familia, en mi caso era la sangre.

La tortura acabó tras dos pinchazos en el brazo izquierdo y otro en el derecho, y pronto Henny también tuvo piedad y volvió a transformarse de pantera en niña.

De repente estábamos de nuevo delante de la consulta. El aire cortaba, la calle estaba tachonada de restos de nieve embarrada. Ese año, la primavera se estaba haciendo esperar. Henny volvió a darme la mano. Tenía los dedos fríos como la nieve. Se me había olvidado coger los guantes. A veces, cuando estaba por ahí con Henny, me acordaba de Gena Rowlands en la película *Gloria*. Gloria, que no tiene hijos, es la novia de un gánster y, por casualidad, se ve obligada a cuidar del hijo de una vecina. Pues así más o menos me veía yo.

Miré la hora.

—Voy a llevarte a casa —dije.

Nos inventamos un juego en el que yo no podía hablar. Henny me enseñó un par de gestos que conocía de la guardería. En su grupo había un niño sordo y la educadora les había enseñado dos palabras en lengua de signos. Entretanto, Henny practicaba una canción que le gustaba. La letra era difícil, pero Henny seguía intentándolo imperturbable. *Es war im Ausverkauf, im Angebot, die Sonderaktion / Tausche blödes altes Leben gegen neue Version*¹.

Al contrario de como acordamos, Leo no volvió de la manifestación y tampoco contestaba al teléfono. Aquello no era normal. A Leo le sobraba tan poco tiempo y dinero como a mí. Su

marido —a quien yo en realidad apenas conocía— vivía desde hacía años con una depresión no tratada, por lo que prácticamente tampoco ganaba dinero. Henny sacó su llave.

—No pasa nada. Está papá.

Vacilé. No me parecía buena idea dejar a una niña de cinco años con un padre afligido. Henny se encogió de hombros.

—Él duerme y yo practico mi canción. No pasa nada.

Apenas había cerrado la puerta tras de sí cuando avisté a Leo a pocos metros, saliendo por la puerta de un restaurante en el que, por lo visto, acababa de comer algo. Era uno de esos italianos finos que solo frecuentaba gente mayor.

—Qué raro —dije en voz alta.

Normalmente, Leo ahorra hasta el último céntimo, así que me extrañó.

Me detuve en la escalera. No era capaz de subir dos peldaños sin quedarme totalmente sin aliento.

Una vez arriba, en el piso, me dejé caer en la silla. Sir Wilson, repantingado como una larga serpiente negra sobre el radiador, bostezó antes de aterrizar pesadamente en el suelo, se desperezó estirando el lomo y extendiendo las patas hacia delante, y por último se subió de un salto a mi regazo. Yo le acaricié el pelaje suave sobre el cráneo negro de formas perfectas. El gato entrecerró los ojos y parpadeó cariñoso.

La vista se me fue a la cita que colgaba encima del escritorio. «Trabaja y no desesperes», decía. Aunque en semejante estado no tenía sentido ponerse a estudiar; eso lo entendía hasta yo.

Miré la hora. Llamar a Japón era caro, pero echaba demasiado de menos a mi hermano.

—¿Qué tal van los cerezos? —pregunté en lugar de saludarlo.

—Ela, ¿qué pasa? —Mi hermano notó de inmediato que algo no iba bien.

—Nada —mentí, pero al final le confesé el percance.

—¡Ay, Dios...! —Podía oír cómo elevaba una oración al cielo—. Prométeme que la próxima vez irás a urgencias.

Solo hablamos un poco sobre mi madre, luego acabamos la conversación.

Nada más colgar, recorrí con la vista los estantes de mi biblioteca. Me pregunté qué podría leer. ¿Tal vez a Virginia Woolf, la eterna paciente? Antes que ella nadie había escrito con tanta valentía sobre la enfermedad.

Abrí el cajón del escritorio y busqué la postal con su retrato que Leo me mandó una vez porque, según ella, nos parecíamos mucho. La cara fina, el pelo recogido, la mirada melancólica. Fijé la tarjeta en la pared, al lado de mi impostor.

—¿Y ahora qué, Virginia? —pregunté en voz baja—. ¿Ahora qué?

Cuántas horas, días y semanas había pasado ya entre cuatro paredes, encamada con los males más variopintos. La enfermedad formaba parte de mi vida como para otros respirar. Había tenido de todo: infecciones de las trompas de Falopio, una alergia recurrente y fuerte contra los tintes textiles, infecciones por norovirus y una úlcera gastroduodenal.

Fui al baño a enjuagarme la boca, pero el asqueroso sabor a químico no se me iba. En mi cabeza resonó la recomendación médica: «Descanse». Me puse a pensar. En filosofía había un bonito ejemplo que ilustraba la libertad del albedrío humano. Uno podía quedarse calentito en la cama por la noche y, a sabiendas de que no era bueno, decidir no levantarse a lavarse los dientes. La negación deliberada u omisión de medidas beneficiosas para la salud formaba parte de la libertad humana.

Desde el escritorio, Virginia seguía mirándome inquisitiva, por lo que decidí que lo que necesitaba no era descansar, sino distraerme; sin pensármelo dos veces quedé con las Sonnenschein. Las gemelas y yo nos conocíamos desde el colegio, y una de las dos —Layla— trabajaba de camarera en un bar de copas cercano.

Al entrar en Kapital, noté cómo en un abrir y cerrar de ojos mi cuerpo se relajaba, expectante por oír sus historias. Kayla ya había trabajado como apuntadora, vendedora de vaqueros, portera de noche, teleoperadora, controladora de entradas en el teatro, montadora en el museo y niñera; en ferias literarias, en una tienda erótica y en una fábrica de galletas. En ese momento trabajaba para un instituto de investigación de mercados.

—La mitad de las encuestas están manipuladas —pontificó—. Me paso el día entero sentada, me pongo en lugar de la persona *x* o *y*, y me dedico a hacer cruces. Ahora soy una pensionista empobrecida, luego un dentista. Total, quién sabe para qué sirve.

Kayla quería ser actriz. Señaló con un gesto el letrero luminoso que había sobre la barra. «El capital es un tímido ciervo», ponía.

—Hay que prosperar. ¿Qué le queda a una si no?

Layla era camarera y no quería ser otra cosa que camarera. Adoraba los cócteles, las propinas, las charlas.

Nos pasamos hablando casi toda la noche sobre el nuevo candidato a la presidencia de Estados Unidos, que parecía salido de la nada y que había conquistado a todo el mundo con su carisma.

Le di un sorbo a la infusión de menta. Una y otra vez se me iban los pensamientos. Con toda la intención, evité contarles algo del susto que había pasado. Cuando pensaba en lo sucedido, se me cerraba literalmente la garganta. Me acordé de un verso de Sylvia Plath: «Solo tengo treinta años. Y, como el gato, siete ocasiones para morir».

Esta vez, mis dos mayores armas, a las que siempre recurría con confianza para luchar contra el miedo, me habían dejado tirada. Mi trabajo y mi madre. No solo no me habían ayudado. Quizá hasta fueran... parte del problema.

¹ «Estaba de saldo, de rebajas, oferta especial / Cambio estúpida vieja vida por nueva versión». Los versos proceden de la canción «Guten Tag», de la banda de pop rock alemán Wir sind Helden (2003). (*N. de la T.*)

Mi madre siempre amó el trabajo. Pero este no siempre la correspondía. Una de las pocas palabras que a veces decía en polaco era *robota, robota*. 'Trabajo, trabajo'.

En los escasos momentos en los que descansaba, solía sentarse en la silla del jardín con la cara vuelta hacia el cálido sol. Eran minutos preciosos, porque poco después volvía a ponerse en pie; la recuerdo siempre en constante movimiento. Incansable, de aquí para allá, escaleras arriba y escaleras abajo. De niña no recordaba haberla visto nunca enferma, al menos no tanto como para que tuviera que guardar cama.

Yo sí enfermaba a menudo y, siempre que lo hacía, leía, igual que leía en todo momento y todo lugar. Era mi madre quien me regalaba los libros. A menudo contaba la de tiempo que había pasado en la biblioteca municipal durante su infancia y adolescencia. Veo ante mí a mi madre de joven, recorriendo los estantes con los ojos como platos.

Me pregunto cómo se habría desarrollado su vida si hubiera defendido su amor por la lectura. De sí misma, de su marido, de su padre. Los dos hombres más importantes de su vida consideraban los libros un lujo innecesario.

Aunque durante un tiempo mi madre renunció casi por completo a la lectura, ha seguido siendo una contadora de historias. Se le dan bien las palabras, como suele decirse. Disfruta expresándose con cuidado y precisión.

¿Alguna vez se le habrá ocurrido escribir? Es posible que mi madre escriba cuando habla. Solo que yo —como a veces imagino— soy su única lectora.

El alma es la madre más solitaria del mundo [...].

La soledad es la madre del alma [...].

La madre es el alma de la soledad.

YOKO TAWADA,

Sieben Geschichten der sieben Mütter

3

Un frío de nieve

Obediente, me pasé una semana entera en la cama. Al final tuve que reconocer que el descanso no me estaba sirviendo de nada. Y, poco a poco, debía volver a la facultad. Nunca había estado de baja más de un día o dos. La directora del proyecto era amiga íntima de mi segunda examinadora y yo no quería contrariarla con mi ausencia.

La inflamación de la laringe no había mejorado lo más mínimo. Cada mañana me despertaba con mucosidad en la garganta; era evidente que el antibiótico de mi médica de familia, que tomaba de mala gana, no hacía ningún efecto.

Coincidiendo con mi decisión de levantarme, encontré en el buzón de mi correo electrónico un mensaje de mi director de tesis. Tras un breve instante de sobresalto, volví a respirar. Iba a quedarse en Estados Unidos hasta finales de mayo. La fecha que me proponía para la defensa era finales de junio, dentro de casi cuatro meses. Me pareció un plazo de gracia. Un examen oral era algo así como mi peor pesadilla. Pocas cosas me horrorizaban más que las presentaciones o las ponencias. Por eso tampoco acudía a coloquios en los que se presentaban los avances de las tesis a menos que fuera absolutamente necesario. Por suerte, mi director era un tipo muy suyo y no me presionaba. Había vivido mucho tiempo en Transilvania, a veces llevaba falda escocesa y, cuando era necesario, nos ayudaba pegando carteles antes de alguna conferencia. Pero desde que se exigía la excelencia en todas las universidades del país, estaba mucho más estresado. Andaba siempre presentando

solicitudes, recaudando fondos; apenas tenía tiempo para investigar. No obstante, me fascinaba de él que no buscase la admiración.

Me costaba mantener el equilibrio sobre las aceras aún medio heladas. El sol brillaba y se notaba bastante más calor; la nieve caía de los tejados, era peligroso caminar demasiado cerca de las casas. Me vino a la mente una frase de los estudios de filosofía que a las Sonnenschein y a mí siempre nos parecía la monda. «La oración “la nieve es blanca” es verdadera si, y solo si, la nieve es blanca».

No era habitual llegar a la facultad ya entrada la tarde. Por majestuoso que el edificio pareciese desde fuera, nuestro despacho era minúsculo. Solo había sitio para dos personas y, si las dos se levantaban de la silla al mismo tiempo, una notaba el aliento de la otra en la cara, o bien chocaban los codos o los pies. Según Leo era «un cuchitril».

Desde que reduje mis turnos, trabajaba con un nuevo compañero. Se hacía llamar «O», por lo que todos especulaban cuál sería su verdadero nombre. O era un tipo tranquilo, pero cuando decía algo la mayor parte de las veces era o muy inteligente o muy divertido. Era historiador y estaba especializado en el siglo XVIII. Pero, sobre todo, era nada menos que el hijo de mi segunda examinadora. Al principio estaba aterrada por ello, pero con el tiempo me sentí más tranquila.

Nuestro trabajo consistía en trasladar las entradas del diccionario de los hermanos Grimm a una versión digital. Era un proyecto gigantesco; había que mecanografiar dieciséis volúmenes con más de sesenta mil columnas, unas trescientas mil palabras. Tardaríamos años en llegar a «zuzón». La labor exigía gran concentración, también por las numerosas abreviaturas, cifras, comas y símbolos que aparecían.

Al cabo de un rato vi que O ya había procesado cinco entradas completas; yo seguía atascada con la primera. Trabajábamos con un documento común; uno podía ver desde su propia pantalla cuando

el otro pasaba a la siguiente palabra y cuando marcaba una entrada como completada. A mí me gustaba saltar de acá para allá y formar pequeñas islas de palabras que iban relacionándose poco a poco. «Noctícula», «noctívago», «nocturnal». «Floresta», «floraina», «florín».

—¿Te encuentras mejor? —me preguntó O al rato. Estaba claro que había visto que tras «zollipo» seguía sin aparecer ninguna marca.

Su pregunta no tenía nada de pesado o de falso.

—Un poco, gracias —respondí con vaguedad.

Era la primera vez que nos tomábamos un descanso algo más largo. Había salido el sol y estábamos en el patio trasero, de pie con los ojos cerrados. Yo daba sorbitos a mi infusión de hierbas, que sabía áspera; había encontrado la bolsa en un rincón polvoriento del *office*. Me di cuenta por primera vez de que O era algo más bajito que yo. Hasta ese momento solo me había fijado en su cara, en su cabello castaño y ondulado, en sus ojos grises, en su bigote minúsculo sobre el labio superior, y apenas en su cuerpo. Era delgado, casi grácil. «¿Es... guapo?», me pregunté. Más bien era su carisma lo que resultaba atrayente. Mi cuerpo se sentía a gusto en su presencia, lo que, dado el carácter del despacho, no me parecía poca cosa.

—¿Y dices que esa autora tiene que ver con tu doctorado? —quiso saber O.

Su nombre no le decía nada; en este país era muy poco conocida. O siguió preguntándome, no por educación, sino con verdadero interés.

—Ah, entonces seguro que hablas japonés. —O asintió con ademán aprobatorio—. Mi madre siempre dice que para entender una cultura hay que aprender la lengua correspondiente. Si no, todo sigue siendo... ajeno.

Fruncí el ceño. Los textos de Tawada eran sutiles, engañosos y siempre parecían más agudos que todos mis análisis científicos. ¿Para qué quería yo aprender japonés si ella escribía en alemán?

Pero por algún motivo me sentí extrañamente cazada. Igual que a veces me sucedía en los coloquios. Decidí dejar la pregunta sin responder. El doctorado de O, pensé con un estremecimiento, estaba financiado por una fundación. Yo... yo era una trabajadora auxiliar.

Cuando mencioné el nombre de mi director, O levantó la vista.

—¿Mi madre y él no son... enemigos acérrimos?

—¿Acérrimos? —repetí horrorizada.

Sabía que mis dos examinadores seguían enfoques distintos, y justo eso es lo que me pareció interesante. La madre de O consideraba que todas las diferencias culturales eran supuestamente construcciones, cuando no proyecciones, lo que significaba que yo, como no japonesa, no podía sino ver mi alemanidad en todo lo japonés. Para mi director de tesis sí existían algo así como particularidades propias de una cultura, y que uno las contemplase desde fuera no lo consideraba un defecto, sino una ventaja, porque de ese modo surgía algo completamente nuevo. Una tercera vía.

Que los dos se cayeran mal era algo nuevo para mí, y de pronto me sentí de lo más idiota. Nadie me había dicho que al elegir director de tesis hubiera que tener en cuenta esas cosas. A mi segunda examinadora solo la conocía por sus libros, que me impresionaban mucho. ¿Cómo me evaluaría, a mí, la pupila de su rival? Mi director me dio un *summa*. La valoración de ella todavía estaba pendiente.

El día de la defensa se vislumbraba cada vez más aciago en el horizonte.

—Bah, seguro que va bien. —O sonrió para animarme—. *Daijobudayo*². —Se rio—. Es lo único que sé decir en japonés. Pero mi madre... ella vivió una temporada en Kioto. Seguro que os caéis bien.

Me di cuenta de que me entraba frío y calor. No tenía ni idea de lo que significaba la palabra. ¿O eran dos? Busqué a toda prisa una respuesta que me permitiera salir con elegancia del apuro.

—¿Qué pasa? —quiso saber O—. ¿En qué piensas?

—Creo que voy a volverme a la cama. —Me señalé la garganta—. La verdad es que no debería estar hablando.

—Anda... —respondió O. Por un instante pensé que había vuelto a decir algo en japonés. Pero luego añadió—: Pues que te mejores.

No era habitual, pensé mientras me marchaba, que alguien te deseara «que te mejores» de un modo tan objetivo y a la vez tan cordial. Había visto que no me encontraba bien. Me gustó la cautela que vi en sus ojos.

Delante de la consulta de mi terapeuta había un banco dorado. Siempre estuvo ahí y yo había pasado a toda prisa ante él en numerosas ocasiones, pero nunca se me había ocurrido sentarme. Así de ajetreado solía ser mi día a día.

Ahora, bendecida por una beca, que me rodeaba como un aura o una red de seguridad, limpié el rocío de la madera pintada y tomé asiento. Era como estar en un teatro. Todavía había nieve por todas partes. La fachada de la casa de enfrente estaba decorada con estuco, lo que hasta ese momento no me había llamado la atención. Recorrí los adornos con la mirada. Descubrí incluso un angelote. «Mofletudo», qué palabra tan cruel.

Cerré los ojos un momento; noté cómo la espalda apoyaba todo su peso sobre la dura madera e inspiré hondo para luego espirar de nuevo.

Una vez más había sucedido. Una vez más se había desatado el caos en mi cuerpo, como tantas otras veces en que había trabajado demasiado, y por motivos que no me eran ni desconocidos ni inexplicables. Por supuesto que la clave estaba en mi miedo.

La operación se llevó a cabo unos diez años atrás. Solo tuve que permanecer ingresada una semana. Tras el alta me examinaron a fondo, pero no necesité medicamentos. El tumor había presionado un nervio, por lo que tuve la pierna izquierda paralizada casi una semana. Pude volver a caminar con normalidad sorprendentemente rápido; lo único que no pude hacer durante bastante tiempo fue

bailar, y mi sentido del equilibrio seguía siendo delicado una década después. Impensable montar en un tiovivo o incluso en un mero columpio, y no todos los días era capaz de coordinar igual de bien el lado derecho y el izquierdo. Pero aunque no sufría más lesiones permanentes que la calva y la herradura, de la noche a la mañana me sentí una criatura extremadamente frágil. Evitaba pasar por debajo de andamios. Iba a la peluquería a regañadientes, pues adivinaba en la pausa desconcertada de las manos del estilista que me había tocado la cicatriz. Lo que más me preocupaba era que nadie había podido explicar de dónde había salido el tumor. Tenía miedo de que se reprodujera. A pesar de todo, le exigía a mi cuerpo una solidez, una «piel gruesa», que yo no tenía.

De pronto me sobrevino un inmenso cansancio. De mil amores me habría echado a dormir. Pero una no se tumba sin más en un banco, en público. En un parque, ni aunque el banco fuera dorado.

Me levanté y me palpé las mejillas. Estaba decidida a poner al mal tiempo buena cara. «Al mal tiempo buena cara». Qué expresión tan ridícula. Esperaba que mi terapeuta no considerase lo sucedido un retroceso. Desde que iba a verla, mis miedos habían mejorado claramente. Incluso mi fobia a las serpientes. Lo único que seguía evitando a toda costa era volar.

La terapeuta me miraba fijamente mientras yo le exponía mis angustiosos síntomas como un tahúr mostraría sus ases marcados. No le escondí nada. Le confesé hasta la llamada a mi madre.

En su rostro, de común amable, se dibujó una clara desconfianza.

—¿Qué va a hacer si un día su madre muere? ¿Huirá también? ¿Se refugiará en el trabajo?

—Pero ella... ella no va a morir —repliqué indignada.

—Claro que sí. Algún día. ¿Y entonces?

Las lágrimas me anegaron los ojos; traté de reprimirlas. Sabía lo que sucedería en ese caso. De ninguna manera quería volver a practicar con la estúpida rueda de las emociones.

La terapeuta carraspeó con discreción antes de encender con mano temblorosa la enorme pantalla. En ella ya aparecía la rueda arcoíris.

Como tantas otras veces, me quedé pasmada ante el monstruo multicolor. Su inventor, el psicólogo estadounidense Robert Plutchik, la había creado partiendo de las emociones básicas: el centro estaba formado por los sentimientos de miedo, ira, tristeza, asco, felicidad y sorpresa. Dos buenos, cuatro malos.

A partir del segundo círculo se trataba de emociones en las que participaban los pensamientos, cosas aprendidas como la vergüenza, la culpa o el orgullo.

«Debe imaginárselo como si fueran el Antiguo y el Nuevo Testamento —me explicó la terapeuta—. Una es la parte arcaica de nuestro cerebro y la otra la civilizada».

—¿Qué es lo que siente? —Resonó la pregunta implacable.

Busqué en el gráfico. Normalmente, una emoción atravesaba el cuerpo durante noventa segundos. Luego se disipaba. Así que debía reconocer mis emociones y luego dejarlas fluir. Una locura, me parecía. Que una tuviera que practicar algo tan natural.

Cerré los ojos un momento.

Las semanas previas a la entrega de la tesis pasé día y noche sentada al escritorio. Apenas dormía, comía mal, fumaba demasiado y trabajaba de una manera tan obsesiva que me levantaba por las mañanas con notas al pie delante de los ojos.

De pronto lo entendí.

—Culpable. Me siento culpable —dije en voz baja.

—Muy bien. ¿Y qué más?

Esta vez dejé abiertos los ojos. Mi mirada se posó en uno de los violines que mi terapeuta había colocado en la antesala. El instrumento reposaba sobre un cojín de terciopelo lila, como un niño Jesús o una joya única. También había un piano y un contrabajo; mi terapeuta tocaba en una orquesta.

Me miré las puntas de los pies; en el cuero se dibujaban cercos blancos. A la terapeuta no le gustaba hablar de dinero. Al fin y al

cabo, la precariedad o la pobreza pura y dura no eran algo que pudiera tratarse con terapia. ¿Era casualidad que mi cuerpo se volviera loco justo ahora, cuando había recibido la beca? La constante falta de dinero me ponía bajo tensión. En cuanto bajaba el nivel de adrenalina, las personas enfermaban. El padre de Leo falleció nada más jubilarse; no duró ni dos meses. Trabajaba en una imprenta y llevaba respirando el polvo negro de las máquinas desde que tenía quince años. Durante sus primeras vacaciones de jubilado, que había querido pasar en Túnez, su país de nacimiento, se le paró el corazón.

Me quedé mirando los colores de la rueda de las emociones. La terapeuta me explicó que tenía derecho a sentir todas ellas. Experimentar esos sentimientos formaba parte de mis derechos humanos. «Derechos humanos», resonó en mi interior. Los humanos necesitábamos unos derechos completamente distintos. Derechos laborales. Derechos de residencia.

Me obligué a concentrarme. A ver, ¿qué sentía?

—Me siento... agotada —admití.

Mi terapeuta suspiró.

—Debe encontrar un equilibrio. Para su trabajo en el escritorio. Y no me refiero a salir de fiesta. O a salir con amigos.

Se quedó completamente callada. Tan solo... le temblaban las manos. Una y otra vez me fascinaba todo el tiempo que era capaz de mantener la mirada; a mí las caras me afectaban enseguida, veía demasiadas emociones, necesidades, pensamientos.

—Oiga, Ela. Tengo algo que comunicarle.

Entonces me explicó que, lamentándolo mucho, debía operarse de una hernia de disco. La intervención estaba programada para la semana siguiente.

Me quedé absolutamente horrorizada. Fue como si, llevando solo medias, hubiera pisado sin querer un charco en el suelo.

—Lo... lo siento —me oí decir—. ¿Cuánto tiempo estará de baja?

—Tres meses. Luego tengo que ir a rehabilitación.

La «rueda de las emociones» se detuvo un momento. En mi interior se hizo el silencio, como en un paisaje nevado. «Nevoso», «niebla», «níveo». De repente descubrí una tercera emoción, clarísima, aunque también egoísta. Me sentía... abandonada, tan abandonada como Toda-clase-de-pieles en el cuento homónimo. «Una pobre criatura que no tiene padre ni madre».

—Pero... ¿y mi... examen?

¿Cómo iba a lograrlo sin ella? Estaba segura de que se me iba a quebrar la voz o de que me desmayaría. Cuando me examiné para el máster experimenté un verdadero *blackout*.

La terapeuta suspiró bajito. Era casi como si ella también estuviera un poco decepcionada. Con lo bien controlado que teníamos mi miedo.

—¿Alguna vez se ha desmayado?

—No.

—¿Qué probabilidades hay de que ocurra?

—No muchas.

—¿Ve?

Agitada, me alejé del banco dorado en dirección a la calle principal. Decidí tomar el camino más largo, pero también más bonito, que bordeaba la orilla del río.

Tuve un impulso; compré un billete carísimo y me subí al primer barco que salía. A mi alrededor no había más que turistas, los idiomas más diversos se entretejían en un tapiz sonoro que iba y venía entre los mástiles como una cometa multicolor. Giré la cabeza. Todos los pasajeros eran parejas. Parejas de enamorados. El suelo tembló bajo mis pies.

Culpable, exhausta, abandonada, recapitulé. Cavilé. ¿Sería que al final estaba... sola? No. No era eso. Una relación no se tenía para sanar las neurosis. Eso lo entendí de jovencita. Mi padre volcó durante años su germanofobia no tratada sobre mi madre, o más

bien sobre su cuerpo. «Grandánime», «grandilocuencia», «grandura».

Eché la vista atrás a las numerosas relaciones, cortas y largas, mejores y peores, que había tenido. A menudo oía decir sobre mí que era un rompecabezas en el que uno se perdía, y como era evidente que a mucha gente le encantaban los rompecabezas, tenía a mis espaldas un rastro de corazones rotos. No me había enamorado de verdad más que tres veces.

Mi terapeuta tenía razón. Algo en mí y en mis sentimientos no funcionaba bien. Era capaz de leer cada mínima emoción en la cara de los demás; pero en lo que se refería a mi propio corazón, era una aficionada.

Me quedé mirando el agua, las ondas blancas que se entremezclaban. Me asombré de la suavidad con que el barco se deslizaba sobre la superficie. Se dirigía con confianza y determinación hacia la Isla de los Museos, donde los turistas se movían entre las columnas de color arena. Era bonito poder acercarse tanto a las venerables fachadas. Me acordé de que Otto von Bismarck, el reformador de hierro, fue uno de los primeros estadistas en introducir un seguro de salud. Me pareció un mal chiste. Que precisamente el hombre de las virtudes prusianas hubiera incorporado esta protección legal.

Para horror de mi padre, pocas semanas después de la operación decidí no convertirme en profesora. Para horror de mi madre, me envolví la cabeza con un pañuelo con estampado de leopardo, formando un artístico turbante, para ocultar la calva y la cicatriz, y, como había planeado, comencé mi año de intercambio en Londres, donde, entre otros, hice un curso de escritura creativa. Pero entonces mi madre enfermó de fibromialgia, así que volví a Alemania. Me sentía culpable porque se le manifestó justo después de mi operación, como si a su vez se sintiera responsable por mi tumor y todo lo que sucedió después. Estábamos atrapadas en esa lógica. Como en el «complejo de Ajase», la variante japonesa de la historia de Edipo. El hijo del rey, Ajase, intenta matar a su madre en

el preciso momento en que descubre que no puede vivir con él simbióticamente. Cuando el intento de asesinato fracasa, enferma de la piel y su madre lo cuida hasta su curación. El crimen queda impune. No obstante, Ajase no logra librarse de la culpa. Siempre dependerá del perdón de su generosa madre.

El barco se mecía con suavidad. Hacía frío, pero de pronto sentí que me asfixiaba. Me aflojé tanto la bufanda que acabó enroscada como una triste y flácida serpiente alrededor de mi cuello, pero la sensación de ahogo no desapareció. «¿Qué será?», me pregunté.

¿Qué volvía a pasarle a mi cuerpo?

Al abrir la puerta de mi edificio, noté cómo rompía a sudar. Tenía los pulmones sibilantes; sentía un peso plomizo sobre el pecho.

Decidí descansar un momentito en el primer escalón de la planta baja. El suelo estaba frío. Yo estaba mareada. Era como si mi interior se hubiese inclinado, como la superficie de un estanque u otra masa de agua inmóvil.

Me quedé un rato callada y tratando de respirar con dificultad. Cuando volví a levantar la cabeza, mi vecina estaba de pie frente a mí, con su hija de la mano.

—¿No te encuentras bien?

—Tengo... palpitaciones. Es como si el corazón me fuera a tirones.

—Yo iría a urgencias. Si fuera tú.

—¿Sí? —Se dedicaba a los cuidados, así que sabía de estas cosas. Me levanté y erguí la espalda con valentía.

—Creo que mañana iré al médico.

—Últimamente pasas demasiado tiempo en casa —señaló con una mirada un tanto peculiar. Parecía querer preguntar cómo podía permitírmelo, siendo estudiante, y de inmediato me avergoncé por el importe mensual de mi beca. Mi vecina estaba criando sola a su hija y, hasta donde yo sabía, hacía un montón de turnos de noche. Desde la separación la oía cantar «I will survive» con frecuencia.

—Avísame si necesitas algo.

Asentí, agradecida.

—Y si hace falta cuidar de la pequeña, yo... tengo tiempo.

Un extraño temblor atravesó el semblante de la mujer. La niña padecía, como una vez me contó otra vecina, el llamado «mutismo selectivo». No hablaba con nadie. ¿Quién era yo para pensar que podía ocuparme de una niña con necesidades así de especiales? Nos despedimos y me arrastré peldaño a peldaño hasta la quinta planta. Mientras tanto, me iba soltando uno de mis monólogos de «Cómo te atreves». ¿Por qué yo, siendo hija de mi madre, creía tener que rechazar de inmediato la ayuda que se me ofrecía?

Hasta que no cerré la puerta a mis espaldas no me di cuenta de que tenía todo el cuerpo empapado. Estaba tiritando. Además, necesitaba ir al baño. La orina fluyó cálida de mi cuerpo. No paraba de ir al lavabo, pero no era de extrañar con la cantidad de agua que bebía últimamente.

Me quité el vestido y decidí darme un baño. ¿Sería aconsejable? ¿En semejante estado? La necesidad de calor se impuso, por lo que me metí en el agua, que rodeó mi cuerpo como un reconfortante manto.

Sir Wilson se acercó, primero estiró las patas sobre el borde, luego se subió de un salto. Como todos los maine coon, adoraba el agua, a diferencia del resto de sus congéneres.

Al salir de la bañera, ya sabía que el baño había sido un error. Estaba mareada.

Encima, mi estómago decidió dar señales de vida con un rugido. Envuelta en el albornoz rosa de Juicy Couture, busqué al tacto la nota con los «alimentos peligrosos» que Leo, precavida, me había preparado.

La soja figuraba arriba del todo, pero también aparecían lentejas, frutos secos, huevos, pescado y trigo.

Me puse a rebuscar por la cocina. Lo único «no peligroso» que tenía por casa eran patatas con mantequilla y sal. Degusté con deleite las rodajas doradas. Por sencilla que fuera esta comida, me resultaba exquisita; no había otra combinación en la que la

mantequilla y la sal estuvieran tan ricas. Apenas había dejado limpio el plato cuando volví a verlo todo negro.

Me senté en la cama y me dejé caer hacia atrás, pero al instante volví a incorporarme. De repente notaba el corazón latiendo con fuerza contra la caja torácica. Bajé la mirada. Hasta ese momento ni siquiera había sido consciente de que tenía un corazón, pero ahora sí me parecía que fuese un órgano.

Crucé las piernas a lo indio. Todo en mi cuerpo me pedía que me quedara erguida. Que bajo ningún concepto bajara la cabeza. Tenía grabada una escena de un libro juvenil. Los caballos que padecían un cólico no se tumbaban. Permanecían de pie.

Sin pensarlo mucho, hice una torre con todos los cojines que pude encontrar rápidamente. Saqué hasta un viejo saco de dormir que apestaba a turba.

Con los ojos abiertos permanecí más o menos erguida en la cama. Dolor de garganta, patatas, palpitaciones... ¿qué tenían en común?

Para rematar la faena, Sir Wilson había empezado a maullar; sus quejidos me retumbaban tanto en los oídos que me tapé la cabeza con el grueso edredón. Por un momento me vi desde fuera ahí sentada, un montículo blanco y atemorizado; no, más bien parecía un fantasma.

«¡Respira!», me ordené. Debía hacerlo con calma. Una expresión emergió de entre la niebla de mis pensamientos: «infarto de miocardio». Hacía poco habían descubierto que en las mujeres era mucho más difícil de diagnosticar. Mostraba unos síntomas totalmente distintos que el cuerpo de los hombres.

Sentía el corazón como un animal enjaulado dentro del pecho.

Sin darme cuenta, busqué a tientas el teléfono. ¿Estaba exagerando? No. Lo único que tenía eran mis sensaciones. Y mis sensaciones decían que en mi cuerpo estaba pasando algo... peligroso.

2 «Todo irá bien». (*N. de la A.*)

El carácter chino de «cuerpo» está formado por los
ideogramas correspondientes a «persona» y «libro»;
¿significa eso que el cuerpo es un libro que se comporta
como una persona?

YOKO TAWADA,
Nur da wo du bist da ist nichts

4

Mi corazón oprimido

A primera hora del día siguiente, mi hermano pasó a recogerme en taxi. Por suerte, había vuelto de Japón. Nos habíamos pasado toda la noche intercambiando noticias, aunque no habría sabido decir qué había escrito yo. No había pegado ojo desde que colgamos; estaba hecha un desastre, los pensamientos se me atascaban o se me partían en dos. Lo único que quedaba era la pregunta que me hacía sin parar: «¿Qué me pasa?». Una especie de mantra que me tranquilizaba o intranquilizaba, según. El corazón me latía hasta la garganta.

Bajé los últimos escalones volando, abrí la puerta del portal y corrí hacia él. Mi hermano me rodeó con sus largos brazos. Inspiré profundamente su aroma; olía fresco, extrañamente a aire, a hogar. Con su gabardina amplia me parecía un ángel, como si me hubiera envuelto con sus alas. Solo al cabo de un buen rato levanté la cabeza y lo miré bien. ¿Me equivocaba o cada vez parecía más japonés?

—Bueno, ¿a qué clínica vamos? —quiso saber.

Me quedé pensando. Nunca había ido a ninguna consulta por mi corazón; al fin y al cabo era un clásico en el catálogo de las pacientes con miedos.

—Al hospital de St. Marien —decidí. Allí fue donde Leo dio a luz a Henny. Me pareció buena señal.

En urgencias había tanta gente que estuve a punto de dar media vuelta. En mi interior, el payaso de Jandl me hizo un gesto de burla. Era probable que en las demás clínicas la cosa no estuviera mejor.

Durante todo el tiempo que esperamos, mi hermano me sostuvo la mano. Yo observaba sus dedos. Teníamos exactamente la misma media luna blanca en las uñas. Mi cabeza fue de su hombro al pliegue de su codo; al final apoyé la sien en su regazo. Me fascinaba la seguridad con que mi hermano descansaba en su cuerpo. Como en un palacio.

Llevábamos más de un año sin vernos. En Navidad ni él ni yo visitamos a nuestra madre, como hacíamos normalmente. La tesis me había tenido demasiado ocupada.

Volví a inspirar y a espirar hondo. Notaba los pulmones pesados y lentos. Como congestionados.

Cuando por fin me llamaron, me hicieron tumbarme en una camilla.

—¿Tiene fiebre?

—No.

—¿Qué es eso que tiene en el cuello? ¿Una erupción? —La cardióloga parecía tener prisa, pero se estaba esforzando por centrarse en mí y mi situación. Escuchó con atención la reconstrucción de los hechos, como yo lo llamaba para mis adentros.

Para examinarme decidieron emplear una ecocardiografía. Primero tuve que girarme sobre el lado derecho, luego sobre el izquierdo. Hasta entonces nunca me habían mirado el corazón. La médica no dijo nada durante un par de minutos. Yo cerré los ojos mientras el transductor se deslizaba sobre mis costillas con un extraño movimiento a trompicones. Su silencio podía significar algo, pero no tenía por qué.

—Hay algo en su corazón que no me gusta —la oí murmurar—. ¿Hay antecedentes de enfermedad? ¿En su familia?

—No. —Mi hermano negó con la cabeza.

El corazón de mi madre estaba sano. El de mi padre también.

—¿Y por lo demás? ¿Algo?

—Un tumor. A los veinte. Pero era benigno —añadió mi hermano.

Ni siquiera yo estaba segura de tener que mencionarlo. Me parecía innecesario sacar una y otra vez a colación un incidente que pertenecía por completo al pasado; a fin de cuentas, el tumor era benigno.

—Ajá. —La médica anotó algo.

—¿Qué le pasa a mi corazón? —pregunté en voz baja.

—El ventrículo izquierdo no bombea adecuadamente. Aquí. Mire.

Giró el monitor para que mi hermano y yo pudiéramos ver las imágenes. Las dos líneas finas y delicadas que se movían de un lado a otro, como la silueta de un par de conejos temblorosos, eran las válvulas cardíacas en vibración. Resultaba asombroso que funcionaran al segundo, sin parar, incansables.

—Pero... ¿cómo es posible? —quiso saber mi hermano.

La médica volvió a colocarme de espaldas.

—¿Ha perdido a alguien?

—¿Cómo?

—¿Su madre? ¿Su padre?

—No. —Me molestó la idea de que algo así pudiera desencadenar tales síntomas.

La cardióloga se quedó pensando. No parecía antipática. Solo estresada.

—Si ha empezado con una infección, puede que haya otra posibilidad.

—¿Cuál?

—En fin..., una miocarditis.

—¿Una... qué?

—Una inflamación del músculo cardíaco.

La sangre me subió amenazante hasta los oídos. ¿Podría hacer frente a eso? Mi hermano se había acercado y sentí sus manos cálidas rodeando las mías, que de pronto estaban tan húmedas como si hubiera limpiado el asiento de un banco del parque después de llover.

La cardióloga apretó mi brazo y asintió con gesto animoso.

—Va a quedarse con nosotros.

Una vez en la planta, me llenaron el tórax de cables para poder controlar los latidos de mi corazón. También me administraron una dosis elevada de ibuprofeno para que bajase la inflamación. Mi habitación tenía dos camas, y mi vecina era una madre joven que acababa de dar a luz y que, como me aseguró la enfermera, dormía casi todo el tiempo.

Me recosté. La cama, con sus sábanas almidonadas y clínicamente limpias, me confería una extraña sensación de seguridad. Estar ingresada me resultaba aterrador y reconfortante a un tiempo.

—Vas a ocuparte de Sir Wilson, ¿verdad?

Mi hermano asintió. Le estaba increíblemente agradecida por acompañarme.

—¿Quieres que llame a Leo? ¿O a alguien más?

Le dije que no; sabía que a todo el que se enterase de mi colapso tendría que darle cuenta de ello al máximo detalle. Al mismo tiempo, quedaría expuesta a cada una de sus reacciones. A sus preguntas y deseos de pronta recuperación.

—Y a mamá tampoco le digas nada, ¿vale? —le pedí—. Hasta que sepamos más.

Si se lo decía se subiría al siguiente tren, de eso estaba segura. Por mi padre en principio no me preguntó. Nos llamábamos por teléfono cada dos meses o así.

Me enteré de que lo de la «miocarditis» era lo que se conoce como un diagnóstico por exclusión. Si el músculo cardíaco estaba o no inflamado era algo que no se podía confirmar ni desmentir. De acuerdo con el análisis de sangre, tenía los valores correspondientes elevados. Marcadores inflamatorios, por el contrario, no tenía.

—Azúcar, tiroides, hígado, riñones... Todo bien.

Asentí, agradecida. Aunque mi cuerpo pareciese estar de todo menos «bien».

—Lo único que queda por mirar son los pulmones —anunció la médica.

Claro. Corazón y pulmones, siempre de la mano. Al instante, la mala conciencia se instaló sobre mis hombros, pesada y fría como el chaleco que le ponían a uno para las radiografías. Hacía tiempo que en mi interior se había puesto en marcha una cadena de asociaciones: laringe, falta de aire, pulmones. Se adueñó de mí un «miedo cervical». ¿De dónde venía semejante expresión? ¿Quién habría implicado al pobre ciervo?

Mis pensamientos iban de aquí para allá sin ton ni son, y me di cuenta de que la rueda de las emociones echaba a andar en mi interior, como una ruleta rusa. Lo que sentía era... remordimiento. Había trabajado demasiado, había salido de fiesta demasiado, no me había cuidado lo suficiente. Pero, sobre todo, había fumado. Repartidos a lo largo del día debía de haberme liado unos cuarenta cigarrillos. Uno cada veinticuatro minutos.

Estaba decidido. No volvería a fumar.

—Tonterías. —Mi hermano sonó casi indignado—. No tienes nada en los pulmones. Con lo joven que eres.

O y sus cigarrillos, caí en la cuenta. Las palabras del diccionario. No podía faltar sin más a la facultad. La médica había pronosticado que tendría que quedarme ingresada por lo menos una semana.

Me armé de valor y marqué el número de O.

—Estoy en el hospital. Se supone que tengo una inflamación del músculo cardíaco.

—Oh —dijo O.

Por algún motivo tuve la impresión de que la noticia no lo pillaba demasiado por sorpresa. Su voz sonó cálida..., conocedora. Ni yo sabía por qué lo había llamado.

—Mira —acabó por decir—. Tengo un... permiso especial.

—¿Qué quieres decir?

—Puedo pasarte los datos de acceso. Así uno puede conectarse desde cualquier lugar. Al programa.

—Ajá. —Me quedé de piedra. Ninguno de los asistentes contábamos con un privilegio así. Era evidente que la directora del proyecto hizo una excepción con el hijo de su amiga. Pero también

me había sorprendido que O entendiera de forma instintiva que yo quisiera seguir trabajando.

—No es lo que piensas. —Tomó aire—. Voy a copiarte un par de palabras y te paso el código. Solo que no se lo puedes decir a nadie, ¿me oyes?

—Por supuesto que no. —Respiré aliviada. «Combeneficiado», «contemplativo», «conspiratorio».

Mi hermano no comprendía que en una situación así pudiera pensar en trabajar. Por mucho que me resistí, acabó confiscándome el teléfono.

—Si no, antes o después vas a acabar llamando a mamá.

Solo podría conservar el ordenador si cumplía ciertas condiciones, y él me prometió que me procuraría un módem.

El primer día transcurrió sin cambios dignos de mención. Mi cuerpo seguía mostrando los síntomas más disparatados. Cada noche me despertaba sobre las cuatro de la madrugada bañada en sudor. Me ardía la garganta y me dolía una barbaridad. Tenía el corazón acelerado y, al respirar, me daba la impresión de que el aire no llegaba de verdad a los pulmones. Tenía sed todo el tiempo, por lo que me examinaron dos veces por si padecía diabetes —sin resultado—, y me sentía seca. Cuando iba al baño, tenía la sensación de perder más agua de la que había consumido en todo el día y, además, mi sentido del equilibrio se había vuelto loco.

—No lo entiendo —comenté confundida.

Mi hermano emitió un profundo suspiro.

—¿A ti qué te parece? —quise saber.

Al principio intentó hacerse el sueco y luego, cuando estaba a punto de decir algo, entró la médica.

—Vamos a hacerle otra vez las pruebas de la diabetes.

—¿Por tercera vez? Pensaba que era una inflamación del músculo cardíaco. ¿Qué pasa ahora?

Mi hermano callaba. Reconocí decepcionada que no iba a serme de ayuda. ¿Qué opinaba su cocinero sobre que se tomara tiempo libre para darle la manita a su hermana? «Su cocinero». Debía dejar de llamarlo así. Su novio se llamaba George, como mi impostor. Cuando nos conocimos, me dijo que le parecía «muy japonesa»; debió de ser por la discreción con que me comportaba. Me caía bien, pero en realidad lo conocía muy poco; mi hermano y yo habíamos aprendido a mantener cuidadosamente separados ambos mundos. La niñez y el presente, nuestra familia y nuestras relaciones.

El segundo día me hicieron una radiografía de los pulmones. Me alegré infinitamente cuando la médica me comunicó el resultado. Estaban sanos. Pero, entonces, ¿de dónde venía mi «dificultad para respirar»?

Acto seguido me practicaron la llamada «prueba de función pulmonar». Para ello, una debía sentarse en una cabina con una presión de aire específica y soplar en un aparato. Tampoco esta prueba mostró ninguna anomalía. A continuación vino el «electrocardiograma de esfuerzo». Apenas logré recorrer el corto trayecto hasta la siguiente sala, lo que no impidió que la cardióloga me obligara a subirme a una bici. Me quedé sin nada de aliento, aunque ese resultado también entraba dentro de lo normal. Pero ¿a mí de qué me servía lo normal? Mi cuerpo estaba revolucionado. Y, de alguna manera, el cerebro tampoco me funcionaba; desde hacía unos días tenía la cabeza embarullada.

—Deberían mirarme la cabeza.

Hacía mucho que no me hacían un examen rutinario. Justo... tres años.

—¿Y si el tumor... se ha reproducido?

Mi hermano negó con un gesto insistente de la cabeza.

—Esa sería una vía equivocada. Créeme.

Se opuso con la misma certeza estoica que siempre que me dejaba llevar por esa conjetura. Si en alguna ocasión mi hermano

sentía miedo por mí, no dejaba que se le notase. Tenía un control casi inquietante sobre sí mismo y sus sentimientos, y me daba la impresión de que distinguía a la perfección entre los pensamientos nocivos para su alma y aquellos que le resultaban beneficiosos. Aun así, me pareció que mi hermano, siempre tan impasible, me ocultaba algo.

Era cierto que la joven madre de la cama de al lado dormía todo el día. Solo se levantaba para ir al baño. Me fue imposible captar su mirada; parecía completamente absorta en sus pensamientos; el pelo largo le tapaba la cara casi por entero.

El tercer día, gracias a las copias que O me envió, pude completar tantas entradas de diccionario que nadie notó nada raro. «Migaja», «mijero», «milagro». Resultaba agotador, cansada como ya me encontraba, pues la pantalla del portátil era mucho menor que la del ordenador de la facultad. Pero funcionaba. Al menos no debía preocuparme por mi trabajo.

Los análisis de sangre seguían sin mostrar anomalías, salvo por el valor cardíaco más bien alto y el llamado «marcador IgE» también algo elevado, lo que hizo que la cardióloga mencionara una alergia alimentaria. Siguiendo su consejo, comencé una «dieta de eliminación». Consistía en empezar comiendo únicamente arroz y poco a poco se iban incorporando de nuevo el trigo, la leche, las verduras y las frutas, una a una. Las patatas, las malas de la película, quedaron totalmente descartadas. Pero al cabo de varios días a base de arroz seguía sin notar cambios. De hecho, durante la dieta me encontraba aún peor; sentía el estómago como una bola dolorosa. Aunque no me quedaba otra. El recuerdo de los vasos sanguíneos tensos y el corazón desbocado resultaba demasiado amenazador.

Seguía durmiendo toda cableada; me controlaban el pulso día y noche. De vez en cuando, el corazón se me aceleraba tanto que no podía seguir tumbada: me levantaba de un salto y me ponía a dar

vueltas por la habitación. La garganta seguía doliéndome y tenía que escupir un montón de mucosidad.

Todos mis pensamientos giraban alrededor del corazón. «¿Podré resistirlo?», me preguntaba. ¿Esa debilidad provocada por la inflamación de garganta?

Al cuarto día rechacé el desayuno.

—Definitivamente tiene que ver con algo que como. —Me crucé de brazos.

Tras cada comida se me instalaba un dolor de cabeza neblinoso, como un velo sobre la mente. Últimamente también veía estrellas moviéndose ante mis ojos; era como si me encontrase encerrada en una bola de nieve.

Mi hermano me escuchaba con atención. Él también se fiaba cada vez menos del diagnóstico inicial. Mi corazón, como tal, estaba sano. De eso estábamos convencidos los dos.

—Pero no es solo la comida —añadí.

—Entonces, ¿qué?

Lo miré con expresión triunfal. Había hecho los deberes.

—Puede que también sean los medicamentos.

Durante una breve búsqueda con el portátil, con nocturnidad y alevosía, descubrí que se podía ser alérgico a todo un grupo de analgésicos, los denominados AINE, antiinflamatorios no esteroideos. Conocía la lista de estos preparados por mi madre. Codeína, fentanilo, tramadol. El aerosol para la garganta contenía alguna de estas sustancias. Pero la cardióloga no quiso saber nada de mi teoría.

—Como le dije, debe someterse a las pruebas de alergia. Pero eso no podemos hacérselo aquí —se lamentó.

Lo único que le pareció una buena idea fue lo del protector de estómago.

—Siga tomándolo sin miedo. Mal no le puede hacer.

Contemplé con perplejidad el «medicamento genérico». Mi cuerpo también respondía resistiéndose a esas píldoras. Y eso que la cardióloga me había recetado la dosis máxima. «Por seguridad».

Dio una palmada animosa sobre el edredón.

—¿Sabe? Es posible que su cuerpo tan solo necesite... un descanso. No sería la única.

Señaló con un gesto a mi vecina, que yacía en su cama como una crisálida, con la cabeza escondida bajo la almohada. Una vez leí que las personas con depresión literalmente se refugiaban en el sueño.

—¿Quiere decir que debería relajarme?

—Exacto. Y tampoco vea las noticias. No hacen más que aumentar el nerviosismo.

Me puse a contar en silencio las veces que me habían dado ese mismo consejo en los últimos días. Estaba harta de ese eterno «no hagas nada».

Entretanto, mi teléfono mostraba varios mensajes y llamadas. Escribí una serie de respuestas en las que «corría un tupido velo», como decía para mis adentros. Mis amigos estaban acostumbrados a que de vez en cuando me apartase del mundo, ya fuera porque me aquejaba algún mal o porque tenía que estudiar. En cuanto volví a estar sana, me acogían de nuevo en su círculo, alguno que otro a regañadientes, pero más o menos igual que Sir Wilson, que cuando volvía después de haber pasado la noche fuera de casa al principio me trataba con frialdad.

El quinto día, mi hermano me tendió un ramillete de cardo.

—Toma. De parte de Leo.

Qué típico de ella. ¿A quién se le ocurría regalarle cardo a un enfermo? ¿Qué mensaje transmitía?

—Cardo —se limitó a decir mi hermano—. La más frugal de las plantas.

«Por supuesto», pensé yo. Adoraba a Leo por su espinosa energía. Pero en ese momento su presencia era demasiado para mí.

Mi amiga no estaba en contra de la medicina convencional; si la situación se volvía peligrosa de verdad, iba al médico. Pero al mismo tiempo había en su biblioteca toda una serie de manuales *new age* sobre chakras y sus colores, que se sabía de memoria. Yo estaba un poco perdida ante ese mundo. También, claro, porque le debía la vida a una complicada neurocirugía. No quería saber nada de glóbulos u otros remedios. No era el momento.

Echaba muchísimo de menos a Sir Wilson. El sol entraba por la ventana y en mi mente lo veía descansando con su pelaje resplandeciente en un parche de sol al otro lado del cristal.

—¿No te apetece leer algo? —inquirió mi hermano—. Hay hasta una biblioteca para pacientes.

Hice un gesto de negación. Mis pensamientos eran erráticos, inquietos, como gorrioncillos temerosos que, sin su madre, intentaran escapar de una tormenta de granizo. Era como si alguien hubiera tapiado con tablones el acceso a los libros.

Y encima me había venido el periodo, lo que significaba que me esperaban dos días de tormento. Lo peor eran las noches. Era como si, cada vez, un animal salvaje me revolviera las entrañas con sus garras afiladas y, cada vez, temía desmayarme de lo aplastante que era el dolor.

Para ahorrarme el calvario nocturno, le pedí un somnífero a la enfermera de noche. Para mi sorpresa, me tendió un Tavor. Yo me volví toda oídos. Había escuchado de todo sobre el legendario lorazepam. Fascinada, hice rodar el triángulo azulado entre el pulgar y el índice. El medicamento no pertenecía al grupo de los AINE, tal y como me confirmaron, por lo que me tragué la pastilla. El efecto fue tremendo. Me deslicé lentamente hasta la insensibilidad más perfecta imaginable. Un país de las maravillas mullido como el algodón.

Me volví hacia mi compañera de habitación. ¿También a ella le darían lorazepam? ¿Para luchar contra lo que atormentaba su alma? Era muy joven; le calculé unos dieciséis. Sabía que no eran pocas las madres jóvenes que batallaban con la tristeza. Me habría gustado

decirle algo que le levantara el ánimo, pero no sabía qué. La enfermera me contó con todo detalle que había dado a luz a su hijo en la ambulancia, delante de la puerta de casa, porque al principio no reconoció las contracciones como tales y tardó demasiado en llamar al médico.

«¿Cómo se puede ser tan tonto?», le echó en cara.

Entonces me contó, en confianza, que la chica vivía de las ayudas sociales. Yo me pregunté qué tendría que ver una cosa con la otra.

Sabía por Leo que no era nada fácil entender qué sensación provocaban las contracciones.

La noche siguiente, mi sexto día, me planté de nuevo en la enfermería y pedí otro lorazepam. Cuando el sanitario que estaba de guardia se negó, me puse insolente. Con qué irritación reaccioné. Y eso que veía con toda claridad la sobrecarga de trabajo que tenían todos. Gran parte del personal de enfermería hablaba con acento, por lo que no eran pocos los pacientes que fruncían el ceño o hacían comentarios despectivos. Qué horror, me parecía, que este ruinoso sistema descansara sobre los hombros de personas a quienes él mismo consideraba visitantes indeseados. Pero en ese momento no podía pensar en injusticias. Quería, no, necesitaba tomar algo que me librara de mi propio «yo»; ansiaba ese lorazepam. Me vino a la mente la letra de una canción. *Auf Tavor / even more*, 'con Tavor, todavía más'.

Mi hermano, por lo general tan tranquilo, se puso como una furia cuando se lo conté.

—¿Sabes lo rápido que la gente se engancha? —Que yo supiera, mi hermano nunca me había gritado.

Ese era el motivo, recordé, por el que mi madre no quería tomar morfina. A pesar de que los médicos se la ofrecían una y otra vez.

«Uno se engancha a esas cosas —auguraba—. Acabo de cumplir los cincuenta y siete, y el médico me dice: “No hay límites para nosotros”. Anda ya. A saber cómo acabaría».

Me callé. Mi hermano no entendía lo que significaba sufrir dolores.

Incluso en ese momento, en pleno arrebató de ira, sonaba relativamente razonable. Era peor que un monje *shaolin*. Hacía mucho que no nos peleábamos. Con los años, nuestras discusiones fraternas se fueron desvaneciendo como el agua de mar en un banco de arena. Tal vez por lo poco que nos veíamos. Tal vez porque a lo largo de la vida nuestros padres ya se habían peleado por cuatro.

El séptimo día de mi ingreso, la médica, a quien le había hablado de mi teoría del «reflujo silencioso», me mandó al estomatólogo.

En la sala de espera había muchísima gente. Rondarían los treinta. Con semejante afluencia, ¿de cuántos minutos por paciente dispondría el médico?

Desesperada, tomé una revista de viajes y ojeé las páginas con playas de arena blanca y palmeras con sus cocos, pero la imaginación no me transportó a ninguno de aquellos paraísos. De pronto mi cuerpo parecía estar formado por antenas altamente sensibles. Como si estuviera teniendo una premonición. Me vino a la memoria mi estancia en las Canarias, después de la operación. El sentimiento de veneración que me sobrevino al ver las dunas de Maspalomas. A mí, pequeño ser vulnerado y vulnerable, con su turbante alrededor de la cicatriz recién curada. Algo parecido era lo que volví a sentir en ese momento. Solo que lo peor no lo había dejado atrás, sino que lo tenía por delante. Buscaba, como se suele decir, la aguja en el pajar.

Cuando ya iba a entrar, de repente me quedé parada en el umbral. Al principio pensé que me había equivocado. Pero no. Era él. El médico que me practicó la colonoscopia tras mi úlcera duodenal no había encontrado nada. Acudí a él varias veces en busca de consejo. Y él terminó por despacharme con brusquedad y despedirme con una sospecha de apendicitis. A pesar de que me

dolía el lado izquierdo, y no el derecho. Igual que si hubiera estado fingiendo.

Qué absurda y cruel coincidencia. ¿Qué hacía él en ese hospital? ¿Me reconocería? Y en tal caso, ¿qué? Casi me pareció un experimento. Un truco. Solo que de una prestidigitadora muy desesperada.

El hombre miraba imperturbable la pantalla; ni siquiera alzó la vista hacia mí cuando empecé a hablar en respuesta a su breve saludo y su pregunta. La otra vez ya estaba calvo, así que no habría sabido decir si había envejecido visiblemente. Escondía la cara tras unas gafas rojas como si fueran una muralla. Me removí en la silla; de pronto me sentía como si tuviera una pelota de tenis en la garganta. La voz me sonaba monótona, como la de un robot asustado que todavía no estuviese listo para la producción en serie.

No levantó la mirada hasta que terminé de hablar. Me encogí al ver la frialdad que reflejaba su expresión.

—Bueno, si siente toda esa presión en la garganta, una «bola», como dice usted..., debe de estar plagada de metástasis, de arriba abajo.

—¿Perdón?

Me miró desafiante.

—Lo que quiero decir, mi buena señora, es que se pone la mano en el vientre ¿y viene a contarme que le duele la garganta? Con el debido respeto, lo que usted tiene son problemas. Y serios.

Pasmada, atravesé el patio interior de vuelta a la planta. Me vino a la mente la expresión «como tonto en vísperas». Por un momento sucumbí a la tentación de extrañarme por haberme puesto la mano en el abdomen como para protegerme mientras hablaba de mi dolor de garganta. Justo donde estaba el intestino.

Pero entonces venció la ira por la desfachatez del tipo. ¿Dónde ponía que los gestos que se realizaban durante una anamnesis debían considerarse ilustrativos? Supuse que, de manera inconsciente, intentaba establecer una relación entre ambos extremos del cuerpo. ¿Y el imbécil del especialista venía y me

cargaba el muerto? Alcé la vista al cielo, que se había puesto lila, a juego con mi angustia espiritual. Se avecinaba tormenta, y le deseé a aquel desalmado rayos, truenos y granizo del tamaño de bolas de nieve en su indolora garganta. Que cayeran sobre él la peste y el cólera. Ranas, langostas y demás animales empleados como alegorías en las grandes plagas bíblicas. Maldije para mis adentros. «Engolletado», «engreído», «enhastioso». «Mastuerzo», «matachín», «matasiete». Me puse a pensar en su advertencia con lo de las metástasis. ¿Se podía denunciar a un médico por soltar algo así?

Por la noche recibí un mensaje de mi director de tesis, en el que me ofrecía un puesto fijo. Sería para tres años. Así podría trabajar tranquilamente en mi habitación.

Leí el mensaje, lo leí de nuevo y luego por tercera vez. Casi no me podía creer mi suerte. Un puesto fijo. En un proyecto en el que participarían numerosas disciplinas: musicología, matemáticas, japonología. Aquí en la ciudad. Algo así no era habitual. Solo quienes rozaban la excelencia podían aspirar a conseguir uno de los escasos puestos. El embudo por el que había que pasar era estrecho. De lo contrario, el sistema académico te expulsaba rápido. Lo que se me ofrecía era... el bote millonario. Un guiño del cielo, un premio gordo. La puerta a una carrera académica de pronto se me abría de par en par. «Mi padre estaría superorgulloso de mí», pensé. O no. Al fin y al cabo, entonces en algún momento no solo sería una «señora doctora», sino una «señora catedrática».

Mi futuro, que hasta entonces me había parecido incierto y poco definido, se transformó en un paisaje habitable con un camino marcado que seguir. No obstante, a pesar de toda la alegría, también había cierta presión. La calificación pendiente de mi tesis era ahora aún más importante, igual que la defensa. Con un *cum*, la segunda mejor nota, no bastaría. Tenía que lograr un *summa*, la máxima valoración.

Quería echarme de nuevo a dormir cuando vi la postdata.

«Me he enterado de que habla japonés —escribía mi director de tesis—. No lo sabía. Las colegas de japonología se alegrarán de ello».

Cerré los ojos. En mi interior sonaron los primeros acordes medio raros de una canción de Belle and Sebastian: «A Century of Fakers». Habría querido que me tragara la tierra.

A la mañana siguiente, el octavo día, hice la maleta. En las películas, los agentes heridos siempre se arrancaban los cables del pecho con gesto dramático. Yo, por el contrario, le pregunté a una enfermera exhausta si podía ayudarme a quitarme los electrodos. Había decidido darme el alta a mí misma. Bajo mi propia responsabilidad, como me subrayó la médica jefa.

—¿Qué probabilidad hay de que se trate de una miocarditis?
—quise saber.

Bajó la vista. Yo había hablado largo y tendido con mi cirujano. Sabía por él que los diagnósticos de exclusión siempre suponían una cierta humillación para el médico responsable.

—Un cincuenta por ciento —acabó por responder.

—Pues eso.

—De todas formas, no puedes irte sin más —terció mi hermano—. Si casi no puedes subir las escaleras.

—Este puesto... es una oportunidad única. No se me va a volver a presentar.

Ahí, ingresada, tampoco iba a avanzar con mis alergias. Me corría prisa volver a sentarme al escritorio.

—¿Y quién se va a ocupar de ti? —insistió vehementemente mi hermano.

Buena pregunta. Él tenía que volver a Londres, no le quedaban más vacaciones.

—No pasa nada —respondí con valentía, y como me puse pesada, mi hermano acabó por rendirse.

—Tu fuerza de voluntad —suspiró— siempre ha sido legendaria, ya desde pequeña.

Nos miramos y nos echamos a reír. En primaria, una vez le pegué un puñetazo al chico que solía tirarle de las trenzas a mi amiga Betty en el autobús, a lo que me respondió con un: «¡Buah, menudo carácter que se gasta esta!».

Al despedirme, inhalé con fuerza el aroma de mi hermano. Ya lo echaba de menos.

—Prométeme que vas a ponerte bien. Y luego nos visitas.

Él tenía clarísimo que pronto estaría otra vez en marcha. Para mí no era tan evidente. Cuando uno estaba enfermo no era capaz de imaginar cómo sería volver a verse sano. Estar enfermo era algo tan absoluto como el tiempo. Un enfermo era un enfermo, igual que el sol era el sol y la lluvia, lluvia. Una realidad despiadada. Mi hermano no tenía ni idea de lo que significaba. Él, que hacía sus largos a diario en la piscina exterior y sin climatizar de Parliament Hill, no había estado enfermo de verdad en la vida.

Cuando se marchó, mi mirada vagó hasta el otro extremo de la habitación. La quietud que emanaba la joven madre, su paciente sufrimiento... de pronto me resultaron insoportables. Me habría encantado ir hasta su cama y sacudirla. «¿Existirá un derecho humano a la apatía?», me pregunté.

Para despedirme, primero dejé una nota en su mesilla. «Mágico», «magistral», «maternal».

Acto seguido arrugué el papel. Era una pésima idea. ¿Qué sabía yo sobre la maternidad? ¿Y sobre las depresiones? No sabía nada... nada de nada.

Una vez más me puse a consultar mis diccionarios.

«Coraje», «cordial», «corazón», terminé por escribir. «No hay nada más que pueda hacer por ella», pensé.

También mi madre, de eso estoy segura, debió de intentar hablar con el cuerpo de la suya.

Mi abuela creció en el campo. Eran seis hermanos en una gran familia de granjeros. Cinco chicas, un chico. Antes de emigrar a Alemania, mi madre iba a menudo de visita a Mechtal. Una escena que siempre cuenta es cómo en invierno la familia se sentaba por la tarde-noche en la cálida cocina y las mujeres desbarbaban plumas de ganso; es decir, separaban el estandarte del raquis. Según mi madre, es una labor bonita, que se lleva a cabo en silencio pero en comunidad. Creo entender lo que tanto le gusta de ese recuerdo. Es una imagen de pertenencia natural. De la seguridad que puede suponer la familia.

Hay una fotografía de mi abuela delante de la tienda de ultramarinos en la que trabajó de joven. La instantánea es de antes de la guerra. Va vestida y peinada con pulcritud, igual que como yo la recuerdo.

«Ahí todavía se me veía limpia», comentó una vez hablando sobre la foto.

Cuando estalló la guerra, mi abuela y sus hermanas escondieron su belleza por miedo a los soldados rusos bajo vestidos rotos, cabellos despeinados y la cara manchada de hollín, en un intento desesperado por que los hombres las vieran poco atractivas, «sucias».

Tal vez esa haya sido exactamente la estrategia inconsciente de protección de mi madre. Ponerse menos guapa de lo que era. Estar bella significaba simplemente... peligro. Igual que hablar. O escribir. Quien habla o escribe llama la atención sobre sí. Quien escribe... se muestra. Quien se muestra es visto y codiciado. Y quien es codiciado se arriesga a que lo maten.

Cuando uno habla en un país extranjero, la voz flota
extrañamente aislada y desnuda en el aire.
Es como si uno no expulsara palabras, sino aves.

YOKO TAWADA,
Stimme eines Vogels

5

La mujer temblorosa

Crucé la puerta, dejé la maleta en el suelo e inspiré hondo. Las escaleras casi me habían matado. «Matado». «¡Qué estupidez!», protesté. Era una expresión totalmente desmesurada.

Miré a mi alrededor. El reloj hacía tictac. Por lo demás, todo estaba en silencio. Sir Wilson se había agazapado en algún lugar, y me di cuenta de que me causaba respeto el tiempo que iba a pasar en el vientre de la ballena. Adoraba el cuarto lleno de vigas, pero las ventanas eran tragaluces y, si una no salía de casa, se pasaba días enteros sin ver a una sola persona.

Mi hermano no solo había regado los bonsáis, sino que les había hecho un cambio de *look*. Las hojas de la rosa de nieve mostraban un contorno limpio y preciso. Estaba segura de que había conversado con ellos, aunque él se empeñaba en negar que hablaba con las plantas. «Los jardineros son unas criaturas misteriosas», pensé. Conocían el lenguaje de los árboles, las hierbas, las flores. A su lado, ¿qué eran nuestras simples almas humanas? ¿Cuándo su mundo emocional podía leerse en una rueda de colores?

Al contemplar las dos criaturas verdes me faltó poco para echarme a llorar, también porque empezó a sonar música en el piso de mi vecina de al lado. «Gracias a la vida», cantaba la gran Mercedes Sosa. La garganta me dolía igual que el primer día de la laringitis. Una bola de doloroso fuego llameaba en mi laringe. En lo más profundo de mi interior percibí una protesta airada. Nadie debería sentirse así nada más salir del hospital. Uno debería como mínimo ir camino de mejorar. Yo, por el contrario, era una ruina

andante. «*Very japanese*», pensé. En la literatura japonesa a menudo uno encontraba metáforas que en alemán consideraría fallidas. Demasiado obvias, demasiado decorativas. Era solo que en la literatura japonesa las figuras retóricas no pretendían fomentar el conocimiento. Lo determinante era la faceta emocional. Debían... conmovernos.

Me levanté, me subí al radiador y abrí la ventana de par en par. Por un instante, mis manos se posaron en mis mejillas. Tenía frías las yemas de los dedos; mi cara emitía un calor latente.

Un ronroneo suave me sobresaltó. No se veía a Sir Wilson; era probable que estuviera metido debajo de mi cama. Los reencuentros con él siempre funcionaban así. Primero se enfurruñaba y se escondía, luego se sentaba a mi vista, pero a una distancia notable, y se ponía a lamerse el pelaje como si nada. Solo al cabo de un buen rato rompía el cerco de seguridad que, dolido, había trazado a su alrededor y se acercaba con paso cauteloso. Luego se arrastraba literalmente hasta mí, como estaba haciendo en ese momento, y me babeaba de arriba abajo con su espesa saliva.

—¿Qué pasa, Willi-san? —Hundí la nariz en su pelaje.

Cuando Sir Wilson volvió a marcharse, me levanté del suelo.

Vi que Virginia me observaba con severidad desde el escritorio.

«¿Qué tal te ha ido por el reino de los enfermos?», parecía querer decirme.

Fui al baño a vaciar el neceser. Me miré con atención en el espejo. ¿Me equivocaba o algo había cambiado? Los contornos de mi cara se habían... movido. ¿Era posible? La transformación me llamó especialmente la atención en el cuello. La nuez sobresalía mucho más claramente que antes.

Así que había vuelto a pasar. Había vuelto a romperme. La palabra inglesa *breakdown* era mucho más bonita, solo que uno se equivocaba al entenderla automáticamente como *nervous breakdown*. Mi espíritu había sufrido las consecuencias, pero no era la causa. Y si había algo que debía mantener separados a toda costa eran mis viejos amigos causa y efecto, cuerpo y alma.

Me apoyé en la fría superficie del armario del lavabo. ¿Y ahora? ¿Qué iba a hacer con mis resultados no concluyentes?

Decidí llamar por fin a Leo.

Me prometió venir a verme aunque estábamos en mitad del día.

—Me cuadra —afirmó.

De vuelta en el cuarto de estar, me llegó un olor fuerte. Maldije. Sir Wilson, como a veces hacía a modo de protesta, había orinado en mi maleta abierta. En medio de mi Juicy Couture. Muda de ira, arrojé todo el contenido a la lavadora y añadí con asco medio litro de detergente.

Sir Wilson se subió a la cama de un salto y se acomodó a mi lado. No parecía haber superado el temor a que lo abandonase de nuevo. Al instante, la rueda de las emociones pasó del asco a la lástima. En su cuerpo anidaba un miedo que era más antiguo que yo. Los animalistas lo salvaron de unos cazadores españoles de gatos y de su infame trituradora. Había pasado por diversas paradas intermedias y por familias de acogida antes de que yo fuera a buscarlo a casa de una cuidadora. Al principio se refugió en el último rincón de la cocina y durmió sin parar. En un momento dado conseguí alimentarlo y, más tarde, acariciarlo también. Me rompía el corazón verlo así.

«Se acabó», me reprendí. No iba a volver a usar el corazón como metáfora. Podía estar contenta de que las válvulas bajo mi pecho, aquellos dos laboriosos conejos, llevaran a cabo su labor, si no del todo bien, tampoco del todo mal.

Mis ojos se desviaron hasta el escritorio. Me sentía incapaz de preparar la defensa. Al menos me quedaban un par de días antes de volver a la facultad.

«En tu estado», oí decir a mi madre.

«Sí, en mi estado», pensé.

Advertí cómo despertaba en mi interior una silenciosa voluntad de lucha. Intenté recapitular los acontecimientos de los últimos días. De creer a los médicos, no tenía nada malo, «nada malo» en el sentido de «nada mortal». Era una buena noticia. Solo que... seguía sin

saberse lo que padecía. La cardióloga debía de haber visto algo. Algo que me agitaba el corazón. Y yo iba a averiguar el qué. Me sentía como ante un caso criminal. Salvo que yo era detective y víctima a la vez. Y me faltaba acceso clave a la información. Y si usaba Google recibiría la pena máxima, que era la vergüenza por no tener suficiente fuerza de voluntad.

Mi hermano me había dejado en casa un libro; al lado había una bolsa con infusión de ginseng rojo. Fui derecha a preparar una tetera. El color era de una belleza extraordinaria. Una mezcla de resina y miel; la infusión olía un poco amarga y a la vez dulce, a regaliz y caramelo.

El libro era un manual de idiomas. *Japonés para principiantes*. «Siempre has querido aprenderlo, ¿no?», ponía. La visión de su letra manuscrita me conmovió. La palabra «fraternal» alcanzó una dimensión mucho más profunda. Tenía razón. No hablar japonés era algo que lamentaba enormemente. Pero ¿quién, por el amor de Dios, tenía tiempo y fuerzas para aprender un idioma tan difícil? Desde luego que alguien como yo no. «Alguien como yo», resonó como un eco. ¿Qué significaba eso? A veces me daba la impresión de que no disponía de los conceptos adecuados para lo que sentía. Como si... pasara por alto algo fundamental.

Entre mis mensajes de correo electrónico encontré uno de mi terapeuta.

«Practique con la rueda de las emociones —me escribía, sin saber nada de mi reciente odisea—. Si quiere, piense en su gato».

«Interesante», pensé. Normalmente intentaba ignorar a Sir Wilson con elegancia, como si un animal no fuera un objeto adecuado para la terapia.

Llamaron a la puerta. Me alegré de haber superado ya el percance, así me ahorraría la reprimenda de Leo.

—¡Ya era hora, joder!

En cuanto la tuve delante, me arrojé a sus brazos. El cuello le olía a perfume —¿desde cuándo se perfumaba?—, eclipsando el familiar aroma a detergente de su ropa; no conocía a nadie cuya colada

oliera tan bien. Cuando me atrajo hacia sí, rocé sus grandes y blandos pechos, sus brazos redondeados, su cuello suave. «Sacrificio», «sagrado», «sanador».

Por el rabillo del ojo vi que había vuelto a engordar. Su peso oscilaba un montón, y lo pasaba tan mal que no quería que le hablaran de ello. Yo a duras penas soportaba su batalla con los kilos, después de haberme pasado toda la infancia y adolescencia viendo a mi padre tiranizar a mi madre con las dietas. Me vino a la mente el verso de un poema: «Pierde dos pájaros / coge dos pájaros».

—¿De verdad has hecho volar a tu hermano desde Japón? —Leo negó con la cabeza.

—Desde Londres —la corregí—. Pensé que tú ya estabas bastante ocupada.

—Sé de sobra lo que tengo que hacer.

Leo removía la infusión rojo brillante que le había puesto delante.

—Debes comer algo —me advirtió, no con dulzura precisamente—. Estás flaquísima. Nuestros amigos, por cierto, me están presionando bastante. —Sus frases impactaban en mis oídos como disparos de pistola.

Solo entonces me di cuenta de que Leo estaba levantando una especie de muralla. Como yo no respondía a los mensajes, llamadas y preguntas que me habían estado llegando desde mi colapso, la gente acudía a Leo, unos con más preocupación y otros con más urgencia. Ya me lo sabía de mis episodios de *burnout*. Al principio todos participaban con la mejor intención. Pero eran pocos los dispuestos a acompañar durante el penoso camino de la convalecencia. Lo peor era cuando alguien simplemente no lograba mejorar. Quien estaba enfermo interrumpía el curso normal de las cosas. Quien estaba enfermo no trabajaba, y quien no trabajaba se saltaba el compás, el ritmo incansable del día a día. También los amigos cambiaban cuando uno enfermaba, escribió en su momento Virginia, «asumiendo unos una belleza extraña, otros deformados, achaparrados como sapos».

Leo no era un sapo, eso lo sabía. Pero sí que era testaruda.

—¿Y dices que tienes muchísima sed? Eso suena a la tiroides.

Me encogí de hombros. Sabía sobre esa glándula lo mismo que sobre los papagayos; mis conocimientos eran superficiales, aproximados. Me vinieron recuerdos de cuellos hinchados y ojos saltones.

—Después del embarazo tuve hipotiroidismo. La sensación era como si alguien me hubiera desenchufado.

—Pero los valores de la tiroides los tengo bien. —La cardióloga lo había comprobado.

—Eso no significa nada. Necesitas que te hagan una ecografía. Y una prueba específica de hormonas.

Antes de que me diera cuenta, Leo me concertó una cita con lo que se conocía como «endocrinólogo».

—Ni me suena —murmuré.

—Es esta tarde. Y también te voy a buscar un alergólogo.

Me tranquilizó lo práctica que se mostraba Leo. En realidad era sencillo. Quien estaba enfermo iba al médico. Era lo que hacían las personas normales.

No obstante, cuando se enteró de que tenía previsto seguir estudiando, me echó la bronca.

—Sé que no quieres oír hablar de ello, Ela. Pero todos los exámenes se pueden posponer. Todos, de verdad. —Leo me miró con expresión de advertencia—. Acuérdate de la última vez.

Me entró un escalofrío al pensar en mi examen de máster, cuando tuve el primer brote de mi alergia textil, mi «maestría», como la bautizó Leo en aquel momento. Henny era muy pequeña, una bebé minúscula, y aun así Leo se ocupó de mí. Durante semanas, meses, la piel se me fue desprendiendo en escamas, en jirones, y tardaron una eternidad en detectar un déficit agudo de vitamina B y, además, una alergia textil. Mi piel reaccionaba a ciertos componentes de los tintes que se encontraban en las fibras de acrílico y poliéster y que se liberaban mediante el sudor. Pero lo determinante no era solo el tinte como tal, sino el modo de fabricación. Mi cuerpo se rebeló contra los agresivos tintes a los que estaban expuestas las

trabajadoras textiles en los países con mano de obra barata. «Un símbolo de cómo todo se halla interconectado», murmuró Leo.

Negué con la cabeza. Pues claro que podía intentar posponer la defensa. Total, solo necesitaba el título de doctora para poder acceder al puesto. Y, además, en pocos meses se me acabaría la beca. Estaba a punto de explicárselo, pero lo dejé pasar. Leo se lamentaba a menudo de que hasta sus alumnos y alumnas de once años tomaban medicamentos para poder estudiar mejor. Con ella, lo de la excelencia iba a dar en hueso.

Sir Wilson se subió a mi regazo de un salto. Ahora que se acercaba la primavera, estaba mudando a tope y, al amasarme con las patas, las garras se le engancharon en mi delgada camiseta interior.

—Este gato... —masculló Leo.

Sir Wilson comenzó a maullar del modo más lastimero. Sus quejidos sonaban a una frecuencia que crispaba los nervios. Leo le lanzó una mirada amenazante.

—Cualquier día le hago operar las cuerdas vocales al chaval.

En mi teléfono apareció un mensaje de O.

«Mañana nos vemos, espero», escribía.

También me había enviado un par de palabras del diccionario. «Pereza», «perfidia», «perfección».

Me descubrí sonriendo. Puede que otra persona hubiera considerado el mensaje inadecuado. Y no solo porque O no me preguntaba cómo estaba. Pero por mí valía. Me gustaba su ligereza.

Leo tenía que regresar al colegio. Yo también me levanté.

—¡Y ahora en marcha! —me ordené.

El especialista en hormonas era miembro de un consultorio colectivo; en la placa de la entrada aparecían siete nombres. La sala de espera parecía desierta. El dispensador de agua había visto tiempos mejores, igual que los cactus y las alfombras. Decidí no dar importancia al aspecto exterior. Quitándome a mí, solo había un

paciente, un hombre delgado de unos noventa años con ojeras hasta las rodillas, que se agarraba a su andador y murmuraba para sí: «No pasa nada, no pasa nada».

Cerré los ojos; «uno fuera / uno dentro». Tras la quietud de mis párpados bajados, intenté calcular en cuántas salas de espera me había sentado a lo largo de la vida. Pensé en todas las demás personas que en ese momento se encontraban atrapadas en un cuerpo doliente o en rebeldía, y ya me disponía a elaborar una lista de los males del mundo, de las desgracias cercanas y lejanas, cuando me detuve. «Para», me dije. Mi madre se consolaba a menudo con ese tipo de comparaciones; con que había personas a quienes les iba «aún peor» que a ella.

Saqué mis documentos. Me costaba concentrarme. Desde el mensaje de mi director de tesis no dejaba de ver ante mí la sonrisa discreta de las japonólogas. En comparación con ellas, mis conocimientos sobre literatura y cultura japonesas eran superficiales; no, ridículos.

Entonces me tocó entrar. «¡Hola, doctor!».

El médico llevaba gafas de carey. Él y una colega eran los únicos que quedaban del equipo original de siete profesionales, me informó con un acento suave, bonito, algo lento, tal vez rumano.

Comenzó con la anamnesis y yo le describí mis síntomas.

La vista se me fue al aparato de ultrasonido.

—¿Podría mirarme la tiroides...? Quiero decir ¿hoy? ¿Ahora? —le supliqué a toda velocidad.

El médico se inclinó hacia delante.

—¿Tiene usted sed? Pero una sed descomunal.

—Sí. —El rostro se me iluminó. La tenía.

—¿Se le cae el pelo?

—Sí —mentí, y noté cómo me ponía colorada. Quería que me hiciera ese examen. Costara lo que costara.

—Muy bien. Si eso la tranquiliza... Cuidado, enseguida va a notar frío.

Mientras permanecía tumbada con el cuello hacia atrás y la superficie plana y dura de la sonda recorría mi garganta, me fui tranquilizando. Me había salido con la mía. Solo entonces me fijé en el nombre que figuraba en la chapa que tenía prendida en la bata. «Doctor Unschuld», leí: «Inocente». Mentalmente, negué con la cabeza. Alguien debería escribir una novela feminista de médicos. Con un doctor Inocente como protagonista. «Yo —pensé por un instante—. Tal vez ese libro debería escribirlo yo».

—Diría que es Hashimoto.

Al principio creí no haberlo oído bien.

—¿Cómo?

—No puedo confirmárselo al cien por cien hasta que no tenga los valores del laboratorio. —Limpió la sonda y me tendió un rollo de papel crepé.

—¿Y eso... qué quiere decir? ¿«Hashimoto»?

—El tejido que en una glándula tiroidea sana estaría liso, aquí presenta orificios.

—¿Orificios?

—Su tiroides produce muy pocas hormonas. Se está autodestruyendo..., por así decirlo.

—¿Que mi tiroides se está autodestruyendo? ¿«Por así decirlo»?

—La enfermedad de Hashimoto presupone una insuficiencia no tratada durante años.

Busqué en mi cabeza algún pensamiento que me permitiera formular una frase comprensible. Las palabras «no tratada» y «durante años» me rondaban sin parar.

—¿Y... y ahora? Quiero decir, ¿cuánto tiempo lleva haciéndolo? Esto..., ¿parará en algún momento? —Me atascaba de tan asombrada como estaba por que uno de mis órganos hubiera decidido autodestruirse.

—Eso no está claro. En algunas personas la evolución es lenta, en otras... va más rápido. Pero supongo que en algún momento dejaría de tener tiroides.

«Dejaría de tener tiroides». Noté cómo me arrollaba una oleada de pánico.

—¿Y qué... se puede hacer al respecto?

—Tomar hormonas sustitutivas. Muy fácil.

Me quedé mirándolo. Era como si en mi cabeza tuviera que abrirme paso entre una maraña de lianas que me enredaban y anudaban las palabras bajo la lengua. Aun así todo iba muy rápido para mí. Demasiado.

—¿Podría ser ese el motivo del dolor de garganta? ¿De la laringitis?

El doctor Unschuld negó con la cabeza.

—Hay toda una serie de síntomas asociados. En la piel, los pulmones, el corazón, el tejido conjuntivo. Puede verse afectado todo lo imaginable. Pero la garganta... no. Solo se admitiría la sensación de nudo en la garganta. La denominación médica es «globo faríngeo» o *globus hystericus*.

Casi me eché a reír. ¿A quién se le había ocurrido ese nombre?

—¿Y qué hace uno para evitarlo?

—Nada. Uno se acostumbra. En realidad, se ha buscado usted la mejor de las enfermedades autoinmunes. Significa que va a vivir una vida larga e insana. Lo importante, al final, es que sea larga...

Me dejó helada. Así que tenía... una enfermedad autoinmune. Como mi madre.

Cuando le pregunté si los valores cardíacos elevados podían tener que ver con la tiroides, lo negó.

—La tiroiditis de Hashimoto, como ya le he dicho, se debe a un funcionamiento insuficiente. Los síntomas que me refiere indican más bien un funcionamiento por encima de lo normal. —Me tendió una receta—. Vuelva dentro de cuatro semanas. Hasta entonces, tómese estas pastillas.

—¿Por qué dentro de cuatro semanas y no antes?

Me toqué la frente, que seguía notando febril.

—Tenemos problemas de personal —suspiró.

No me lo podía creer. ¿No había dicho Leo que los problemas de tiroides solían aparecer después del embarazo? ¿Por qué se trataban con un instinto tan poco maternal?

—Empezaremos con veinticinco miligramos y, dado el caso, habrá que subir a los cincuenta.

Me había propuesto comportarme con calma. Habría querido enfrentarme a ese hombre como si fuera una persona zen. Pero la contrariedad se impuso.

—Así que tengo: una laringitis, una alergia a lo que sea, una inflamación del músculo cardíaco... ¿y ahora el Hashimoto este?

No me creía que todas esas cosas me hubieran salido de manera independiente. Tenía que haber una relación, pero ¿cuál?

Sabía que la neurología se consideraba, hasta cierto punto, como una ciencia humana dentro la medicina. ¿Y la endocrinología? ¿No era en este campo donde se trataban las moléculas más pequeñas, pequeñísimas? ¿El equilibrio hormonal no variaba a diario, según la hora? ¿No dependía de numerosos factores, y de todo tipo? ¿Edad, sexo, entorno? ¿Sentimientos? En la novela *Middlesex* hay un pasaje en el que Calliope, la maravillosa protagonista intersexual, medita sobre el complejo sistema hormonal. La danza de los neurotransmisores cortisol, estrógeno, adrenalina, melatonina.

El doctor Unschuld parecía joven para su edad, aunque había en él algo aburrido, rutinario, algo que hacía que pareciera mayor de lo que era. Tal vez fuera tan solo su manera de defenderse del sufrimiento que se encontraba cada día en la consulta.

Me explicó que había que dejar pasar un determinado tiempo en mi ciclo para hacer las pruebas. No podía tomar pastillas de hormonas antes del análisis de sangre y tampoco usar anticonceptivos como la píldora, el diafragma... ¿Los usaba?

Respondí que no.

—¿Tiene hijos?

—No.

Traté de tranquilizarme diciéndome que el hombre solo hacía su trabajo, mientras me percataba de cómo me escudriñaba a través de

las gafas. ¿Por qué todos los médicos y médicas las llevaban? ¿Eran propensos a tener mala visión o era una forma de subrayar que se cuidaban y proyectar seriedad?

—¿Querría tenerlos?

—Ni idea —respondí, cruzándome de brazos.

Nunca me lo había planteado, sin más.

—Cuando una mujer padece de Hashimoto, no es poco común que... —podía ver a la perfección cómo buscaba las palabras— se quede estéril. Por eso se lo pregunto.

La palabra «estéril» resonó en mi interior. ¿Cómo es que me sentía como una nación fallida cuando ni siquiera quería ser una nación?

—¿Y si... no me tomo la pastilla?

—Ah, pero es que debe tomarla —respondió cortante—. A ver si lo entiende. Sin esta pastilla su tiroides no puede funcionar correctamente.

La idea de tener que tomar un medicamento a largo plazo no me gustaba. Y tampoco quería que me despacharan con una pastilla hormonal y punto. Quería... respuestas. A mis preguntas.

El doctor Unschuld abrió el cajón, metió la mano y dejó un envase de muestra sobre la mesa.

Existían siete tipos de pacientes, recordé. El charlatán, el desconfiado, el miedoso, el pesado, el criticón, el inseguro y, por último, el que intenta hacerse amigo de quien tiene delante. Yo era, según me parecía, un poco de todos, el caos más absoluto. Una rueda de las emociones que no paraba de girar, estridente y multicolor. Seguro que no era así como se la imaginaba el señor Plutchik.

La rueda se detuvo en la desconfianza. «Y bien, *herr* Doctor, y bien, *herr* Enemigo». Tomar hormonas significaba interferir en lo más profundo de mi ser.

Negué con la cabeza.

—Hasta que no sepa qué le pasa a mi corazón, no. ¿O puede garantizarme que es inocuo? Como cualquier otro medicamento,

este también tendrá efectos secundarios, ¿no?

Por un breve instante, el doctor Unschuld pareció vacilar.

—Correcto. Exactamente igual que un Hashimoto sin tratar. Se le caerá el pelo y cogerá veinte kilos de la noche a la mañana.

—¿Y qué probabilidad hay —insistí, tratando de aparentar indiferencia— de que el medicamento me dañe aún más el corazón?

—¿Qué quiere que le diga? Siempre existe cierto riesgo. —No sonaba demasiado convencido—. Volveremos a vernos para el análisis de sangre. Veinticinco miligramos. Para comenzar. La pastilla, como ya le he dicho, debe empezar a hacer efecto.

Salí a la calle. El ruido de los coches que pasaban penetraba sin filtrar en mis oídos. Solo entonces me di cuenta de que había dejado de respirar.

«Inspira hondo, espira», oí que Leo me repetía.

Me quedé pensando. ¿El médico habría investigado más a fondo si yo hubiera expresado un claro deseo de tener hijos? Antes de que Leo se quedase embarazada de Henny, la mandaron a casa con sus dolores de la endometriosis. Pero en cuanto volvió con idea de hacerse un tratamiento *in vitro*, de pronto se interesaron por ella. Según Leo, las mujeres que querían un hijo sí merecían la inversión. Las que simplemente se encontraban mal, no.

Mi único consuelo era que este médico, de manera excepcional, no me había prescrito reposo. Era probable que, de ser así, hubiera terminado por perder los estribos.

Entrecerré los ojos frente al sol que se colaba entre las casas envueltas en niebla e hinché el pecho. Decidí que ahora sí tenía que telefonear a mi madre. No había otra. A lo lejos oí la voz de advertencia de mi terapeuta. Pero una sola vez no contaba, ¿no?

—¿Hashimoto? No me suena —negó mi madre. Estaba sin aliento, lo que me sorprendió—. ¿Qué es? Suena japonés. —Y luego añadió con resonante convicción—: Lo que es yo, nunca he tenido problemas de tiroides. —Casi sonaba orgullosa.

Enarqué las cejas. «¿Y qué?», pensé. Yo era yo. Con mis enfermedades; mías. No la mera copia de otra persona. ¿Es que ella no podía reaccionar con algo de empatía? Tardaron muchos años en diagnosticarle su mal, y aún más hasta que dejaron de comparar la dimensión «psicosomática» de su fibromialgia con una enfermedad «imaginaria». Estaba a punto de soltarle una fresca cuando me di cuenta de que ella no sabía nada de mi drama con lo del corazón.

La cobertura era mala. De fondo se oían voces. Alguien hablaba en polaco, según noté con sorpresa.

—¿Estás... por ahí? ¿O en casa?

—¿Tu hermano no te ha dicho nada?

Me enteré entonces de que mi madre —nuestra madre, la constantemente enferma— se había tomado unas vacaciones y se había ido en tren a pasar tres semanas a Polonia.

—Pero mamá —solté—, ¿en tu estado?

Me debatía entre el enfado y una consternación silenciosa. Se encontraba nada más y nada menos que de peregrinación. Para rezar por su salud.

—¡En Jasna Góra! ¡La Virgen Negra! —exclamó con voz cantarina.

Fruncí el ceño. Mi madre fue educada en el catolicismo, pero nunca la había considerado una persona especialmente creyente. Cumplía los diez mandamientos, sí, pero ¿por lo demás?

—Mamá. Eso... no te va a servir.

Ni de niña me creía las leyendas sobre Jesús. Ya me habría gustado ver a los cojos y los ciegos que eran curados de sus males a orillas del mar de Galilea.

—Intentarlo no cuesta nada —repitió la misma frase de nuestra última conversación.

Empecé a calcular. Eran sus primeras vacaciones en casi diecisiete años. Y quería pasarlas... ¿de peregrinaje?

—Pero ¿y si te caes?

—¿Cómo? Tú misma has dicho que debería moverme.

Cierto. Al igual que los numerosos reumatólogos a los que había consultado a lo largo de su vida, siempre aconsejé a mi madre que

se moviera. A primera vista, era despiadado recomendarle algo así a una persona enferma crónica. Pero el movimiento era un pilar fundamental en cualquier terapia del dolor. Le habían sugerido una y otra vez que probara con la natación.

«Pero ¿cómo voy a nadar yo?», replicó.

La vergüenza a desvestirse delante de los demás superaba al anhelo por pasar un par de horas sin dolores en el agua. Pero, en vez de nadar, ¿ahora se ponía a subir montañas? Por lo visto, en Japón había un programa de radio todas las mañanas que animaba a muchas personas por todo el país a empezar el día con ejercicios de gimnasia. Era muy apreciado, sobre todo entre las mujeres mayores.

—¿Por qué... no me has dicho nada de que estabas preparando un viaje así?

—Mira, no soy ninguna chiquilla. ¿Qué quieres que le haga si no habláis entre vosotros?

—¿Quiénes?

—Tu hermano y tú, claro.

Entonces lo entendí. Mi hermano sí estaba enterado del viaje de mi madre.

Lo llamé de inmediato.

—¿Qué querías que hiciera? —se defendió.

—¿Cómo va a pagarlo?

—Dice que ha estado ahorrando.

«Ahorrando». Con su escasa pensión y el sueldo que ganaba cuidando niños, mi madre apenas llegaba a fin de mes.

Mi hermano me contradijo.

—Aquí también anda todo el mundo gastando sus ahorros. Porque no sé qué oráculo ha predicho una crisis financiera.

Llevaba semanas sin ver las noticias; lo único que había seguido un poco eran las elecciones de Estados Unidos; los demócratas por fin querían introducir un seguro médico obligatorio. Ponían unas imágenes disparatadas de esa América tan rica. Personas que

esperaban durante horas bajo el sol para recibir tratamiento dental gratuito.

—¿Habrá ganado la lotería? —pensé en voz alta.

Una vez, los padres de Leo acertaron cuatro números, pero decidieron ocultar durante mucho tiempo el premio a sus amigos y hasta a su propia hija.

Mi hermano reaccionó con la parsimonia de siempre. O con la indiferencia de siempre, a elegir.

—Deja que mamá se ocupe de sus asuntos.

Para él era fácil decirlo. Al fin y al cabo, la culpa de su estado era mía, no de él.

—¿Y tú? ¿Te encuentras mejor? —quiso saber.

—La verdad es que no.

Le conté con franqueza lo de mi Hashimoto y la pastilla.

—Podrías intentarlo al menos —me sugirió. Acto seguido cogió aire—. Como muy tarde en agosto debes estar bien.

—¿Y eso?

—George y yo nos casamos. Nada oficial, claro. Solo para nosotros.

Así que eso era lo que lo reconcomía la última vez que nos vimos. Dejé escapar un silbido bajito. Una boda significaba que George, su familia y todos sus amigos y amigas comunes conocerían a mi madre.

—¿Mamá está al tanto? —quise saber.

Mi hermano carraspeó.

—Dice que no sabe si estará lo bastante en forma para entonces.

En mi interior, negué con la cabeza. Aquello ya rozaba lo absurdo. Si una podía peregrinar a ver a la Virgen Negra, también podía ir a la boda de su propio hijo. Eso lo sabía mi hermano tan bien como yo. Hacía años que mi madre usaba sus dolores como excusa. Mi hermano, tan guapo él..., se avergonzaba de ella. Mejor dicho, de su peso. Él nunca lo habría reconocido, pero mi madre lo sabía, y como lo sabía, buscaba excusas. Llevaban un montón de tiempo con este juego del gato y el ratón.

Al parecer, incluso en ese momento seguía siendo algo así como la decimotercera hada. Alguien a quien no invitaban a la boda de su propio hijo.

—Piénsate a quién quieres traer —le oí decir—. No va a ser nada del otro mundo. Haremos un pícnic. Aquí, en el parque.

—Me alegro mucho por ti —respondí a toda prisa. Y era cierto, me alegraba. Aunque también sentía muchas otras cosas.

Solo de pensar en el vuelo me entraban sudores fríos.

—Ya sé que las bodas te parecen aburridas —dijo mi hermano de pronto—. Y que tienes que estudiar, como siempre. Pero, aun así, a George y a mí nos haría mucha ilusión que vinieras.

Cuando colgamos, descubrí en mi interior una tristeza de un azul añil. ¿Cómo podía haber pensado mi hermano, aunque solo fuera un segundo, que no quería ir a su boda? No podía evitar que compartiéramos tan poco en nuestra vida. Él, mi madre y yo vivíamos por separado, como tres gatos de la misma camada que habitaran en la misma casa, pero cuyos caminos pocas veces se cruzasen. Menuda familia más rara formábamos.

Cuando cerré la puerta de casa estaba tan cansada que casi no podía mantener los ojos abiertos. Entretanto, había llegado la primavera. En los arcos de delante de la puerta brotaban los primeros y delicados verdes. En las copas de los espinos ya asomaban las yemas claras. Con el caos de mi cuerpo se me había olvidado el paso de una estación a otra. No pude evitar acordarme de un haiku primaveral que, por algún motivo, se me había quedado grabado: «Al que envejece, / hasta los días largos / lo entristecen».

Por costumbre, eché un vistazo hacia la calle de Leo. En ese momento se abrió la puerta de la casa de enfrente y salió alguien. Era... ¿ella? Le hice un gesto de saludo, pero no pareció verme. Yo no tenía fuerzas para alzar la voz y llamarla desde la otra acera. La vi mirar a su alrededor, como si quisiera asegurarse de que nadie la

observaba, antes de cruzar la calle a toda prisa para desaparecer tras la puerta de su casa.

Dudé. El día había sido largo. Y tampoco era plan de espiar a mi propia amiga. Pero entonces me dirigí hacia la entrada por la que había visto salir a Leo. Era el edificio con la tienda de juguetes. Examiné las placas con los nombres. Quitando el establecimiento del bajo, el resto parecían particulares.

—¡Qué raro! —exclamé en voz alta. ¿Y si al final Leo iba a tener... un lío?

Al llegar arriba, me coloqué delante del espejo y me palpé el cuello. Seguía perpleja por el hallazgo. La destrucción de mi tiroides era un destino ineludible; no, aún peor, era algo que yo misma me había provocado por descuido.

Tras un breve instante de vacilación, abrí el portátil y escribí: «Sociedad Alemana de Hashimoto» en el motor de búsqueda. Solo por esta vez, me prometí.

Al cabo de un cuarto de hora largo y un sinfín de conceptos, tenía una idea aproximada. El sistema inmunitario dejaba de distinguir entre lo propio y lo ajeno, y empezaba a producir anticuerpos a mansalva. Aumento de peso, fatiga o agotamiento eran los síntomas habituales. Pero cuanto más buscaba, más apocalíptico sonaba todo. Lo único que no encontré por ninguna parte fue lo de la inflamación de garganta como posible efecto secundario. Leí con atención los comentarios bajo los artículos del blog. La comunidad no se ponía de acuerdo en si las hormonas ayudaban o no. Para unos, las pastillas eran una panacea; los otros las demonizaban.

En una cosa tenía razón mi madre: «Hashimoto» no solo sonaba japonés, sino que de veras fue un médico japonés, el doctor Hakaru Hashimoto, quien descubrió este defecto específico en la glándula tiroides. Su nombre significaba literalmente 'persona que vive demasiado cerca de un puente'.

Sir Wilson se había subido a mi regazo y no paraba de babearme.

Cerré las páginas con un suspiro y abrí el documento con las palabras del diccionario. Ya era tarde, pero tenía una jornada de

trabajo por delante. Con Hashimoto o sin él.
«Obediencia», «objeción», «obscuridad».

Una vez, una terapeuta le pidió a mi madre que se retrotrajera mentalmente al momento de su vida en el que —así lo expresó— «las cosas todavía iban bien».

Mi madre respondió al instante. De joven pasó mucho tiempo en la piscina descubierta. Su gran pasión era la natación. Al echar la vista atrás, según dijo, recordaba esas tardes como la época más feliz de su vida.

Para ella, nadar estaba relacionado con la sociabilidad. Lo asociaba con helados, patatas fritas y cosas que, en los años sesenta, eran totalmente novedosas, como los biquinis, los balones hinchables y la crema solar. De pronto la piel bronceada se convirtió en un signo de tiempo libre y bienestar.

Durante un tiempo, cuando iba a nadar se encontraba con un chico del que estaba enamorada... y él también desarrolló sentimientos por ella. Pero entonces se vio intimidada por su origen, sumamente distinguido. El padre del chico era médico y ella solo era hija de un minero; en su opinión, la brecha entre ellos era demasiado grande.

Ahí, justo ahí, creo yo, fue cuando empezó a hacerse de menos. De mucho menos de lo que es.

En aquella época, mis abuelos maternos todavía vivían apretados en una pequeña casa a las afueras de la ciudad; de niña y adolescente no le dejaban invitar a nadie allí. Mi madre dependía de lugares públicos que no fueran demasiado caros. En verano iba a nadar y en invierno a la biblioteca.

Conocer a mi padre supuso el fin de las tardes de natación. Él era tímido con los compañeros de clase de mi madre. No sabía nadar bien y se avergonzaba de sus orejas de soplillo, que se le marcaban con el pelo mojado, igual que de sus estudios de primaria.

Así que ella abandonó la natación. Y no solo eso. También el bachillerato. Y los libros. No empezó a leer de nuevo hasta que yo fui mayor.

Tras la boda, mi madre se trasladó con mi padre a su pueblo. Allí se dejó arrollar, literalmente, por las convenciones. Vivir a su lado la obligó a embutirse en un interminable corsé de dietas. Con los años, la nadadora acabó por ahogarse.

Yo tampoco suelo bañarme en el mar o en los lagos. Me basta con pasear por la orilla.

Pero escribir también tiene algo de fluido. Significa poner las certezas en un limbo. Levantar las verdades del suelo firme de la conciencia. Cuando escribo, mi cuerpo se vuelve... más ligero. Me permito flotar. Como si hiciera el muerto, en el agua.

Tengo cariño a las cabras porque sus pupilas no están
formadas por líneas verticales,
sino horizontales.

YOKO TAWADA,
Überseetzungen

6

Leche caliente

Entonces me llegó el mensaje con la nota. En un vil correo, la señora de la oficina de exámenes me comunicaba que la segunda examinadora no le había dado a mi tesis más que un *cum*. Sin el *summa*. En la explicación, adjunta al mensaje, criticaba mis formas poco ortodoxas, consideraba que lo errático de mi argumentación no era, a su entender, «lo suficientemente científico».

Sentí cómo todo mi interior se debilitaba. La nota me pareció la confirmación de lo que tantas veces había temido para mis adentros: que mi forma de pensar no fuera apta para la universidad. «Saltas de un tema a otro —me dijo alguien una vez en un coloquio, en mitad de una conversación—, vas demasiado deprisa», con una mezcla de reconocimiento y escepticismo. A veces también intercambiaba el orden de las sílabas, se me olvidaban los nombres o los confundía y no recordaba bien las fechas.

Volví a leer la valoración, esta vez con cierta molestia. Tenía la sensación de que la segunda examinadora no evaluaba mi rendimiento, sino a mí como persona. Como si yo fuera alguien que no merecía un *summa*, independientemente de lo que hiciera o dejara de hacer.

También estaba furiosa con mi director de tesis. ¿Es que no podía haberme aconsejado mayor rigor? Su colega era mucho más convencional que él. Ahora tendría que compensar la nota en el examen oral. Solo que no había una mañana en la que no despertara sin un doloroso nudo en la garganta. Lo de dormir bien ni se me pasaba por la cabeza.

Estaba sentada delante de la pastilla de hormonas como un conejo frente a una serpiente. Los efectos secundarios que leí en el prospecto me parecían demasiado nocivos. Lo único que seguía tomando en la dosis más alta era el protector de estómago. La sed todavía no me había disminuido; sentía que podría beberme un océano entero y, aunque el corazón ya no me latía con fuerza hasta la garganta cuando comía algo, después de casi cada ingesta se me formaba un dolor de cabeza terrible sobre la frente y tenía que acostarme de inmediato. Otras veces me quedaba dormida nada más comer para levantarme absolutamente agotada al cabo de unas horas. Entretanto, había oído hablar del «sueño no reparador» y que siempre suponía una señal de advertencia. Mi ciclo menstrual también estaba enloquecido, la regla me venía demasiado pronto o no me venía; mi cuerpo en general era como un fuego latente, unas brasas que esperaban la menor ocasión para estallar en llamas.

Pero lo que más me preocupaba de todo era mi cabeza. Día tras día me torturaba delante del escritorio, o al menos lo intentaba. Después de la operación, más de una vez me pillé a mí misma pensando que algo en mi cerebro se había visto dañado. Los numerosos electroencefalogramas de control que me prescribieron durante los meses posteriores a la cirugía, y que en dos ocasiones mostraron unas curvas tan llamativas que hubo que pedir a toda prisa un TAC, avivaron mis dudas en lugar de disiparlas.

Por supuesto, se corrió la voz de mi excursión a la planta de cardiología. Cada vez eran más los amigos que me contactaban, las primeras las Sonnenschein, que no se podían creer cómo alguien podía desaparecer de su vida así sin más. Mi antigua compañera de piso, Mona, que en aquel momento realizaba su residencia en neurología, se ofreció a examinarme ella misma. Nathanael, con quien durante un tiempo mantuve una relación intermitente, se me presentó delante de la puerta completamente desquiciado, por suerte justo en el instante en el que tenía a Leo de visita, por lo que tuvo que conformarse con volver en otro momento. Yo no quería ver a nadie. Otros amigos, en cambio, no parecieron preocuparse

demasiado por mí. Kim me dejó un mensaje en el contestador en el que me explicaba que ella también tenía la impresión de que el corazón no le iba bien. Hannah me preguntó si mi enfermedad significaba que no podría ayudarla con sus tareas de clase. Lo peor eran los consejos no solicitados: yoga, vacaciones, *psyllium*, jengibre, cortisona y la desvergonzada sugerencia de adentrarme en el psicosomatismo; de todo hubo. Y, aun así, los echaba a todos muchísimo de menos. Echaba de menos mi vida; las cosas comunes, a veces incluso las más tontas, que uno hace como habitante del planeta. Lo echaba tanto de menos que dolía.

Una cita en la que tenía puestas grandes esperanzas era la de alergología. Debía averiguar qué alimentos me daban problemas, porque hacer dieta era horrible.

Leo se alegraba, y casi estaba un poco orgullosa, de que se hubieran confirmado sus sospechas sobre la tiroides. Si hubiera sido por ella, a continuación debería haberme hecho mirar el intestino.

—Casi siempre anda involucrado —presagió— cuando se trata de enfermedades autoinmunes.

—¿Qué tiene que ver el intestino con el corazón?

—A ver, el intestino es algo así como el guardián del emperador. Que sería el corazón.

—Bonita imagen —se me escapó.

Pero ella siguió dale que te pego.

—Los problemas de tiroides suelen estar provocados por inflamaciones. Y estas empiezan en el intestino.

Le dije que no. Ni a rastras me llevarían a otro estomatólogo.

—Puedo probar con el *reiki* —bromeé, pero a Leo no le hizo gracia. Resultó ser una gran admiradora del viaje de mi madre.

—Ha decidido ponerse bien. Eso es fantástico.

Me quedé mirándola, de repente furiosa. A ver, ¿cómo podía alguien «decidir» ponerse bien? ¿Y significaba eso, a su vez, que quien se ponía enfermo y seguía enfermo quería estarlo o, al menos,

no quería estar sano? ¿Y que, quizá, debería seguir el ejemplo de quienes tenían fuerza de voluntad?

Leo se defendió.

—Sabes exactamente lo que quiero decir.

—No, no lo sé.

—Creo que la mente marca el camino. Y el cuerpo... lo sigue. Creo que necesitas un médico que piense en las dos cosas. Que considere tus síntomas en su conjunto.

«Ni de coña», pensé. Me parecía que ya había demasiada gente haciéndose muy rica a costa de almas perdidas como yo. El yoga era la única concesión que le permitía a ese mundo de los chakras y las piedras curativas.

Solo he acudido a una sanadora una vez en mi vida. Tras la operación y lo del tumor inexplicable. La mujer dijo que este se hallaba situado exactamente en el lugar del *sahasrara*, el séptimo chakra primario —el chakra corona—, es decir, el centro de la energía, de la conciencia, el futuro y las visiones. Era el chakra que se veía amenazado cuando había problemas sin resolver en el aura durante demasiado tiempo. Me pareció una interpretación arriesgada. Pero en la visión del mundo de mi madre, tenía sentido lo de mi chakra corona dañado. Encajaba a la perfección con su mala conciencia. No podía perdonarse que nosotros, sus hijos, hubiéramos sufrido durante años el infierno conyugal que vivió con mi padre. El único que se opuso con vehemencia a esa interpretación fue mi hermano. «Un tumor es un tumor, algo puramente físico», se empeñaba en repetir. Ninguna niñez, por complicada que hubiera sido, podía provocar un bulto así.

Leo se encogió de hombros.

—En mi opinión, deberías tomarte la pastilla.

Aleje la caja de un empujón.

—Ela, con la tiroides no se juega.

—Al menos hasta que sepa qué tengo en el corazón.

—Mmm. Eso quiere decir que... ¿vas a volver a la cardióloga?
—refunfuñó Leo—. ¿Para tener una segunda, no, una tercera

opinión?

—Ni idea. Sí. Puede.

Eran tantas las cosas que había tenido que mirarme que ya estaba perdiendo la cuenta. Para entonces había visitado a un segundo endocrinólogo, a un segundo y un tercer otorrinolaringólogo y a un cardiólogo. Y cada vez salía con el mismo popurrí de síntomas y sin visos de obtener ayuda. Me había metido de cabeza en la sala de máquinas del sistema médico y era increíblemente agotador.

Me di cuenta de que había algo que a Leo le encogía el corazón. No, el corazón no. Tenía que dejar de usar metáforas con este órgano, en serio.

Entonces me miró a los ojos.

—¿Puedo traerte a Henny a pesar de todo estos días?

No respondí de inmediato. Se alzaba entre nosotras un reproche mudo, o al menos eso me pareció. No tenía fuerzas para afrontar la energía de una niña de cinco años. Y tampoco quería que Henny me viera tan desvalida. A Leo le parecía una exageración.

«No se les puede ocultar todo a los niños», solía decir.

Se esforzaba en explicar las situaciones difíciles de una manera «apta para niños». Le mostró la depresión de su padre con una frase de un libro de Astrid Lindgren. En *Madita* se trataba de la madre, y el padre decía: «Mamá está triste». Henny había entendido que alguien «estuviera triste».

—Tráemela sin problemas. Podemos intentarlo —respondí con poco entusiasmo.

Leo asintió. No sonaba especialmente tentador. Por un instante pareció que fuera a echarse a llorar. Pero entonces me atrajo hacia ella y me estrechó tan fuerte entre sus brazos que me quedé sin aire durante un breve instante. De pronto me invadió la culpabilidad. «Todos», pensé, «dependemos de esta cadena de cuidados que intentamos brindarnos unos a otros». Pero, por mucho que quisiéramos tender la mano al prójimo como buenamente

pudiéramos, en el momento crucial siempre nos quedábamos sin fuerzas.

O se alegró al verme entrar por la puerta. Se quedó sentado; aunque esos últimos días nos habíamos acercado por medio de los mensajes, no nos conocíamos tan bien como para abrazarnos. De manera inconsciente, yo también retrocedí. Sabía que O no podía evitar que su madre impartiera notas cuestionables. Con todo, noté cierta cautela en mi actitud.

Sin mediar palabra, me puso delante un libro envuelto en un exquisito papel de regalo verde. Mi irritación se esfumó de inmediato.

—¿Y esto?

—Es para ti. Seguro que ya lo conoces.

Abrí el paquete con cuidado. El papel era precioso, la textura parecía casi de seda. De investigar a Tawada sabía que, en Japón, envolver regalos era en sí una forma de arte. La manera en que se presentaba un regalo era determinante. A veces, estos aspectos externos eran, de hecho, más importantes que el propio contenido.

Apenas retirado el papel, me quedé boquiabierta. Era un libro. En japonés.

Por un momento, en mi interior no hubo más que vacío. Una silenciosa... nada.

—*El libro de la almohada*, de Sei Shonagon. —O sonreía de oreja a oreja.

Yo solté aire. El título me sonaba, gracias a Tawada. Era un texto del siglo XI o XII, una especie de diario, y famoso por sus muchas listas.

—No lo conozco, es decir, no lo he leído —me apresuré a responder.

En el último momento me acordé de que los libros japoneses solían leerse en sentido contrario. Le di la vuelta y, a derechas, empecé a hojear las páginas de atrás adelante. Los caracteres

desconocidos parecían burlarse de mí. Me entraron náuseas. Aun así, uní las palmas de las manos y, como una idiota, acompañé el agradecimiento con una ligera reverencia.

O se alegró de haber acertado con mis gustos. Pero entonces me vio la cara. Debía de mostrar con toda claridad que iba a romper en sollozos.

—¿Qué te pasa? ¿Te duele algo?

—Pongámonos a trabajar y punto, ¿vale?

—Vale.

Nos sentamos en silencio delante de nuestros ordenadores.

«Colérico», «colmadura», «comprensión». Me estaba esforzando por concentrarme, pero la mente se me iba una y otra vez porque *El libro de la almohada* no dejaba de atraer mi atención.

Cuando O se encendió un cigarrillo en el patio durante la pausa de mediodía, llevábamos ya horas sin dirigirnos apenas la palabra, pero tampoco parecía que le molestase. «Sabe... dejar a la gente en paz», pensé. Era lo que hacía que resultara tan agradable estar con él.

Callados, levantamos el rostro hacia el sol. Me gustaba el aroma del cigarrillo, aunque, sorprendentemente, no me producía ganas de fumar; estaba demasiado impactada. Pero, sobre todo, debía corregir de una vez el malentendido. Al final decidí contarle a O un poco más sobre mi impostor. Tal vez así, entre unas cosas y otras, podría darle a entender que no dominaba en absoluto el japonés.

Descubrí a George en una nota a pie de página. El problema era que no se sabía prácticamente nada sobre él. El hombre había escrito dos obras: una historia de su «Formosa» inventada y una retractación en la que pedía perdón por sus fabulaciones. Pero en ningún lugar de este segundo texto daba cuenta de su verdadera identidad. Lo único que se descubría era que su padre, alemán, abandonó a su familia y que lo había criado su madre, francesa. Esta le consiguió una estancia en un colegio de jesuitas. Desde allí, comenzó su peregrinaje. Sin dinero, había vagado por Francia, los

Países Bajos y luego Escocia, para terminar alcanzando la fama en Londres.

—Básicamente, es material para una novela —concluí.

—¡Fantástico! —O estaba entusiasmado—. ¿Por qué no escribes tú una novela sobre él?

Me quedé mirándolo. ¿Se estaba burlando de mí? En su cara no había ninguna señal que lo diera a entender. Era probable que, en los círculos por los que O se movía, no tuviera nada de especial que alguien escribiera una novela. Me quedé pensando. Claro que de vez en cuando apuntaba alguna frase en un papel o en un cuaderno. En Inglaterra escribí un relato breve. Pero ¿una novela?

A O lo fascinaba más que nada el hecho de que George, pese a ser una persona blanca, hubiera podido hacerse pasar por asiático.

—Increíble, ¿verdad? Que la categoría del color de piel alguna vez fuera... tan secundaria.

No pude evitar pensar en Leo. Ni su nombre ni su aspecto delataban la procedencia tunecina de su padre. Tanto ella como Henny eran consideradas blancas... «Salvo el dermatólogo, claro; ese lo pilla de inmediato», se sorprendió Leo. Por un lado, eso la había protegido de las hostilidades; por otro, había tenido que explicar muchas cosas dos y tres veces. Hasta a su marido. Hasta... a mí.

—Podría resultar un buen tema para una habilitación —comenté.

También era interesante cómo George explicó lo de su piel clara. Según su relato, la clase alta de Formosa, a la que decía pertenecer mi impostor, vivía bajo tierra. Sin recibir la luz del sol.

A continuación le conté a O lo del puesto que me había ofrecido mi director de tesis.

—¡Guau! —Por un momento pareció distraído. Quizá un poco... decepcionado. En cualquier caso, pensativo—. Enhorabuena.

Me extrañó. ¿Acaso tenía... envidia? ¿Celos? Pero ¿por qué? Con unos progenitores como los suyos, el camino académico de O estaba ya trazado con claridad. De partida, su vida estaba bendecida por la excelencia.

—Ya, bueno —dije, de repente un poco molesta. Al fin y al cabo, su madre me acababa de plantar un *cum*—. Primero tengo que aprobar el examen.

—Seguro que consigues el puesto. Además, hablas japonés.

En mi garganta, la frase liberadora seguía aprisionada, esperando salir al exterior; pero, por algún motivo, no lograba abrirse paso.

Cuando ya estaba fuera, O asomó la cabeza una vez más por la puerta.

—¿Te apetece ir a dar un paseo?

Era una pregunta sorprendente, pero también sorprendentemente sencilla; una pregunta directa que podía responderse con un «sí» o un «no».

—Claro —contesté—. Será un placer.

Verdaderamente, era guapísimo. «Bienandante», «bienpareciente», «bienquisto».

Pocos días después entraba en la clínica de alergología más famosa de la región. Tuve que esperar una eternidad, pero ahí estaba por fin.

Habían pasado casi cinco años desde que me diagnosticaron la alergia a los tintes textiles. En aquel momento me atendió una dermatóloga joven. Me acuerdo de su mirada compasiva porque mi pobre piel se desprendía a jirones del vientre y de las axilas.

Cuando entré, había un médico sentado, un hombre mayor de pelo blanco. Su figura se mecía arriba y abajo de una manera extraña tras el escritorio. Hasta que no me fijé no me di cuenta de que estaba encaramado a un gran balón suizo de color turquesa. Tuve que contenerme para no echarme a reír, por lo que me miré las puntas de los pies, aunque no sirvió de nada, porque ya me estaba riendo para mis adentros.

Alcé la nariz al aire con curiosidad. Sobre el escritorio había una taza de café, a todas luces reciente, con un aroma tan penetrante que me dio el bajón. Junto al platito había un paquete de dátiles

secos. Noté cómo la boca se me hacía agua. ¡Lo que habría dado por comerme una de esas jugosas frutas!

—Primero se ríe de mí y ahora se pone a llorar. ¿Cómo puedo ayudarla?

Me mordí los labios. No era un buen comienzo. Para mi pesar, el médico, además, hablaba con acento suabo. No paraba de escribir en su ordenador mientras yo le enumeraba la lista de mis síntomas. No parecía convencido de que su consulta fuera donde yo debía estar, a pesar de los niveles de IgE elevados, que podía mostrarle negro sobre blanco. En concreto, la teoría de mi alergia a los analgésicos le parecía poco probable.

—Algo así es bastante poco común. Su asma también podría deberse a una alergia cruzada.

—¿Tengo... asma?

Su rostro permaneció imperturbable.

—Falta de aire. Dificultades para respirar. ¿Tos, nariz atascada? ¿Qué cree usted que es, si no?

«Asma...», una palabra que, hasta entonces, solo había sido una idea... amenazante..., de pronto se instalaba en mitad de mi cuerpo.

—¿Y el corazón? ¿Podría verse también afectado por ello?

—En absoluto. Eso son perturbaciones del ritmo cardíaco.

—¿Y no podrían deberse a una alergia?

—Vamos a hacerle una prueba por punción. Y luego iremos viendo.

Tuve que trasladarme de la sala de tratamiento al laboratorio, donde un simpático enfermero me dibujó con un bolígrafo una cuadrícula en ambos antebrazos sin dejar de mascar chicle. Se probarían treinta y dos sustancias, además de otra de control; un total de treinta y tres punciones.

—¿A mí no me dan balón suizo? —pregunté impertérrita.

El enfermero soltó una carcajada conspirativa. Había empezado a dejar caer con una pipeta gotas de líquido sobre las casillas.

—¿Qué es todo eso? —Señalé con la barbilla hacia el conjunto.

—Gramíneas, polvo doméstico... Lo normal.

Sacó una especie de cuchilla de afeitar y empezó a practicar pequeñas incisiones en la piel para que los alérgenos penetraran en la sangre.

—¿Y ahora? —Me miré los brazos. Algunos sitios ya estaban enrojecidos e hinchados.

—Ahora a esperar.

—¿Cuánto?

—Quince minutos.

—Vale.

Me observé los antebrazos con interés. De golpe, mi mirada centró su atención en la parte izquierda de mi cuerpo. En la parte superior se veían algunas manchas blancas. Puntitos redondos y pálidos, como los de las obras de la artista japonesa Yayoi Kusama. Traté de hacer memoria. ¿No era ese uno de los efectos de la enfermedad de Hashimoto? ¿Un síntoma de la llamada «enfermedad de las manchas blancas»? Los puntos no llamaban la atención... todavía. En un estadio más avanzado, las manchas, del tamaño de una mariposa, se extendían como nevós blancos por el cuello, el escote y la cara. Aparté el pensamiento a toda prisa.

Luego volví con el médico. Al principio solo miró los resultados, pero luego me levantó las manos. Su mirada alternaba con indignación entre un lado y el otro.

—No puede ser. Imposible —musitaba una y otra vez.

Entonces bajé la mirada a la cuadrícula. El brazo izquierdo no mostraba el menor cambio; ni siquiera había reaccionado el punto con el medio de control. El otro brazo, en cambio, estaba completamente enrojecido; los puntos se habían convertido en manchas rojas.

El médico agarró el teléfono para, según me explicó, llamar a su colega. Le explicó la escandalosa e inaudita reacción de mi cuerpo. Tras un breve intercambio de opiniones, colgó.

—Bien. Vamos a sacarle sangre —me ladró.

Todo mi buen humor se congeló de inmediato.

—¿Otra vez? Quiero decir... ¿ahora mismo?

—No, para eso hay que pedir una nueva cita.

Yo que había puesto tantas esperanzas en estas pruebas, volvía a marcharme con las manos vacías. Mi yo investigador había recibido un duro revés. Tenía la sensación de que el suabo no me estaba tomando del todo en serio. Quizá se debiera a que, en comparación con otros de los que pululaban por aquí, tenía «buena pinta», como habría dicho mi madre.

Ya me iba cuando el enfermero, a quien no le había pasado inadvertida mi desesperación, propuso que lo intentáramos de nuevo. Esta vez en la espalda. Para mi alivio, el médico se mostró de acuerdo, aunque a regañadientes.

—Pero dese prisa. —Miró la hora—. La unidad va a cerrar ya.

Esta vez, el enfermero me dibujó la cuadrícula en la espalda, me punzó la piel treinta y dos veces con un escalpelo y aplicó en las incisiones treinta y dos sustancias distintas. Era un procedimiento distinto, según me explicó. Los alérgenos debían actuar durante la noche.

—Ah, y esto de aquí —le oí murmurar mientras añadía a la cuadrícula una trigésima tercera sustancia— también lo vamos a comprobar.

Me quedé mirándolo. Cómo me alegraba de que hubiera dado la cara por mí.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Una vez en la calle, eché la cabeza hacia atrás. Era un tibio día de primavera; en algunos restaurantes y cafeterías ya había gente fuera, comiendo pizza o pasta. Lo que habría dado por una delicia así. Llevaba semanas viviendo sin huevos, sin trigo. Contemplé a los apresurados viandantes. «¿Cuántas personas cargarán a la espalda un rompecabezas corporal?», me pregunté. ¿Síntomas que nadie sabía aclarar? ¿Que solo se mitigaban con pastillas?

Estaba cansada. Lógicamente, el cansancio se había convertido en mi estado natural. No obstante, me molestaba la perspectiva desoladora de mi ballena de madera. También podía estudiar por ahí. Traía los apuntes conmigo.

Me decidí por el parque que se encontraba más o menos a medio camino de mi casa. Era una zona verde, bonita y cuidada, directamente en la orilla. No se veían muchos turistas, ningún *skater* y tampoco traficantes; en general, se trataba de un lugar tranquilo. Lo único que había era un artista solitario interpretando una versión melosa de «Killing Me Softly».

Me senté en la terraza de piedra al borde del río. Algo había empezado a picarme en la espalda. ¿Sería ya una reacción?

Seguí con la mirada a un mirlo que daba saltitos delante de mí. Su plumaje negro brillante resplandecía y parecía recién lavado. Los gatos podían pasarse horas persiguiendo un pájaro... y no se cansaban de intentar darle caza aunque fracasaran mil veces.

Contemplé el agua refulgente. El sol estaba bajo, por lo que sus rayos eran más débiles. Aun así, me eché un poco hacia atrás para ponerme a la sombra. En los últimos tiempos había notado que el calor me agravaba el dolor de cabeza.

Mi madre ya debía de ir de camino a su segundo destino de peregrinación. Jasna Góra no era más que el principio.

Hacía tiempo que había vuelto a llamarla sin cortarme; la prohibición de la terapeuta ya no contaba.

—¿Y? ¿Qué tal con tu Virgen?

—¡Ya no necesito el bastón! Figúrate. Y me he despedido —espetó sin saludar siquiera.

—¿Que... que has hecho qué?

—He decidido pasarme a la jubilación anticipada.

Me atraganté con la pastilla masticable y empecé a toser como loca.

—He estado intentando convencerme todo este tiempo de que estaba bien, ¿sabes? Son gente maja. Los niños, estupendos.

—Tomó aire—. Pero no tengo ni un minuto para mí. Así es imposible ponerme bien. No hago más que trabajar.

Eso era cierto. Tal y como mi madre interpretaba el trabajo de niñera, siempre estaba disponible, al alcance de la mano. En el fondo, era como una especie de abuela. La familia había tenido mucha suerte, no podía imaginarme una niñera mejor que mi madre. Yo misma le sugerí una y otra vez que fijase unos horarios más claros. Pero lo de ahora me producía un fuerte rechazo. ¿De qué iba a vivir, por Dios? Con la pensión no le llegaría ni de lejos. Ya se endeudó una vez en el pasado. Y mucho. Temía que, sin su miniempleo, si contaba tan solo con la pensión por incapacidad que recibía por su fibromialgia, volviera a caer en una espiral de facturas sin pagar.

—¿Cómo...? ¿Cuándo lo has decidido?

A instancias de otro peregrino, mi madre había empezado a escribir una especie de diario de sueños. El ritual la tenía entusiasmada. La primera noche tras visitar a la Virgen Negra, soñó con el cumpleaños de uno de los niños.

—Y no me apetecía nada. Así que en el sueño pensaba: «No soy yo la que tiene que ocuparse de estos pequeños». Y entonces, figúrate, me escabullía. —Se echó a reír, y era como si la viese negar con la cabeza.

«Con que escabullirse...». Ella que siempre estuvo rodeada de niños, que los había cuidado, que se había ocupado de ellos..., ¿de pronto soñaba estas cosas?

—Y te despides sin más... ¿por un sueño? ¿Y si la próxima vez sueñas que te tiras de un séptimo piso, ¿te tirarás de un séptimo piso? —Era una frase que, de niña, se la oía pronunciar con frecuencia.

Mi sarcasmo le dolió. De repente se quedó completamente callada. Me di cuenta de que me había pasado de la raya. Mi madre, recordé, hacía ya mucho tiempo que consignó ante notario que nosotros, sus hijos, no deberíamos ocuparnos de ella si alguna vez

acababa atada a una cama. Todavía se acordaba de los cuidados a su propia madre y le parecía amenazador.

—Aquí hay unos médicos buenísimos —acabó por decir.

Me enteré entonces de que una reumatóloga polaca le había recetado un nuevo medicamento.

—Me está ayudando. Igual que el *reiki*.

Así que a eso se debía el supuesto «milagro».

—Vale. No digas más. Es que me tenías preocupada, mamá.

—Pues no hay motivo —respondió ella malhumorada—. Tal vez hasta pueda bailar —añadió al cabo.

—¿Qué quieres decir?

—Digo... el vals. En la boda.

Me costaba creer lo que oía. No era normal verla tan ilusionada. En absoluto.

—No te preocupes —se apresuró a añadir—. No voy a ponerlo en ridículo.

Me quedé sin aire. Nos estábamos acercando a la línea roja. La vergüenza de mi hermano. Nunca, jamás, habíamos hablado abiertamente de ello. Ni ella ni tampoco yo.

—¿Con quién haces *reiki*? —desvié a toda prisa el tema.

—Aquí hay... mucha gente maja. Las personas se conocen enseguida, ¿sabes? —La voz de mi madre tenía de pronto cierto tono peculiar.

Me estremecí. ¿Qué era más raro? ¿Lo de dejar el bastón en casa, lo de despedirse del trabajo o ese inquietante compañero de viaje con el diario de sueños? ¿Acabaría mi madre cayendo en las manos de algún charlatán? Una vez, recordé, Leo se dejó una fortuna en una práctica corporal de lo más turbia.

«Uno se tumba desnudo y se pasa todo el rato chillando», se había quejado, y, al cabo de un par de sesiones, abandonó la «terapia». Luego salieron a la luz unas acusaciones de sectarismo contra la asociación.

—Bueno —musité—. Cuídate mucho, ¿vale, mamá?

Apenas colgamos mi madre y yo, y ya iba a marcar el número de mi hermano, cuando me di cuenta de pronto de lo insoportable que se me estaba volviendo el picor de la espalda. Ya no podía seguir obviándolo.

¿Y si mi estado empeoraba durante la noche? Me levanté de un salto y me puse en camino de vuelta a la clínica. Al principio solo caminaba deprisa, pero luego empecé a correr, a pesar de que apenas me llegaba el aire. Para entonces, la espalda me ardía como un demonio. Como si alguien me hubiera tirado encima leche hirviendo.

La unidad ya había cerrado. Llamé a la puerta con los puños. En vano. Me precipité a la planta inferior, a urgencias. Por mucho que intenté explicarle a la mujer de la recepción que había algo en mi espalda que, con cada segundo, me corroía más la piel, me mandaron a la sala de espera.

En emergencias apestaba una barbaridad a una mezcla de sudor, orina y desinfectante. Me alegré de tener la nariz taponada. Entretanto, el picor había dado paso al dolor. Sabía que si me rascaba lo empeoraría, pero no pude evitarlo. El peor lugar se encontraba en mitad de la espalda; apenas me llegaba con los dedos. Mientras esperaba, lloraba bajito con la cabeza entre las manos. Esto no era vida, era un calvario. Un sufrimiento perpetuo, una copia grotesca de lo que se consideraba vivir.

Oí cómo el joven médico se sobresaltaba al examinarme la zona. Uno de los puntos, por lo visto, se había convertido a toda velocidad en una pústula inflamada y rojísima. El hombre contemplaba la lesión con incredulidad. De inmediato me administraron cortisona y luego un antihistamínico para que aliviara el picor.

—Podemos intentar buscar el expediente en dermatología. Para averiguar cuál es el alérgeno.

Tuvo que pasar media eternidad hasta que volvió a tocar mi turno.

Durante un rato reinó el silencio. El médico comparaba mi espalda con las notas del enfermero.

—No estoy seguro de entender del todo los documentos, pero diría que tiene usted alergia a las mascotas.

Me quedé mirándolo.

—¿A las mascotas?

—Perros y gatos. —El doctor se volvió hacia mí—. ¿Podemos hacerle una foto de la espalda? Algo así siempre nos viene bien. Para nuestros manuales.

Yo estaba demasiado consternada como para objetar. ¿A los gatos? Imposible.

—Por supuesto —murmuré.

—Normalmente son los machos —oí decir al médico, mientras una enfermera tomaba una instantánea de mi espalda.

—Ciertas razas causan reacción más a menudo que otras. Pero al final depende de cada animal concreto.

—¿Y qué... qué se puede hacer al respecto?

—¿Qué cree usted? Pues deshacerse del gato. Y cuanto antes.

Para entonces era casi medianoche. Había pasado seis horas largas en urgencias. Cuando llegué a la estación de metro, que estaba a reventar, tiritaba de la cabeza a los pies. Mientras esperaba el tren en el andén me hallaba tan desconcertada que al principio creí confundirme. Pero no. Era Leo la que caminaba por la estación a pocos metros de mí. ¿Qué hacía por la zona?

Me planteé llamarla, pero lo dejé estar. Lo que más me irritaba era su postura. Yo a Leo solo la conocía a paso rápido, siempre corriendo entre compromisos. Pero ahora casi deambulaba, mirando con ojos curiosos y francos, casi como una turista. Como si estuviera de visita en su propia ciudad.

Arriba, en el piso, me senté a la mesa de la cocina. Me pasé un buen rato así, sin más. Sir Wilson estaba tumbado sobre el radiador; la cola se mecía arriba y abajo. Bostezó con todas sus ganas y ladeó la cabeza con ademán interrogativo. Sus ojos verdes brillaban muy abiertos.

¿Cómo era posible, me repetía sin parar, que yo, que siempre había vivido con gatos, de pronto les hubiera cogido alergia?

A saber por qué me acordé de la frase pronunciada por la cardióloga:

«¿Ha perdido a alguien?».

Aunque me negaba a considerar la enfermedad como metáfora —uno no se indisponía por haber tenido pensamientos equivocados o nocivos—, era cierto que existían numerosas conexiones entre el cuerpo y la mente, o, mejor dicho, el alma. «Alma», esa palabra anticuada.

La niebla se disipó de pronto en mi cabeza y afloró un pensamiento. Un pensamiento claro y simple.

Conocía la respuesta a la pregunta. Era yo. Era yo quien se había perdido. Entre tanto trabajo, lectura, estudio, amistades y fiestas, una parte de mí debía de haberse extraviado. Ni siquiera sabía qué podía comer y qué no. La brújula de mi cuerpo giraba completamente desnortada.

Levanté la vista. Al otro lado de la ventana, el cielo resplandecía en un atardecer rojo cereza. «Cómo ha cambiado de forma el mundo —escribió Virginia en un momento dado—, los instrumentos del trabajo se distancian; los sonidos festivos son tan románticos como un tiovivo que se oye al fondo de campos muy lejanos».

Para entonces, Sir Wilson se me había subido de un salto al regazo. Dudé antes de posar con cuidado la mano en su pelaje. ¿Que mi adorable compañero era nocivo? «No», decidí. Seguro que el médico no había sabido leer bien el documento con las treinta y dos, no, treinta y tres sustancias. Llamaría a la clínica y les pediría que lo comprobaran otra vez. Hasta entonces mi gato seguiría... donde estaba.

Perdí mi alma en el primer viaje a Europa.
 Cuando luego regresé en tren,
 mi alma seguía
 viajando camino de Europa.
 No podía atraparla.
 Cuando volví a Europa,
 ella iba camino de Japón.
Desde entonces, he ido y venido tantas veces en avión
 que ya no sé
 dónde se encuentra mi alma. [...]
Por eso, el relato de un gran viaje
 debe hacerse sin alma.
 YOKO TAWADA,
 Erzähler ohne Seelen

7

La voz del oráculo

Sin pensárselo mucho, Leo se vino a vivir a casa. Henny y ella montaron el campamento en el colchón de invitados. Leo me procuró unos guantes de tela blanca, a juego con mi traje plateado de material hipoalergénico, para que, mientras dormía, no me rascara hasta hacerme sangre. Me sentía como una astronauta. O como un niño pequeño.

Las dos primeras noches, Leo se vino conmigo a la cama; tenía que agarrarme las manos una y otra vez de lo mucho que me picaba la espalda. Contábamos ovejas para que volviera a dormirme; solo lo conseguía porque me concentraba en el pecho de Leo, que con cada respiración subía y bajaba con suavidad. Me conocía el escenario por mi alergia textil, solo que entonces la piel se me caía a grandes pedazos. Esta vez tenía una herida circular en la espalda. Me la imaginaba como el disparo de una pistola. Todo parecía tan irreal que preferí no compartir con Leo las sospechas. Era imposible que Sir Wilson fuera la causa de todos mis síntomas. Una no desarrollaba Hashimoto por un gato.

Él se pasaba la mayor parte del tiempo acurrucado en una vieja caja de zapatos, con los ojos resplandecientes como esmeraldas y una pata relajada por encima del borde, y dejaba que Henny lo acariciase. Bajo aquellas manos infantiles y hasta entonces algo patosas, mi gato, quisquilloso y reservado con casi todos, se derretía y prácticamente se comía a la niña con los ojos. Cuando nuestras miradas se cruzaron, parpadeó confuso. Por lo visto, había renunciado a ofrecerme consuelo. Yo tenía sobre el pecho una chapa

oxidada que no podía quitarme de encima ni respirando ni distrayéndome. Me alegraba de que Henny mimara a mi gato por mí.

—¿Cómo va tu mariposa? —me preguntó la niña una mañana mientras esparcía, distraída, sus juguetes por el suelo.

—He intentado explicárselo —se disculpó Leo.

Me llevé una mano a la garganta con ademán protector.

—No vuela como debería.

—¿Se le han estropeado las alas?

—Sí, más o menos.

Henny se quedó pensando.

—Pero a algunos escarabajos no se los puede ayudar más.

—Las mariposas no son escarabajos, tesoro —se apresuró a corregirla Leo.

«Ayudar», resonó en mi interior. ¡Cuántas veces durante las últimas semanas había pedido ayuda o maldecido para mis adentros porque nadie podía ayudarme! Estaba infinitamente agradecida a Leo por haber asumido ese esfuerzo extra. Era la pesadilla de cualquiera que viviera solo. Estar enfermo. Convertirse en una carga para los demás. Contemplé a Henny, que en un momento parecía inmersa en su juego y, al instante, volvía a tener hambre o sed, o le pedía ayuda a Leo porque se le había caído el dinosaurio en el inodoro. Me acordé de mi compañera de habitación en cardiología. ¿Cómo hacía una cuando estaba enferma? ¿Sola, con un niño y enferma?

Para Leo, lo de ayudarme era algo evidente. Pensé que muy pocas veces considerábamos la ayuda una moneda de retorno exponencial. Lo que uno daba se le devolvía multiplicado por mil, aunque no lo recibiera necesariamente de la persona que había necesitado su ayuda, sino de otra parte. Este apoyo era un valor en sí mismo. Las personas se ayudaban entre sí de buena gana, de eso estaba convencida, siempre que no se las forzara o se les exigiese demasiado.

Leo me obligó a guardar cama. Solo me dejaba sentarme al escritorio bajo estrictas condiciones y exclusivamente para cumplir

mi cuota diaria de palabras del diccionario. «Marfileño», «marimanta», «martelo». Me costaba, pero de alguna manera lo conseguía. Leo me prohibió estudiar para la defensa. Lo único que me permitía era leer, más exactamente novelas. Leer contaba como «descanso». Estudiar, no.

En mi desesperación, me puse a ojear *El libro de la almohada*. Leo me había traído de la biblioteca la traducción al alemán. Al principio, las letras me bailaban un poco ante los ojos, pero entonces me cautivó el tono y noté en el pecho el cosquilleo que siempre surgía cuando estaba a punto de enamorarme de un libro. Solo los títulos ya eran poco menos que fascinantes. «Cosas que son desagradables de ver», «Cosas que pierden al ser pintadas», «Cosas que ganan al ser pintadas», «Cosas que dan la sensación de limpio». Además, Sei Shonagon tiene una manera muy sugerente y conmovedora de expresar el «yo». Junto a otras damas de la corte, vivía completamente aislada en un palacio con paredes literalmente de papel, prisioneras y desprovistas de intimidad. El «yo» de *El libro de la almohada*, que escribió en secreto, le permitió a su mente plasmar con libertad lo que observaba en el día a día.

Mis manos se deslizaron por las páginas del libro como por una sábana que debiera alisar. En realidad, era un milagro que esas palabras, procedentes de una época tan distinta, de un mundo completamente diferente, hubieran llegado como por arte de magia hasta mí en el momento adecuado.

Ya era el tercer mes seguido en el que lidiaba con los microbios.

«A partir del tercer mes se vuelve crónico», oí cómo me advertía la voz de mi madre. Entretanto, quedaban pocas semanas para el examen. El tiempo volaba, y lo hacía en mi contra. George y su Formosa estaban cada vez más arrinconados. En esos momentos, mi beca parecía más un subsidio por enfermedad que una renta básica. Leo andaba entusiasmada con esa idea visionaria que por entonces estaba en boca de todos.

Yo seguía atrapada en una extraña tierra de nadie. Los síntomas no habían cambiado. Dormía elevada, en mi trono, porque así

parecía que el corazón no me latía tan rápido. Por la noche solía permanecer dos, o incluso más horas malditas, en vela y mirando al techo, para dormirme de madrugada y luego casi no ser capaz de levantarme de la cama. Al despertar, tenía la garganta como un paisaje tachonado de cráteres.

Sabía que debería haberme sometido a más pruebas, pero la detective de mi interior empezaba a flaquear. Las huellas estaban demasiado difuminadas. Me sentía atrapada en un gigantesco laberinto cuyos setos, que llegaban a la altura de la cabeza, cada día crecían varios centímetros.

Lo que mayor riesgo corría era mi mente. Una y otra vez me descubría pensando si iba camino de perder la razón. Ya una vez creí estar volviéndome loca, porque uno de los medicamentos que me dieron tras operarme la cabeza me provocaba alucinaciones.

—Menuda tontería, Ela. Es solo que estás agotada. Y confusa.
—Leo negó con la cabeza.

—Pero no consigo pensar con claridad —me quejé.

Puede que en general fuese despistada, pero esto era otra cosa. Seguía sintiéndome como si mis pensamientos se hallaran envueltos en neblina, como unos niños abandonados a su suerte en un bosque verde oscuro e inquietante. Por mucho que lo intentara, nada de lo que leía y estudiaba penetraba en mi mente.

—¿Cómo estás? —pregunté con exagerada alegría a través de la línea en cuyo otro extremo se suponía que estaría mi madre. Pero no era más que su buzón de voz. Colgué de inmediato. ¿Desde cuándo tenía ella buzón de voz?

A mi hermano lo pillé de camino a la pastelería. George y él estaban eligiendo tartas de boda.

Mi desesperación era tan grande que ni siquiera intenté oponer resistencia. Rompí a llorar desconsolada.

—No puedo más.

—Ela, tranquilízate.

Mi estado no lo dejaba indiferente ni a él, el maestro zen. Todo aquello estaba durando demasiado. El cableado de mi cabeza llevaba

mucho tiempo recalentándose a fuerza de intentar averiguar una y otra vez qué me pasaba. Me sentía como un robot sobrecargado que poco a poco amenazaba con fundirse. ¿O el problema era la cabeza? Me froté las sienes, por debajo de las cuales notaba un continuo y leve dolor pulsante.

—¿Y si el tumor ha vuelto?

Por fin había pronunciado en voz alta lo que llevaba todo el tiempo escondiendo en mi interior.

Casi podía ver cómo mi hermano negaba con la cabeza.

—Tonterías. Eso es imposible.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque lo sé —replicó con voz áspera.

Qué frase tan extraña y, en realidad, tan tremenda. ¡Qué arrogancia! ¿Cómo podía estar tan seguro?

—¿Con qué tengo que tener cuidado al encargar la tarta? ¿Frutos secos? ¿Trigo? ¿Huevo?

—¿Qué quieres decir?

—Por tus alergias. ¿Crees que podrá llevar nata? ¿O crema de mantequilla? Quiero que la *ganache* se vea bonita.

—No tienes que tener cuidado con nada. —¿Qué más me daba a mí su *ganache*? ¿Y por qué no decía simplemente «cobertura»?

A veces me exasperaba la obsesión de mi hermano por las cosas bonitas. Su ropa, su cuerpo, sus fotos; todo tenía que ser... bonito.

—Por cierto, George dice que uno reacciona con alergia a ciertas cosas porque en una vida anterior él mismo fue una de esas cosas. Es una superstición japonesa.

Me explicó que quien no toleraba los huevos habría sido una gallina y si alguien no podía comer caballa era porque habría sido un marisco.

—¿Qué gracioso, verdad?

A mí no me hacía ni pizca de gracia. No habría podido sentirme más sola en mi cuerpo. Hablaba un idioma que nadie entendía y no hacía más que ofrecer un enigma tras otro.

—Pasadlo bien con la degustación —me despedí cortante.

Entonces colgamos. Sin haber pronunciado una sola sílaba sobre mi madre. Como tantas otras cosas en su vida, era probable que la boda se quedase en una fantasía. Mi hermano no quería que fuera, y ella lo percibía. En ese instante atravesó mi mente un pensamiento tan terrorífico que lo descarté de inmediato. Por mucho que mi hermano fuera una persona completamente distinta de mi padre, ese cruel legado de vergüenza... lo había heredado de él. Ante mis ojos, contemplé cómo mientras cuidaba de uno de sus bonsáis dejaba las tijeritas e, indignado, negaba con la cabeza. «¿Cómo te atreves?», parecía querer preguntarme.

Me estremecí. «Tenemos que acabar con aquello», pensé. Con esa eterna vergüenza, esa eterna culpa, esa eterna expiación. Nuestra vida familiar necesitaba... aire. Y cuanto antes. A veces me parecía una especie de ingreso interminable en un hospital. Mi padre era como un muñeco sorpresa, que podía salir de la caja en cualquier momento y en cualquier lugar con sus exageradas exigencias y sus criterios cambiantes. Era, y continuaba siendo, la autoridad competente, aunque ausente, que seguía influyendo en nosotros tres; él y el recuerdo de la operación que todos intentábamos olvidar. Cada uno a su manera. Mi padre era el único, de eso estaba segura, que no perdía un instante en pensar en ella.

Hacía mucho que no rememoraba la escena. No era «productivo», según me explicó mi terapeuta. Una mañana me desperté, me bajé de la cama alta, fui hasta la cocina de mi piso compartido, me preparé un café y me marché a la universidad. Hasta que no estuve de camino al aula no me di cuenta de que cojeaba; de que no tenía control sobre la pierna izquierda, la cual sentía ajena y entumecida. El médico de familia al que al final fui determinó con preocupación que no podía levantar el talón y me mandó a urgencias. Una vez allí, una médica pidió un TAC, me inyectaron un medio de contraste y me metieron en ese estrecho cilindro, en el que tuve que permanecer tumbada mientras esperaba el resultado. Aunque tenía clarísimo que

algo iba rematadamente mal, todavía albergaba la esperanza de que fuera un nervio pinzado. Pero entonces fueron apareciendo un montón de médicos en la ventana de arriba. Uno tras otro. Una neuróloga joven de pelo corto fue la encargada de decirme que tenía un tumor en la cabeza, del tamaño aproximado de una pelota de pimpón, en la mitad delantera derecha del cráneo. Mi novio me sostenía la mano y le dejaron dormir en la cama vacía a mi lado. No llamé a mi madre hasta el día siguiente, y esa misma mañana me practicaron una punción lumbar, que supone extraer con una gruesa aguja líquido cefalorraquídeo de la columna vertebral, pues solo así podía descartarse una inflamación. Me dolió tanto que se me nubló la vista. Escuché cómo comentaban entre ellos que, debido a su situación, tamaño y contorno, el tumor debía de ser maligno. Mi novio empujó mi silla de ruedas por los pasillos, de unidad en unidad, y me examinaron en busca de metástasis, aunque, gracias a Dios, no detectaron ninguna. La víspera de la operación me raparon los largos rizos: nunca olvidaré el primer instante en que levanté la cabeza, por lo expuesta y desamparada que me sentí. Cuando desperté en cuidados intensivos, tenía un tubo en la cabeza a través del cual fluían las secreciones de la herida y que una amable enfermera me retiró de inmediato. Al día siguiente de la operación, el médico vino corriendo por el pasillo con los resultados en la mano y gritando sin parar: «¡Dios mío, es benigno, es benigno, es benigno!».

El último día que Leo pernoctó en casa, recibí un correo electrónico de mi director de tesis. A finales de verano vendría invitada a la universidad una profesora de Tokio que también investigaba sobre Yoko Tawada. ¿No me apetecería charlar con ella después del examen? ¿O quizá organizar un encuentro con mi —«nuestra»— autora?

Cerré los ojos. Por favor, ¿cómo podía haber llegado a esta situación incalificable?

No me quedaba otra, decidí. Tenía que aprender japonés en el menor tiempo posible. Esta vez me impuse ante Leo, que se mostró horrorizada ante el plan.

Hice cálculos. Me quedaban seis semanas justas para el examen. Diez para que acabara el semestre. Por muy descabellado que pareciera, debía intentarlo. «Pero ¿cómo es posible —me recriminé— que en todo el tiempo que llevaba escribiendo la tesis no se me hubiera ocurrido nunca apuntarme a un curso de japonés?».

Hasta entonces, mi idea de lo difícil que era el idioma había sido abstracta. Mi temor había sido abstracto. Ahora el temor era... concreto. Empecé con los redondeados caracteres *hiragana*, cada uno de los cuales representaba una sílaba. Los ideogramas del sistema *kanji* y el extraño silabario *katakana* los aparté lo más lejos posible.

Como con cualquier otro idioma, mi japonés para principiantes también empezaba con vocabulario sencillo y preguntas breves o de una sola palabra. De pronto cobró vida el concepto de «lengua silábica», que tantas veces y con tanta ligereza había usado en mi tesis doctoral. Había un sinfín de partículas y sílabas que se iban enlazando como los eslabones de una larga cadena. Otras cosas simplemente no existían. Los sustantivos no tenían género. El plural solo se daba en casos excepcionales. No había primera, segunda ni tercera persona, ni tampoco declinaciones. Su majestad, el «yo», desaparecía en la mayoría de los casos al final del verbo, a menos que uno quisiera subrayar el carácter personal, en cuyo caso la frase empezaba con *watashi wa*, lo que, de hecho, sonaba arrogante. Los saludos podían ser dobles y triples, dependiendo de lo formal que se quisiera ser.

De todas formas, se diría que cada regla se ve frustrada por una excepción. Y hasta palabras simples como «aquí» o «allí» podían expresarse de dos maneras: informal o formal. ¿Y lo agotador que resultaba negar algo? ¿Qué monstruosidad lingüística era *dewa arimasen*? Y los tiempos verbales también eran una fiesta. El presente y el futuro sonaban igual; solo el pasado tenía su propia

terminación. Una misma forma existía por partida doble, una vez para seres vivos y otra para no vivos, a veces para personas y animales y otras veces solo para personas. Pero lo que me resultaba más raro era la llamada «lengua femenina». Supuestamente, ciertas expresiones solo se utilizaban si el hablante era mujer. Por ejemplo, a las mujeres se las animaba a poner una «o» delante de determinadas palabras porque indicaba un respeto especial. Precisamente una «o». Como mujer, una no decía *hana* para «flores» o «nariz», sino *ohana*.

Al cabo de pocos días me invadió la familiar sensación de inutilidad que me había acompañado durante todos mis estudios. Siempre parecía ser demasiado tarde. Siempre habría debido estudiar mucho más de lo que en ese momento podía.

Me consolaba con la alegría de algunas palabras sueltas y descubrimientos, como que, aunque todo terminaba en *-desu*, solo se pronunciaba *-des*. En general, me divertía muchísimo con la pronunciación. La monotonía y uniformidad de las sílabas que, encadenadas, formaban una banda sonora; peculiaridades como la «r», que se encontraba en algún lugar entre mis sonidos «l» y «r»; mi lengua adoraba ese baile. Con todo, me parecía un esfuerzo en balde. Un idioma se aprendía mediante el uso. ¿Cómo y cuándo iba a usarlo yo? ¿Cómo iba a practicar? ¿Cómo iba a conversar jamás con Tawada y su profesora? Y no sobre *sushi* o flores de cerezo, sino sobre... literatura.

Leo, que seguía mis progresos con gesto de desaprobación, terminó pidiéndome que me sentara con ella a la mesa de la cocina. Me tomó las manos.

—Esto no puede seguir así, Ela. —Se dio un toquecito en la frente—. Japonés. En tan poco tiempo.

Debería haberle recordado que justo así era como había aprobado mi examen oficial de latín. Con un curso intensivo de cuatro semanas.

—¿Ya has tenido pesadillas? ¿O no? —Leo sonaba preocupada de verdad.

Sí. Últimamente me había despertado en mitad de la noche porque había soñado que el puesto que ofrecido por mi profesor exigía conocimientos básicos de japonés y, para ello, debía dominar todos los números. Hasta entonces, apenas les había echado un vistazo rápido, y con miedo, antes de pasar página; solo podía contar hasta diez. En el sueño me pedían un nivel N5. Ni un N1 ni un N2. Un N5. Otra noche soñé que me perseguía un ideograma *kanji* gigante. Desesperada, mandaba a Yoko Tawada un mensaje de texto, pero no me respondía.

—No lo entiendo. Explícamelo. —Leo me miró.

Yo me encogí de hombros. Ni yo misma podía explicarlo. Solo sabía que la vergüenza pesaba más que todo lo demás. Se me revolvía el estómago de pensar en confesar el fatal equívoco.

Leo no conocía la vergüenza. Y, al contrario que yo, a mi amiga tampoco le hacía falta practicar con la rueda de las emociones. Tenía una relación sana con sus sentimientos, seguro que por su trabajo con niños, con quienes recorría a diario sus valles y montañas. O por Henny. Así que, ¿cómo iba yo a aclarar mi confusión interior? Era como en el ejemplo del escarabajo en filosofía: un sentimiento se hallaba oculto en una caja; cada persona tenía una caja semejante, pero nadie podía ver el interior de la caja de los demás; y cada cual guardaba en su caja algo distinto.

Leo se afanaba en la cocina para dejarme preparada una serie de tristes comidas para mi dieta de eliminación: «Así no tienes que cocinar». Como de costumbre, escuchaba la radio. Yo nunca lo hacía; me ponía de los nervios que volviera a sonar después de, como mínimo, cien veces esa semana «Back to Black», una canción sobre el dolor que, a saber cómo, se había convertido en un éxito de masas. Por lo demás, en los programas había un único tema: Obama acababa de ser nombrado candidato.

—Figúrate —comentó Leo ilusionada—. El primer presidente negro de Estados Unidos.

Nos imaginamos lo distinto que podría ser el mundo. Mucho más justo y pacífico. De forma totalmente incongruente con nuestra

alegría, por la cocina se extendió un olor nauseabundo. Alcé la nariz al aire. En el fuego hervía sopa de remolacha, un plato que no me gustaba especialmente, aunque Leo afirmaba que esta verdura era nutritiva y eficaz contra las inflamaciones.

Cuando encendió la batidora, Sir Wilson se bajó del alféizar de un salto. Dejó escapar un maullido indignado, aunque suave. ¿Quién osaba perturbar los dominios de su majestad? *His majesty's realm?*

«Si tú supieras...», suspiré para mis adentros.

Seguía dudando de que las pruebas de alergia se hubieran realizado como era debido. ¿Qué probabilidad había de que Sir Wilson fuera la causa de mis síntomas? La unidad de alergología tenía la línea constantemente ocupada; solo conseguí comunicarme una vez con recepción, pero no habían podido pasarme al médico. Pedí que me devolvieran la llamada, pero nadie lo hizo. En el fondo me venía bien, la verdad es que prefería no saberlo. Estaba hecha un as de la evasión. ¿Por qué las aseguradoras no daban puntos extra a quienes evitaban ir al médico? Al fin y al cabo, suponían una reducción en los costes.

Leo me regañó.

—Es que no soporto verlo. Cómo te torturas. Toma. Come.

Me puso un plato delante. Obediente, hundí la cuchara en el puré de color vino. A decir verdad, sabía a tierra. Tierra sucia y dulce. No había otra verdura que asociase tanto con mi madre. Con sus innumerables dietas. Aunque Leo había aliñado la remolacha con coriandro y nata. Ella no comió nada. Durante las últimas semanas había vuelto a adelgazar.

Mientras Leo maldecía sin parar y ordenaba la cocina, yo descubrí un mensaje de O en el teléfono.

Llevaba diez largos, horriblemente largos, días sin aparecer por la facultad. Suerte que tenía el código. Aunque O no me preguntaba cómo me encontraba, tan solo escribía que esperaba que estuviera bien. Me acordé de una expresión en japonés que me había enseñado mi hermano. *Kuuki o yomu*, que venía a significar 'leer el

aire', es decir, la capacidad de interpretar entre líneas lo que no se decía. O parecía dominar la técnica.

—Mira. —Con un gran suspiro, Leo puso ante mí una tarjeta de visita. Pertenecía a «Dr. priv. Malat»—. Quiero que vayas ahí.

—¿Quién es? —quise saber.

—Una homeópata. —Leo me había concertado una cita—. Por lo que se ve, es buena.

Dejé caer la tarjeta. *Wie lieb von diiir*, el «qué detalle por tu parte» de la canción, resonó en mi interior. Me conmovía que Leo se tomara tantas molestias por mí. Tal vez sí debería probar. La lista de servicios que ofrecía la señora Malat era impresionante. Magnetoterapia, ventosaterapia, limpieza de colon, flores de Bach. Tratamiento del trauma. Medicina china tradicional.

—Y kinesiología.

Leo señaló la letra pequeña.

—¿Qué es? No lo había oído nunca.

En la kinesiología, me enteré, se hacían pruebas musculares para que el propio cuerpo señalizara lo que uno quería o no.

—Seguro que te ayuda. Con la decisión.

—¿Cuál?

—Pues si deberías o no tomar la pastilla.

El «*wie lieb von diiir*» dejó de oírse. Así que ese era el quid.

—No puedo permitírmelo —me defendí.

—Por eso no te preocupes —respondió Leo vacilante—. Tu hermano corre con los gastos.

Me quedé mirándola. ¿Desde cuándo hablaban entre ellos? ¿Se trataba al final de una..., cómo se llamaba, «intervención»? En Estados Unidos, las personas se reunían a espaldas de la persona afectada para luego, todas juntas, hacer que se enfrentara a sus «problemas». Algo de lo más cobarde que me podía imaginar.

—¿A qué viene esto? —Me crucé de brazos.

—Tú déjalo —me tranquilizó Leo—. Si quiere pagar..

Estaba tan atónita que no sabía ni qué decir. Aunque tenían razón. Por la mañana me había despertado con un nudo tan grande

en la garganta que por un momento realmente creí que iba a ahogarme. Aquello ya no era un simple «globo faríngeo». Era como si tuviera que echar fuera un mundo entero, viejo y falso. Pero... ¿tomar la pastilla? ¿Y qué pasaba si al final era culpa de Sir Wilson?

Mi gato estaba ovillado en el suelo, bajo un rayo de sol. Por encima de su pelaje negro, que brillaba rojizo a la luz, había una franja de polvo claro iluminada.

Señalé la tarjeta de visita.

—Queda... muy lejos.

—Eso es verdad. Y yo no puedo llevarte. Pero sí recogerte.

—¿No tienes que trabajar?

—Tengo el día libre —afirmó Leo. Pero que me mintiera ya no era ninguna novedad.

Pocos días después, me puse en camino. El cielo era de un azul tan resplandeciente que casi parecía artificial. Las aceras estaban literalmente a rebosar de gente haciendo ejercicio matutino. Corrían o montaban en bici de carreras; incluso me encontré un grupo de entusiastas jubiladas haciendo *chi kung* en el parque.

Después de un trayecto de media hora en tranvía, llegué a la dirección en la que encontraría a la señora Malat. Era una clínica grande, que solo por su tamaño ya parecía confirmar que allí solo trataban a personas de alto poder adquisitivo. Se trataba de un edificio antiguo, quizá un viejo palacete, y su fachada había sido restaurada hacía poco. Los coches que estaban estacionados en las plazas de delante eran modelos caros: Porsche, clásicos.

Al subir por una escalinata se llegaba a la planta principal. Las salas tras la puerta batiente eran de techos altísimos; cuatro metros como mínimo. Miré a mi alrededor. En las paredes colgaban cuadros de gran formato, óleos con motivos florales y espejos gigantes, todos ellos con pesados marcos de metal. En el pasillo que partía de la sala de espera había grandes jarrones con caracteres chinos, que me parecieron demasiado ostentosos y poco adecuados para un

lugar así. ¿No se suponía que los mejores sanadores carecían de posesiones? ¿Que los objetos materiales no significaban nada para ellos? Solo para comer, tenía entendido, procuraban ingerir exclusivamente alimentos de especial calidad. Y a la hora de viajar, hasta el dalái lama hacía una excepción al volar únicamente en primera clase.

Especialmente la sala de espera no parecía una sala de espera de verdad, sino más bien una estancia pensada para impresionar. E intimidar un poco al mismo tiempo.

En el centro se podía acceder a una estancia ovalada, una especie de cápsula espacial abierta por un lado. Era allí donde se dispensaban los medicamentos. Detrás de una anticuada caja registradora, una enfermera pulsaba los botones con diligencia.

Mientras tanto, otra enfermera abría uno de los gigantescos armarios empotrados, que resultó ser un ropero, y ayudaba a una mujer mayor a ponerse un abrigo elegante y de aspecto caro.

Lo más llamativo era el silencio que se extendía por doquier. Tan solo se oía un leve murmullo. «Recogimiento» fue la palabra que me vino a la mente. En la sala de espera había dos parejas sentadas; delante de ellas, en vez de una mesa, una fuente de mármol con un niño desnudo que orinaba un alto chorro de agua oscura y brillante. En ese lugar no tenía cabida el «¡hola, doctor!».

Entonces se abrió la pesada puerta. La señora Malat tenía un rostro suave y claro, enmarcado por un flequillo muy recto. Pensé que resultaba interesante que su aspecto casi quedase eclipsado por su aura. Nada en su apariencia delataba la menor inquietud. En general, parecía amigable y abierta. Le describí mis problemas por encima.

—Todo empezó con un dolor de garganta —expliqué.

Sabía que los hallazgos médicos tenían un papel secundario en la naturopatía, pero de todas formas le tendí mi historial.

La señora Malat se levantó.

—¿Fiebre?

Negué con sinceridad. Quien tenía fiebre podía sanar, según sabía. Yo, por el contrario, debía de estar practicando la represión.

—Lo que sí tengo es sed.

—Ajá. Eso me suena a calor húmedo. —Ladeó la cabeza—. Pero primero le voy a limpiar los chakras. Luego le aplicaremos acupuntura; y luego, la kinesiología.

Me hizo sacar la lengua. También me tomó el pulso.

—Tiene muy poco *qi*. Energía vital insuficiente, quiero decir. Debemos incrementarlo.

—Vale...

De pronto, me sentí como si estuviera en manos de una vidente. Como si la señora Malat me hubiera leído el futuro en la palma de la mano. Por algún motivo, me resistí a aceptar su diagnóstico. Me sonaba como si fuera el destino, no algo temporal que pudiera solucionarse.

—¿Y cómo «vamos» a hacerlo? ¿Lo de incrementar mi *qi*? —El plural mayestático de los médicos y médicas me generaba desconfianza. Ocultaba el poder que tenían sobre mí y sobre mis dolores.

—Muy fácil. Reforzando su centro. Con acupuntura. Pero primero, como le decía, los chakras.

Lo de los chakras ya me lo había explicado Leo. Cada uno tenía asignado un color.

Asentí y me acosté en la camilla dispuesta para ello. Parecía una tumbona. Me taparon con una manta fina que olía muy bien.

La señora Malat, supe entonces, era sinestésica y sabía comunicarse con los campos cromáticos del cuerpo.

—Ajá. Guau —respondí lacónica.

Al instante apareció ante mis ojos la rueda de las emociones. Era como si los colores quisieran reconquistar su lugar en mi vida. Como si le hubieran declarado la guerra a la palidez de mi existencia.

—Cuando me mira, ¿qué... color ve exactamente? —quise saber. Me imaginaba que sería un monstruo azul, marrón y rojo.

La señora Malat se rio.

—Debo ir un momento al baño. Mantenga los ojos cerrados, por favor. Intente no moverse. Y no piense tanto.

Hice lo que me pedía. Pero no logré no pensar en «nada». Mi mente se encontraba demasiado inquieta. Mis pensamientos vagaban de aquí para allá, pero siempre terminaban regresando al mismo punto: ¿acaso creía yo en estas «terapias de energía»? Me había educado en el protestantismo y, sí, seguro que en algún lugar de este mundo había huellas de lo divino, pero... ¿esto?

Oí cómo volvía a abrirse la puerta. Me arriesgué a echar una ojeada. La señora Malat lucía puestas sus pinturas de guerra, por así decirlo. En la cabeza llevaba una especie de tocado de plumas como los que se veían en las películas del oeste.

Cerré los ojos a toda prisa y, de inmediato, oí la despiadada risa de Leo. Por muy abierta que estuviera a todo tipo de métodos de sanación, esto también sería demasiado para ella. Hasta yo me debatía entre la hilaridad y la indignación. Pero entonces experimenté algo más. Una especie de... curiosidad. La señora Malat no tenía nada de falso o de malo. Mi intuición era completamente de fiar, y me habría enviado una señal de advertencia. Pensé en Sir Wilson, ovillado en un rincón con el hocico hundido en su pelaje. En otro siglo, a una mujer que tuviera un gato se la habría castigado igual que a una sanadora como la señora Malat por sus... poderes.

Cerré los ojos y me concentré en la respiración. Las manos de la señora Malat se movían por encima de mí. A pesar de mantenerlas a buena distancia de mi cuerpo, notaba su calor. Me vino a la mente el «cuerpo astral», ese halo neblinoso e invisible que según las antiguas creencias envolvía el alma.

Apreté aún más los párpados, pero me descubrí haciéndome una pregunta: ¿seguro que lo que estábamos haciendo era legal? La de «médium» no era una profesión regulada. ¿Cómo es que cualquiera podía abrir una consulta, ponerse un tocado de plumas y empezar a hacer una «terapia de energía»?

—Concéntrese tan solo en mis manos —me pidió la señora Malat.

¿Percibiría mis dudas? ¿O sería más bien que lo veía? Las dudas surgían del espectro rojo. El de la ira.

Pero entonces acabó la limpieza.

—Tiene demasiada tristeza en su interior.

Asentí, pero con escepticismo. ¿Quién no la tenía?

A continuación tocaba la acupuntura. Al menos, la señora Malat se había quitado el tocado de plumas.

Apreté los labios preparándome para el dolor que se avecinaba.

—Y... cuando «reforcemos el centro», ¿desaparecerá mi dolor de garganta? —quise asegurarme.

La señora Malat andaba hurgándome en el pie. Por el rabillo del ojo vi que las agujas eran enormes y gruesas como las de calceta. Respiré para hacer frente al dolor y noté cómo una fina película de sudor frío empapaba la línea central de mi espalda.

—Se ha demostrado que la acupuntura ayuda con las alergias. Aunque sería bueno que viniera tres veces a la semana —dijo, como de pasada.

—¿Tan a menudo? No me lo puedo permitir. —Casi lloraba de lo mucho que dolía.

—Mmm... —se limitó a responder, aunque no tenía claro si se refería a mi sensibilidad al dolor o quizá a mi escaso presupuesto.

La aguja volvió a penetrar hondo entre los dedos de mis pies, por lo que me eché a llorar.

Me ponía mala de pensar lo que esta sesión le costaría a mi hermano. Y cuántas más tendría que pagar yo si hacía caso de las recomendaciones de la señora Malat.

—En China es una práctica de lo más común. La gente no va una vez a la semana y ya. ¿Lo nota? —Buscó con la aguja un punto entre el dedo gordo y el índice. El daño era indescriptible. Al dar con el punto más sensible, apretó con especial fuerza y, por un momento, casi me quedé inconsciente. Me sentía como si me estuvieran empalando.

En cuanto me volví a sentar delante de ella, ya vestida, la señora Malat asintió.

—¿Y qué hago con la pastilla? —La miré, ansiosa. Todavía no me había respondido a la pregunta clave.

—Bueno... —contestó con mansedumbre—, preguntémosle a su cuerpo y ya está. Lo que él diga.

Se levantó. Yo debía colocarme enfrente. Ella me tomó las manos entre las suyas y las levantó.

—Ahora relájese, por favor.

Obedecí. A continuación debía cerrar los ojos y responder a las preguntas: si mi mano bajaba, significaba «no»; si permanecía levantada, «sí».

Así que eso era... la kinesiología.

—Es como cuando ciertos días una no consigue abrir tarros, latas u otros envases. Y otros días resulta facilísimo. Todo son mensajes del cuerpo.

—Entiendo. —No estaba yo muy convencida.

—¿Lista? —me preguntó la señora Malat.

—Lista.

—Bien. Empezaremos con preguntas sencillas.

Así que el juego de los músculos determinaría la decisión. La señora Malat repitió lo que yo susurraba.

«¿Tenía miedo del examen?».

«Sí».

Esa era fácil, me pareció. Correcta, pero un juego de niños. La siguiente pregunta era mucho más difícil.

«¿Tenía alergia a los gatos?».

«No».

Mi mano había caído sobre la rodilla como un paño mojado. Abrí los ojos.

—¡Lo sabía!

—Por favor, concéntrese —me advirtió al instante.

Me quedé pensando.

—¿Aprobaré el examen y conseguiré el puesto?

—Esa no es una pregunta para la kinesiología. Esto no es... un oráculo. Debe pensar las preguntas desde el cuerpo, considerando lo

que el cuerpo quiere y lo que no.

Reflexioné. De todas formas, era probable que se dijera «sí» o «no» según lo que se deseaba. No había siquiera un subconsciente que tomara las decisiones; quien lo hacía era uno mismo. Se quería algo porque sí y ya está.

De pronto se me ocurrió una idea. Tal vez pudiera engañar a mi conciencia y hacer como si mi cuerpo tuviera voluntad propia.

«¿Mi cuerpo quería ir a la boda de mi hermano?».

«Sí».

Asentí. Por ahora, la respuesta era correcta.

«¿Mi cuerpo quería subirse a un avión?».

«Sí».

Tonterías, corregí a mi subconsciente. Yo no quería.

«¿Quería mi cuerpo ese puesto?».

«No».

Pegué un respingo de lo mucho que me sobresaltó la vehemencia de la respuesta. Mi brazo había caído a plomo. Una vez más, incorrecto. Negué con la cabeza. Por supuesto que lo quería. Evidentemente mi cuerpo no pensaba... como yo.

Entonces me concentré en la pregunta única y fundamental.

«¿Debía tomar la pastilla de hormonas?».

«Sí».

La mano permaneció levantada. Se mecía con suavidad en el aire. Era un «sí» clarísimo.

Di un paso atrás.

—Perdone, pero creo que esto... Creo que la kinesiología no es para mí.

—¿Cómo? ¿Solo porque no le gusta la respuesta? ¿En qué año dice que nació? —preguntó la señora Malat de pronto. Las pinturas de guerra contribuyeron a que, de golpe, me sintiera incómoda.

Pronuncié el número.

—¡Ah! Lo que me imaginaba. Es usted Serpiente. Más concretamente, Serpiente de Fuego.

Noté cómo la rueda de las emociones se paraba en la zona del asco. Todos los vellos del cuerpo se me pusieron de punta. ¿Yo, que les tenía a las serpientes casi más miedo que a nada en el mundo iba a ser una? ¿Precisamente ese animal taimado?

—¿Y... qué deduce usted de ello?

—A ver, los Serpiente de Fuego son muy apasionados. Y sabios. *Shé* significa 'astucia'. Pero deben controlar su energía. Y tener cuidado de no quemarse.

Conque así era como se diagnosticaba un *burnout* en el idioma de la medicina tradicional china.

—Me imagino que le vendría bien tomarse un descanso.

Me crucé de brazos.

—E intente escribir una página todas las mañanas. Así se aclarará las ideas. Y empezará el día... de forma completamente distinta.

—¿Cómo que... escribir? —La miré desconcertada.

—Lo que se le ocurra. Simplemente escríbalo.

«Interesante», pensé. Yo que nunca me había planteado en serio lo de escribir un diario. Para mí, eso solo lo hacían las personas de la alta burguesía. O las escritoras. Las frases aleatorias que anotaba por las mañanas en hojas sueltas y que de vez en cuando pasaba al ordenador no contaban como escribir... ¿o sí?

En la recepción me dieron una infusión que me habían preparado en la farmacia exclusivamente para mí y mi centro necesitado de refuerzo.

En vez de encaminarme hacia la salida, en el pasillo torcí a la izquierda sin darme cuenta y me encontré de pronto en la unidad de medicina interna. Eché a andar cuando alguien me llamó por mi nombre.

—¿Ela? ¿Eres tú?

Vi una cara joven tras una de las puertas.

—¿Tú?

Era el cirujano con el que había salido hacía lo que me parecía una eternidad. Siete años, para ser exactos. ¡Qué enamorados habíamos estado! Cuando al cabo de medio año a él le dieron la oportunidad de estudiar en Boston, no lo acompañé. Me acordé de una frase que en su momento me había susurrado al oído, como para advertirme:

«Yo como tal soy estupendo, pero vivir conmigo es un desastre».

Eso era cierto, el muchacho había luchado a brazo partido por soportar la presión a la que se veía sometido en el hospital. Su trabajo había dominado su vida y también la mía. Al final ese fue el motivo, creía, por el que lo dejé con él. Estaba casado con su trabajo. Una vez, recordé, volvió a casa por la noche temblando de la cabeza a los pies. Si la enfermera del último turno no se hubiera percatado del error, casi le habría administrado a una paciente diez veces la dosis de un medicamento. ¿Quién escribió ese capítulo en la historia de las lágrimas? Las lágrimas de las personas de blanco que lo daban todo de sí en este pervertido sistema.

Mi cirujano me sonrió; seguía viéndose joven. Lo había conseguido. Pronto se convertiría en médico jefe, me contó.

Una imagen surgió ante mí por un instante. Yo, esposa de un cirujano. Una casa en las afueras de Boston, dos niños, dos coches, dos perros. Tuve que soltar una carcajada.

—¿Y tú? —quiso saber.

—Yo casi he terminado también. Con la tesis. —Mis «estudios literarios» siempre habían sido un misterio para él.

Pero el sexo... el sexo lo recordaba espectacularmente bueno. Mi cirujano debía de pensar algo parecido, a juzgar por su expresión pícara. Seguía teniendo las mismas seductoras orejas de soplillo.

Vacilé. Estaba demasiado hecha polvo para el sexo. ¿O no? Quien sufría un mal tan inexplicable como el mío no mantenía relaciones sexuales... ¿o sí?

Me incliné un poco hacia delante y aspiré el aroma de su piel, salado y familiar. Detecté una mínima huella de cigarrillos.

—¿Sigues fumando?

Mi cirujano asintió. En nuestra época era él quien me echaba la bronca por mi «fumeteo».

Entonces nos reímos los dos. Era evidente lo que iba a pasar.

Verde, constaté. No, rosa. Mi rueda de las emociones se había detenido en el rosa, mis fluidos corporales estaban revolucionados. Era como en un manual. Qué extraña máquina constituía el sistema hormonal. El deseo podía imponerse al dolor. Como al jugar a piedra, papel o tijera.

Mi cirujano me dirigió una mirada cómplice antes de darme la mano y tirar suavemente de mí hacia un cuarto al final del pasillo. Sus labios eran suaves y su beso tan leve y perfecto que mi cuerpo entero se sintió de inmediato en las nubes. Con una risita cerramos la puerta a nuestras espaldas.

Me subí al coche con Leo y Henny.

—¿Y? ¿Qué tal ha ido?

—¿Tu mariposa vuelve a volar? —Henny me miró con interés.

Me removí incómoda en el asiento. ¿Se notaría que había mantenido relaciones sexuales? ¿O Leo percibiría el olor a cigarrillos?

—Esto de la kinesiología... Perdona, pero... no —me salí por la tangente.

Leo arrancó el motor. Callaba, lo que siempre constituía una mala señal. Tomamos el largo camino de vuelta a la ciudad. Pasó un buen rato antes de que dijera nada.

—¿Así que vas a seguir sin tomarte la pastilla?

Me mordí los labios. Me sentí como una chiquilla testaruda.

—Tu hermano tiene razón —soltó—. No hay quien te ayude.

Qué íntimo resultaba hablar de estas cosas. Y, en realidad, qué imposible. Leo no era médica, y yo menos. Las dos nos movíamos en una peligrosa penumbra de informaciones, sensaciones, proyecciones. Con la diferencia de que ella, al contrario que yo, había estado enferma pocas veces en la vida.

Henny se apartó del respaldo, se inclinó hacia delante y me abrazó por la espalda.

—¿Qué crees que pasaría si Sir Wilson acabara en una jaula con panteras o leopardos? ¿O con tigres? ¿Se lo comerían?

—Si te digo la verdad, no lo sé.

Era una pregunta fantástica. Pero entonces me quedé helada. ¿Acaso Leo le había expuesto a su hija sus fantasías de exterminio de mi gato? Me acordé de una anécdota que leí en mi libro sobre gatos. Por lo visto, la diosa Artemisa, protectora de los animales y las plantas, creó a estos felinos para molestar a Apolo, su mellizo. Este, de inmediato, creó a los leones. A Henny le encantó la historia.

—Así que los gatos fueron primero —señaló con un asentimiento.

En ese momento ya no pude aguantar más. Cogí aire y le confesé a Leo que era probable que tuviera alergia a Sir Wilson.

—¿Y me lo dices ahora?! —chilló.

A punto estuvo de pegar un frenazo. De poco sirvió que anunciara que el diagnóstico kinesiológico de la señora Malat descartaba una posible alergia.

—A ver..., no puedes respirar. Tienes un agujero en la espalda. Te estás haciendo polvo el corazón. Y todo... ¿por el bicho ese?

Golpeó el volante con la palma abierta.

—No lo llares «bicho», por favor. —Hasta yo noté lo floja que sonaba.

—Eso —me respaldó Henny—. No se dice «bicho».

Leo estaba lejos de calmarse, acababa de coger aire.

—¿Cómo es posible? ¿Que tu gato te parezca más importante que... tu vida?

Estaba a punto de responderle: «Mi gato ES mi vida», pero me pareció demasiado melodramático.

—Podemos quedarnos nosotras con Sir Wilson, mamá —propuso Henny.

—No, no podemos.

Leo había empezado a llorar en silencio. Al mirarla de lado, me di cuenta de golpe de lo mucho que se parecía a mi madre. Los ojos

grandes y redondos, los pómulos altos. Qué fuerte que hasta entonces no me hubiera llamado la atención.

Henny nos observaba desde el asiento trasero. Era evidente que esta conversación era de todo menos «apta para niños».

—Lo que quiero decir —repuso Leo con voz trémula— es que todo gira siempre en torno a quienes están enfermos. Y nunca en torno a quienes los cuidan. De ellos no se acuerda nadie. —Se enjugó las lágrimas—. Hazme un favor y tómate de una vez la dichosa pastilla. Y deja la tontería del japonés. Y aplaza el maldito examen.

Me crucé de brazos. Leo prácticamente me obligó a aceptar su ayuda. ¿Y ahora me salía con esas? Noté cómo en mi interior se cerraba chirriante la puerta de una mazmorra.

Cuando me bajé del coche, pese a sentir que tenía razón, también me veía tan sola como una fuente en medio del desierto. Leo pisó el acelerador sin una palabra de despedida. Henny me hizo un gesto triste a través del parabrisas trasero.

De vuelta en casa, Sir Wilson se me acercó sigiloso. Con un movimiento rápido me arrodillé frente a él y deslicé la mano por su pelaje suave. En cuanto nuestros cuerpos se tocaron, brilló un destello en la estrecha raya de sus ojos verde claro y yo me estremecí. Con esa expresión... parecía un reptil. En Japón, recordé, había un espíritu que adoptaba forma animal. Me acordaba vagamente de un «gato monstruo de cola bífida», que guardaba semejanzas con una serpiente. A diferencia de los gatos con la patita levantada, ese no prometía buena suerte.

«Los enfermos se consideran criaturas tan egoístas como los gatos», pensé. Pero tal vez fuese una mera proyección. En su libro *Soy un gato*, Natsume Soseki se quejaba, desde la voz narradora de un gato, del egoísmo de los hombres, que serían «ladrones del

corazón». En el fondo del mío, ¿sería yo una ladrona? ¿Había sido injusta con Leo?

Di un sorbo a la infusión. Estaba tan amarga que me habría gustado escupirla al instante. Me estremecí, fui hasta el fregadero y vertí el brebaje por el desagüe. Quería recuperar mi vida. Una vida sin infusiones apestosas ni adivinaciones en los posos del café.

Mi madre nunca me enseñó cómo una «se pone guapa». Casi siempre la había visto en su papel de madre, no de mujer. No poseía un tocador como mi abuela, quien todas las mañanas se peinaba delante del clásico espejo de tres cuerpos. También por eso, de niña, la mesilla de noche de mi madre era para mí como un lugar mágico. El joyero, el fino pañuelo azul con hilos de plata para el cuello, la lámpara tachonada de piedras de colores...

Mi madre y mi abuela eran mujeres excepcionalmente bellas que siempre habían dado importancia a mostrarse «cuidadas». «Cuidadas», pero nunca llamativas.

Mi madre no aprendió a reclamar espacio para sí, no como yo, que lleno una página tras otra. Con palabras que me parecen bellas. (Signifique lo que signifique «bello» en un libro en particular...).

Mi abuela mantuvo durante muchos años un animado intercambio epistolar con sus hermanos. Dos de las hermanas y su hermano permanecieron en Mechtal, una tercera emigró a Berlín, otra a Londres, la quinta se casó y se mudó a Islandia. Con todos ellos se escribió durante muchos años, en alemán, y sus hermanos le respondían en polaco.

Así pues, mi mamá creció con una madre que escribía con suma regularidad. Y hasta a mi padre le mandaba cartas cuando se conocieron. Cartas preciosas, de eso estoy segura.

Una carta es un texto de lo más peculiar. Siempre tiene un destinatario. Una dirección clara. En el sentido más amplio..., una función.

A menudo le he pedido a mi madre que se ponga a escribir lo que recuerda de su niñez y de su juventud, pero no. Solo conversando conmigo se abre y comienza a contar. A veces creo que se debe a que se siente sola ante la página en blanco. Puede hacer frío, sí, sobre su nivea superficie. No hay una familia. Nadie desbarba plumas de ganso.

La escritura no se diferenciaba mucho de una hibernación. A ojos de los demás tal vez pareciese somnolienta, pero en el interior de mi oscura cerebral había alumbrado mi propia infancia [...].

YOKO TAWADA,
Memorias de una osa polar

8

Where is my mind?

Una mañana me desperté porque me sonaban las tripas. Aparté el edredón y salí corriendo al baño. ¿A cuento de qué ahora se me volvían también locos los intestinos? La descarga salpicó con fuerza al vaciarme. Por costumbre, observé el color de las heces. Eran... oscuras. Negras. ¿Sería lo que los médicos denominaban una «deposición sangrienta»?

Temblorosa, me dejé caer al suelo. Si era sangre, significaba que tenía algún tipo de úlcera. Y desde hacía tiempo. Una herida interior que ahora se me había abierto.

—No, por favor —musité—. No, por favor.

Mi madre intentó responder con calma a mis emociones desatadas.

—¡Necesito una gastroscopia! —exclamé por teléfono.

—¿Cómo era la deposición?

—Negra.

—¿Negra? ¿Estás segura?

—¿Cómo que si estoy segura? Pues claro que lo estoy.

—En ese caso, tira corriendo a urgencias.

Me negué con vehemencia. De todas formas, lo que me iban a decir allí era que concertase por mi cuenta una cita con un médico para hacerme una colonoscopia.

—Vale. Voy a ver qué se me ocurre.

Era admirable la calma con la que actuaba mi madre. Y desde tan lejos. Con calma, pero al mismo tiempo con... valentía.

Después de colgar, empecé a dar vueltas por el piso. Virginia me miraba impasible con su sonrisa de Mona Lisa. Yo ya no sabía ni qué hacer. Era como si tuviese en las entrañas un diminuto polluelo de alas temblorosas. Sin darme cuenta, había empezado a murmurar entre dientes. Me percaté, sorprendida, de que era una promesa. Si no tenía nada malo, me tomaría la maldita pastilla, me juré. Les confesaría a mis examinadores que no hablaba una sola palabra de japonés. Que se trataba de una horrible equivocación, horrible. Y luego me cuidaría. Lo juré solemnemente. Ante Dios o lo que fuera.

Cuando mi madre volvió a llamar, había concertado una cita en nuestra ciudad de origen con un gastroenterólogo famoso que salía con regularidad por la tele. Un médico privado. Era conocido por sus estudios sobre curas de ayuno. Y hasta sabía de tiroides.

—La visita cuesta unos cien euros —calculó mi madre.

Ante su insistencia, decidí intentarlo. El hombre, que se llamaba doctor Wilhelm, solo cobraba por la consulta. La gastroscopia la pagaba el seguro.

—Gracias —suspiré con alivio.

—¿No debería... volver a casa?

Era la pregunta que, en mi interior, llevaba esperando todo el tiempo. Nada me habría gustado más. Verla y que me estrechara entre sus brazos. Estaba al límite de mis fuerzas. Las dietas de eliminación me habían dejado consumida.

—No —me oí responder—. Mamá, no, por favor. Quédate donde estás.

Mi madre emitió un hondo suspiro.

—Bueno. Me tengo que ir —dijo solo.

Esa frase se estaba convirtiendo poco a poco en una de sus habituales. Y ni siquiera sabía dónde se encontraba en ese momento; le había perdido la pista.

—Wambierzyce. Albendorf —me llegó flotando por el auricular—. La Jerusalén de Silesia. La visita guiada empieza ahora mismo.

Apagué el móvil. Mi rueda de las emociones se aceleró. No era solo pánico lo que sentía. Era rencor. Yo era la joven; ella, la mujer

mayor. Estábamos en un «mundo al revés» en el que mi madre andaba de viaje mientras yo peregrinaba de una consulta médica a otra. Lo que pensaba era horriblemente injusto, lo sabía. Tendría que haberme alegrado de que lo estuviera pasando bien. Pero en algún rincón oscuro de mi corazón me sentía traicionada. A lo largo de toda su vida no vivida, mi madre también me mantuvo a mí, como quien dice, prisionera. ¿Es que no podía... haberse puesto bien mucho antes?

Sir Wilson maullaba desesperado, sentado con ostentación en medio del pasillo; con las patas enroscadas, pero listo para saltar. Desde que había cogido la bolsa de viaje, no me quitaba el ojo de encima. Suspiré. Iba a tener que conformarse con pasar dos días y una noche con Yvette, la hija de mi vecina. La niña estaba que no cabía en sí de contenta. «Menos da una piedra», pensé, para de inmediato decidir tachar de mi vocabulario esta expresión. Mi madre la usaba con frecuencia. En ella resonaba cierto sacrificio heroico.

El trayecto en tren, que duraba unas cinco horas, lo pasé en un duermevela. Apenas había pegado ojo en toda la noche, subida a mi trono elevado, porque seguía durmiendo erguida. El pánico se apoderaba de mí una y otra vez, como en oleadas.

Eché un vistazo al teléfono.

—Mira tú... —se me escapó.

Leo me preguntaba con toda seriedad si podía ocuparme de Henny. Cuando le respondí, cortante, que no estaba en la ciudad, lo aceptó con un «vale» que sonó ofendido a mis oídos. Por un momento me sentí insegura. ¿Debería haberle dicho que iba a casa de mi madre? ¿Y que, por lo demás, podía seguir contando conmigo? La seguridad con que, en otras circunstancias, estábamos la una a disposición de la otra se estaba resquebrajando. En ese momento, nuestras necesidades y urgencias eran demasiado distintas.

Durante el viaje, cuando conseguía pensar con claridad, ojeaba el libro del médico estrella. Era un superventas que había comprado sin pensar en la librería de la estación. Con sus tesis, el doctor Wilhelm le había declarado la guerra a la industria farmacéutica. En el prólogo protestaba contra el uso demasiado a la ligera del término *burnout*. Surgido en los Estados Unidos de los años setenta, al principio se aplicaba únicamente a las personas con empleos mal pagados en el ámbito de los cuidados. Desde entonces, señalaba el doctor Wilhelm, era posible que ya no quedase nadie que no estuviera agotado. Una clave fundamental se encontraba en la alimentación, pero también en los pensamientos y en los sentimientos asociados a ellos. No pude evitar acordarme de una expresión de mi infancia: «enfermar por miedo». Los pensamientos provocaban sentimientos, normalmente desagradables, y los sentimientos, a los que obedecíamos sin darnos cuenta, nos conducían no pocas veces a llevar a cabo acciones poco útiles y hasta autodestructivas. A grandes rasgos, no era otra cosa que lo que mi terapeuta intentaba enseñarme.

Hacia la mitad del trayecto, saqué mi *Japonés para principiantes*. Cuanto más intentaba adentrarme en el idioma, más me parecía una caja cerrada con llave. Lo que veía como a través de una cubierta de cristal blindado era brillante y hermoso, pero estaba custodiado por millares de complejas reglas. Para motivarme, me concentré en las cosas bonitas. Resultaba fascinante que una sola palabra, *kiku*, significase al mismo tiempo ‘oír’ y ‘preguntar’. Mis verbos favoritos eran *miru* (‘ver’), *aisuru* (‘amar’), *kanjiru* (‘sentir’) y *naku* (‘llorar’). Entre los sustantivos, estaban *kodomo* (‘niño’) y *neku* (‘gato’).

Lo que seguía molestándome eran las frases y diálogos con los que debía practicar. Uno no hacía más que pedir *sushi* o preguntar direcciones, dónde estaba el baño o si alguien era el hermano de otra persona o no. Desesperaba de puro aburrido.

En algún momento, durante el último tercio del trayecto, descubrí que mi miedo se había reducido un poco. Solo afloraba durante breves instantes. Con o sin sangre en las heces, y aunque Leo no

quisiera reconocerlo, estudiar, por árido e ingrato que a veces fuera, siempre me había distraído de todas las preocupaciones y dolores. Mi mente había sido y seguía siendo mi remedio milagroso.

Pronto me encontré frente a la casa adosada en cuyo sótano mi madre había alquilado un minúsculo apartamento. Como todavía no había reunido fuerzas suficientes para hacer frente al divorcio, vivía entre esas cuatro espartanas paredes mientras mi padre seguía en nuestra casa unifamiliar de tres plantas.

Subí las persianas y miré a mi alrededor. Era una vivienda de dos habitaciones. Cuando la visitaba, o mi madre o yo debíamos dormir en el sofá. Aun así, me gustaba ir a verla; las estrecheces no me importaban.

En la pequeña cocina, el reloj integrado en el horno marcaba los segundos. Era extraño encontrarme allí sola. Resistí el impulso de abrir los cajones. ¿Qué habría querido encontrar? Mi madre era un personaje enigmático, pero no iba a desvelar sus secretos rebuscando por su frugal vivienda. No escribía ningún diario. En Japón existía la tradición del «libro de la vida». Una gran plataforma de autoedición, Mai Bukku, ayudaba a las personas a escribir su historia en algún momento de su vida y publicarla en forma de libro. No necesariamente con vistas a un público, sino para poner en retrospectiva todas las experiencias pasadas en un formato coherente. Habría dado casi cualquier cosa por poder leer el de mi madre. Por echar un vistazo a su interior. Desde luego, su vida habría dado para una novela.

En el rincón tras el televisor se encontraba la cesta del gato. Siempre que emprendía algún viaje largo, sabía que podía dejar a Sir Wilson con ella. Mi madre adoraba a mi extraño felino. Me acordé de los numerosos cafés de gatos de los que me había hablado mi hermano. Por lo visto, en Tokio, Kioto, Kobe, Osaka y otras ciudades había un montón.

«Pobres animales —repetía mi madre—. ¡Qué horror tiene que ser estar siempre encerrado, un día tras otro!».

¿Y si no era el hombre quien encerraba al gato, sino al contrario? Cuando mi hermano recogió a Sir Wilson de la protectora, ni se me pasó por la cabeza lo que significaba asumir la responsabilidad de un animal doméstico. Mi madre se lo había planteado de inmediato. Igual que siempre predicaba que no me «casara demasiado pronto». Y me recomendaba mediante indirectas que no tuviera hijos. Ella había vivido toda su vida con una extrema falta de libertad. Incluso una vez que mi hermano y yo fuimos adultos.

La mirada se me fue a la carpeta que reposaba en uno de los estantes superiores de la cocina. Guiada por un impulso, me levanté y la saqué. Estaba segura de que en alguna parte tendría guardada la carta del alta del hospital. En su momento, los médicos nos dieron dos copias: una para ella, otra para mí. La mía se perdió en uno de los numerosos traslados, así que nunca estudié el documento a fondo. Pero mi madre todavía conservaba la suya. Eran tres páginas, mecanografiadas, en las que había rodeado o subrayado a bolígrafo un par de palabras y tomado notas al margen. Cogí la carta y cerré la carpeta.

Acto seguido me puse a buscar en su biblioteca. Una vez al año, mi madre sacaba *La montaña mágica* y visitaba a los tuberculosos de la bella Davos. Nunca dejaba de asombrarme el consuelo que le brindaba el libro.

Entonces me fijé en un cuaderno que yacía abierto en la mesa del cuarto de estar. Era una lista de cosas que ella quería llevarse al viaje: tarjeta del seguro, carné de identidad, euroconector, bolsito para colgar del cuello. Solo que no era su letra. Era la de un hombre.

Me precipité sobre el teléfono y ella descolgó al momento.

—¿Cuándo ibas a decírmelo? —le solté.

—¿El qué?

—Que has conocido a alguien. —Cuántas veces había usado el plural «nosotros». Y yo, cándida, no me había enterado de nada. El

motivo de su recuperación era un hombre. Era el amor. Ya se sabía que podía «mover montañas».

El silencio se prolongó un rato al otro lado de la línea.

—No lo sé —respondió. Y luego—: Creo que me daba vergüenza.

—Pero ¿por qué?

—De alguna manera creía que no tenía derecho.

—¡Anda ya! —repuse al instante—. ¿Cómo se te ocurre?

Se sonó la nariz; oí cómo reprimía el llanto.

—Te habría ahorrado tanto dolor. Si me hubiera marchado antes. Y a tu hermano también.

—Pero, mamá, qué tontería. Me alegro por ti. —Me reí, y ella también.

Estaba enamorada, a su edad. «Como una veinteañera», reconoció.

—¿Y quién es?

—Nuestro nuevo vecino. Figúrate.

—¿El viudo? Quiero decir, ¿el ortopeda? ¿El del teckel? —chillé de la emoción.

Ahora lo entendía. Eso es lo que había tras sus supuestas amistades de vacaciones.

Al vecino yo solo lo conocía de vista; al intentar acordarme de él no rememoré más que una silueta amigable.

—Me ha invitado él, ¿sabes? Al viaje.

Me quedé de piedra. Normalmente, mi madre era la viva imagen del orgullo. Jamás habría aceptado un regalo tan generoso. Era evidente que, con la edad, se estaba volviendo más indulgente consigo misma.

Nos pasamos un buen rato intercambiando frases entre risitas. Luego les deseé a los dos que disfrutaran de las vacaciones.

Las mejillas me dolían de tanto como había sonreído por la pura alegría de saberla enamorada.

Tenía que contarle la novedad a mi hermano cuanto antes.

—Mamá tiene novio. ¿Lo sabías?

—Ah, ¿sí?

La noticia pareció alegrarlo, pero tampoco le robó la tranquilidad.

—¿Qué tal te fue con la china? —quiso saber.

—Así, así... Además, ¿qué pasa con el dinero? Tú tampoco lo tienes.

—Yo... te lo debo. Y también te pagaría encantado el billete de avión para venir aquí —añadió, esforzándose para no sonar condescendiente.

—Olvídalo —repuse indignada. Al final, mi hermano me ofreció pagarse su propio regalo de boda. En ese momento despertó en mi interior una extraña agresividad.

—¿Crees que mamá irá de verdad?

—Ni idea. —Mi hermano sonó tímido como un colegial.

¿Por qué no podía superarlo? El cuerpo de mi madre era como el de cualquier otra persona. «Qué desperdicio», pensé. De vida, de amor, del tiempo que uno comparte sobre la faz de la Tierra.

Antes de irme a la cama, me puse un rato con mi diccionario. Cada vez retrasaba más el trabajo por la noche y cada vez me costaba más concentrarme.

«Blanchete», «blandicia», «blandura». «Señera», «señolear», «señoreaje».

A la mañana siguiente, el despertador acabó con mi noche sin sueños. Era la primera vez desde hacía una eternidad que dormía de un tirón. No tenía la nariz taponada, la garganta no me dolía tanto, el corazón me iba medio acompasado. Comprobé agradecida cómo el aire penetraba sin obstáculos por las vías respiratorias. Al mismo tiempo, la situación no auguraba nada bueno. En la vivienda de mi madre no había pelos de gato.

—No, por favor —musité—. Por favor, que no sea culpa de Sir Wilson.

Fui hasta la clínica con el estómago vacío. Como sabía en qué consistía una gastroscopia, estaba relativamente tranquila. Lo único que me preocupaba era la sedación.

—Del resultado ya hablará después con el médico —me explicó la enfermera cuando estaba a punto de decirle: «Alto. Pare». Pero ya era demasiado tarde.

Lo último que pensé mientras me inyectaban la sustancia en las venas fue que la nieve era blanca si, y solo si, la nieve era blanca.

Un enfermero algo gruñón, pero majo en el fondo, me acompañó en cuanto me desperté y pude levantarme. La consulta del doctor Wilhelm se situaba a la orilla del río que dividía la ciudad en dos. Habría encontrado el camino por mí misma, pero después de una sedación una solo podía desplazarse acompañado.

Había salido el sol; hacía un bonito día de junio. Aunque no en el calendario, el verano ya se anunciaba. Por todas partes la gente ya llevaba ropa ligera y sandalias. Me alegré, aunque también se me encogió el corazón de lo sola que me sentía. El verano no hacía que estar enferma fuera más fácil.

El consultorio era un edificio rectangular blanco con techo plano, de estilo Bauhaus. En el interior, todo seguía siendo blanco y minimalista. Y silencioso. Exactamente igual que en la clínica de la señora Malat. Sin darme cuenta, me acordé de O. ¿Era esa la clase de mundo por el que se movía cuando salía de casa? Sentí cómo despertaba una cierta cautela en mi interior. De pronto casi temía nuestro paseo.

De forma instintiva me miré las uñas. Siempre tenía un poco de suciedad debajo, por mucho y muy a fondo que me lavara. Igual que mi madre. Sus uñas tenían exactamente el mismo aspecto debido a las eternas tareas domésticas, la cocina, la limpieza. Pero tal vez me equivocara. Seguro que ahora volvía a pintárselas para el vecino del teckel, con mimo, de un rojo oscuro, como antes.

Entonces me tocó entrar.

—No había sangre en las heces —fue lo primero que oí, en lugar de un saludo.

El doctor Wilhelm parecía amable y discreto; me recordó a mi profesor de Historia. No llevaba bata blanca, sino camisa y pantalón.

—¿No?

—No. Y el hemograma también está bien.

Lo miré con incredulidad. De repente noté cómo una inmensa pradera bañada de sol brotaba en mi interior. Un verde y exuberante césped salpicado de dientes de león. ¿Cuándo había sido la última vez que me sentí tan ligera?

—¿Ha tomado algo que pudiera haber oscurecido la deposición? ¿Hierro? ¿Remolacha?

«Pues claro», pensé, «la sopa de Leo, de la que había ingerido litros en los últimos días». Avergonzada, bajé la vista.

En lugar de mostrarse molesto, como me habría esperado, el doctor Wilhelm me invitó con profesionalidad a tumbarme en la camilla y descubrirme el vientre. Acto seguido me palpó los órganos, del estómago al duodeno, luego el intestino delgado y el grueso. Hasta llegar a un punto doloroso en el abdomen, a la altura del apéndice, pero a la izquierda.

Al oír mi respuesta a cómo me alimentaba —«de forma sana»—, el doctor Wilhelm enarcó las cejas. Lo que para uno podía ser sano, no lo era en absoluto para otro. En la práctica ayurvédica habría tres biotipos: *pitta*, *kapha* y *vata*. Toda persona posee parte de estas tres energías vitales, pero una siempre sería más preponderante que las otras. Según él, yo pertenecía al llamado tipo *vata*, lo que significaba que enseguida tenía frío y que mi intestino prefería los alimentos calientes y cocinados.

Era cierto. Siempre había detestado la costumbre alemana de las cenas frías. Igual que los alimentos crudos y las ensaladas.

—Ya ve.

Mi intestino grueso, de acuerdo con su diagnóstico, se había ido «afinando» literalmente tras años de renunciar a los «alimentos integrales», lo que, por cierto, en su opinión era una reliquia de la ideología nazi, subrayó el doctor Wilhelm. Eso también explicaría mi viejo dolor en el bajo vientre.

La comida, me enteré, sometía al cuerpo a un ciclo diario. Por eso, en la medicina tradicional china se seguía una regla: lo primero que se modificaba era la alimentación. Si eso no funcionaba, se alteraban los hábitos. Y, si ninguno de estos cambios tenía efecto, se buscaba ayuda médica.

—Hay alimentos que fortalecen el estómago: el sirope de arce, las algas *kombu*, semillas de lino, caballa, melaza, miso, espinos amarillo, *shiitake*...

Asentí. Tenía sentido. Aunque algo se resistía en mi interior. ¿Y si uno no podía permitirse esos productos tan caros? De inmediato me sacudí por dentro. «Buen intento de salvarte mediante los metapensamientos», oí decir a mi terapeuta. Debía concentrarme en mí misma. Por mucho que me pareciera mezquino y egoísta. Aquí no había lugar para lo de tener el corazón a la izquierda.

—¿Y qué pasa con mi alergia?

—Diría que no tiene.

—Pero ¿el nivel de IgE...?

—Las personas con Hashimoto suelen tenerlo elevado.

—Ufff. ¿Entonces puedo volver a comer? Quiero decir... ¿de todo?

—Vaya probando lo que le sienta bien. Pero, por el amor de Dios, deje las dietas de eliminación. Las dietas no hacen más que irritar la tiroides.

Habría podido aullar de alegría.

—¿Problemas intestinales? No es de extrañar, después de tomar antibióticos. Y deje de inmediato el maldito protector de estómago.

Me enteré de que, debido a la enfermedad de Hashimoto, tenía no demasiado, sino demasiado poco ácido estomacal. El bloqueador no había hecho sino empeorar las cosas.

Lo miré con incredulidad. Así que por eso mi pobre digestión estaba hecha un desastre. Una concatenación de circunstancias desafortunadas y medidas de precaución equivocadas.

—¿Y lo de ver estrellas? ¿Después de comer?

—Eso es el azúcar.

Las patatas, ricas en almidón, podían provocarle palpitaciones a una paciente como yo. Lo mismo sucedía con los tomates y las berenjenas. Las solanáceas eran un enemigo mortal para cualquier enfermo de Hashimoto, porque hacían aumentar el azúcar en sangre.

—Sus estrellas tras las comidas son un precursor de la diabetes.

—Qué fuerte —murmuré. ¿Cuántas veces me habían hecho las pruebas?

El doctor Wilhelm asintió. En estas enfermedades incipientes, me explicó, había una fase en la que todavía no se manifestaban en los análisis de sangre.

—Consuma alimentos antiinflamatorios: chucrut, kéfir, canela, jengibre, tomillo, ajo. Y proteína, mucha proteína. Aminoácidos. Mucho pescado. Aguacate. Lentejas.

En condiciones agudas o durante los «brotes» no se recomendaba la soja.

—Hasta lo pone en el prospecto. De su pastilla.

Me pareció indignante. El doctor Unschuld no me había dicho nada al respecto.

—Sigamos. La niebla mental —confirmó mientras ojeaba la lista de mis síntomas—. La llamada *foggy mind* ralentiza los pensamientos.

Por fin todo encajaba.

—Y en cuanto a su dolor de garganta, no es habitual, pero existe. Una laringitis de origen hormonal.

—¿Cómo?

—Las mucosas están todas relacionadas entre sí.

Al instante me tapé la boca con la mano. En mi interior se desató una especie de torrente, una suerte de incrédulo alivio. Si estuviéramos en otro siglo, imagino que me habría dado un vahído.

—Así que todo viene... ¿de la tiroides? ¿El dolor de garganta..., todo este... caos?

—Todo forma parte de un triángulo. Tiroides, intestino, glándulas suprarrenales. Estas últimas se encargan de producir hormonas

cuando la tiroides ya no puede. Usted necesita vitaminas y minerales. Y bacterias intestinales.

—¿Por qué hasta ahora no me lo había dicho nadie? ¿Por qué nadie me ha tratado... ese triángulo?

—Porque no se ha investigado lo suficiente. La tiroiditis de Hashimoto es una enfermedad de mujeres —concluyó el doctor Wilhelm encogiéndose de hombros.

En sus ojos no se distinguía la menor chispa de ira. Más bien una especie de... firmeza. Un sobrio espíritu de lucha que lo animaba a seguir adelante. Al fin y al cabo, había personas que hallaban el camino hasta él. Yo lo había encontrado. Por medio de la perseverancia, los contactos, el tiempo, la suerte, el dinero. Cuántos factores habían tenido que coincidir.

—¿Y qué pasa con la pastilla?

—Bueno... —respondió con suavidad—. En un estadio agudo de la intoxicación puede ser contraproducente.

—¿Intoxicación?

—Cuando la enfermedad de Hashimoto se manifiesta, los síntomas recuerdan a una..., en fin, a una intoxicación. A la que el cuerpo reacciona con una mayor eliminación de líquidos.

Así que a eso se debía mi sed. No podía sino negar con la cabeza, atónita.

—Es probable que tuviera buen instinto. Por no tomar la pastilla al principio. Pero ahora..., pruebe.

—¿En serio?

—En serio.

Tragué saliva.

—¿Y entonces..., mejoraré?

Como cualquier otra enfermedad, la de Hashimoto también era «multifactorial», me explicó. Confluía una compleja relación de factores.

—Como ya le dije, es una enfermedad debida al estrés. Debe aprender a..., sí, a vaciar la mente con regularidad. —Apuntó hacia el exterior, donde una luz amarillo lechoso teñía todo el paseo de

tonos sepia—. Por ejemplo, ¿podría sentarse sin más en ese banco de ahí y disfrutar del sol? ¿Sin que sus pensamientos saltaran de un tema a otro a toda velocidad? —Suspiró—. La pausa de mediodía es un derecho que solo se conquistó tras una ardua batalla, ¿sabe?

Me quedé pensando. ¿Era capaz de tomarme un descanso con tranquilidad? No, imposible. Imaginaba que serían pocas las personas capaces de hacerlo.

—Debe decidir activamente lo que quiere sentir —oí decir al doctor Wilhelm—. Con las emociones negativas... se está usted envenenando.

Lo miré de hito en hito. Las emociones... te atravesaban sin que pudieras hacer nada al respecto, ¿no? Si no, ¿por qué llevaba tanto tiempo practicando con la estúpida rueda esa? ¿No había que «dejar espacio» a todas? ¿Ahora tenía que... reprimirlas?

—No reprimirlas. Controlarlas. Uno puede proponerse tener pensamientos más amables. Alegrarse por las cosas sencillas. Sobre todo, practique... la alegría, esta emoción estructuralmente tan simple y tan subestimada.

Poco a poco comencé a comprender la dimensión bioquímica de la palabra «estrés». Me acordé de un comentario de mi médica de familia. Cuando estaban quemadas, normalmente las personas dejaban de ser capaces de sentir alegría.

Lo que imprimía ritmo a mi vida no era en absoluto la alegría, sino... el miedo. Me imaginaba como una esquiadora de eslalon, pasando de un problema al siguiente, solo que en vez de bajar la montaña, la subía. Siempre que me alegraba por algo, era una alegría duramente conquistada, más bien una sensación de alivio. Alivio porque algo había salido bien. Justo el tipo de alegría que mi madre me había mostrado con el ejemplo.

—Lo que ayuda es moverse. Haga yoga. O *chi kung*.

En semejante estado, me parecía inimaginable obligar a mi cuerpo a hacer ejercicio.

—Su cuerpo debe marcar el paso para que su mente lo pueda seguir. La tiroides suele necesitar un año para volver a funcionar

normalmente.

—¿Un año? —Un año era una eternidad. Bajo ningún concepto podía «retirarme» durante un año. ¿Qué pasaría con mi defensa?

—Lo siento. Debe practicar la aceptación. Debe aprender a vivir con ello.

Justo a eso era a lo que me negaba. No quería que uno de mis órganos se autodestruyera. Lo que quería era... curarme. Curarme del todo.

El doctor Wilhelm se quedó mirándome con atención. Acto seguido formuló una frase. Me di cuenta de que trataba de expresarse con precaución.

—Uno puede volverse adicto a las emociones negativas, ¿sabe? Adicto a la culpa, adicto a... los problemas. Adicto al trabajo.

Noté cómo algo se revolvía en mi interior.

—A veces también es el entorno. Lo que nos rodea a diario tiene el mismo efecto que la alimentación. Nos nutre o nos perjudica. Por su biotipo, necesita mucha tranquilidad. Mucho calor. Debe considerar su vida como un río largo y manso.

La universidad era más o menos lo contrario a lo que el doctor Wilhelm describía; más bien era una sala de máquinas en la que había que presentar continuamente propuestas y desarrollar cada vez tesis más novedosas y de mayor excelencia, y de nada servía que yo intentase esconderme en el último rincón de dicha sala. El trabajo mental a destajo, desde luego, no iba a convertirse en un río largo y manso porque yo intentara imaginarlo de esa forma..., ¿o sí?

Al salir de la consulta, lo primero que hice fue deshacerme del nocivo protector de estómago. Las pastillas aterrizaron en la basura con un sonoro golpe. A continuación decidí buscar un banco. Me quedé un buen rato contemplando el agua, el río rutilante. Los cisnes deambulaban por la orilla. Unos majestuosos cisnes blancos, grandes como un niño.

Un descanso, reflexioné. ¿Cómo demonios se tomaba uno «un descanso»?

Mi madre jamás se había tomado uno. Al contrario: siempre había intentado trabajar hasta la extenuación para «ocuparse de sí misma» más adelante. Aunque nunca había llegado a hacerlo.

Pensé en mi abuelo, que a los doce años ya trabajaba «en la mina». Cuántas horas de su vida había pasado allí abajo, con la espalda encorvada, arrodillado, en un túnel frío, oscuro y peligroso, no como mi hermano y yo, a la luz del día. Mi hermano había encontrado la felicidad en los jardines. Pasaba la mayor parte de su vida en la naturaleza, velando por su conservación y bienestar. Aprovechaba la vida que le había sido dada. ¿Y yo? ¿La aprovechaba yo?

Algo en las palabras y en la persona del doctor Wilhelm me había provocado un cambio. Hasta ese momento había estado buscando «una» cosa, «una» causa. «Una» solución, «una» cura. Era probable que ese fuese el error.

En lo relativo a la pastilla, en ese momento estábamos cinco a uno. El doctor Unschuld, mi hermano, Leo, la mano invisible de la kinesiología y ahora también el doctor Wilhelm: todos ellos estaban a favor. Enfrente solo quedaba yo. Completamente sola.

Me oí suspirar bajito. Me daba por vencida. Las hormonas había que tomarlas con el estómago vacío y luego esperar media hora antes de comer o beber nada. Yo lo tenía. Me acababan de hacer una gastroscopia: más vacío, imposible.

Saqué el paquete con la mariposa del bolso. Presioné la píldora blanca para sacarla del blíster y, desafiando a la muerte, me la llevé a los labios. Pero en el último instante me detuve. ¿Y si el corazón no solo se me aceleraba, sino que se me aceleraba demasiado? ¿Tanto que no hubiera manera de frenarlo? «Tonterías», me reprendí. El consultorio estaba prácticamente a mis espaldas. ¿Qué iba a pasar? Desafiando a la muerte, me tragué la pastilla.

Esperé unos momentos, intenté respirar con especial calma. Me quedé sentada media hora. Hasta que la pastilla me hiciera efecto.

No pasó nada. Absolutamente nada.

Mis órganos... callaban. El sol seguía brillando, los pájaros piaban, los cisnes se deslizaban tranquilos por el agua. A mi alrededor, la gente estaba sentada al sol. Los conejos de mi corazón repiqueteaban con sus garras. A un ritmo irreprochable. «Tarín», «telón», «tintirintín».

Solté aire. Debió de ser la exhalación más profunda de que era capaz, tan honda como la fosa de las Marianas. Noté cómo me brotaban las lágrimas, aunque tampoco habría sabido decir por qué. Solo sabía que mi agotamiento era... total.

Entonces agarré el teléfono.

—¡Me la he tomado! —exclamé con el mismo entusiasmo que Henny cuando me mostraba un dibujo que acababa de pintar.

Me detuve. ¿A quién había llamado? No a mi madre y tampoco a mi hermano. Había marcado el número de O. O, que no sabía nada de la batalla que había estado librando con esa pastilla blanca. Por suerte, había saltado el buzón de voz. Colgué a toda prisa.

Pensé en la segunda parte de mi promesa: la confesión. Me entraban los siete males al imaginarme la reacción de O. No habría podido decidir qué era peor. Que respondiera con furia o con compasión. Con desprecio o con reproches. En mi director de tesis no quería ni pensar.

Durante un rato me quedé sentada sin más; a veces cerraba los ojos y sentía la suave luz del sol acariciándome los párpados. En un momento dado me entró hambre. Mis sinapsis habían captado una pista. Podía volver a comer. ¿Qué me apetecía? Me vinieron a la mente galletas de naranja. Esas galletas de mantequilla con un sabor levemente artificial que mi hermano y yo comíamos siempre de pequeños.

En el edificio frente al consultorio había una panadería. Decidí comprarme dos cruasanes de mantequilla. Era lo más parecido a las galletas. Di el primer mordisco cuando aún estaba saliendo de la tienda y, de inmediato, se extendió por toda mi cavidad bucal el

suave y sabroso sabor del hojaldre dulce. Gocé de todos y cada uno de los bocados.

De pronto sentí unas ganas irresistibles de caminar. Busqué con la mirada los montes que se elevaban por detrás del río. Allí arriba estaba el bosque encantado. El camino era empinado y a pie seguro que se tardaba más de una hora. «Descartado», me frené: mi cuerpo estaba demasiado débil por la sedación. Recordé que también subía un trenecito, concebido especialmente para personas mayores o con discapacidad, padres con niños pequeños o turistas cansados. Por el momento me sentía parte de ese grupo de personas. Así que fui arrastrando los pies hasta la parada.

El monstruo rojo y amarillo no tardó en doblar la esquina. Quitando a un grupo de viajeros coreanos y a otro de escolares, yo era la única usuaria.

Mientras el tren me subía metro a metro, rozando los arbustos por ambos lados, traté de recordar cuándo fue la última vez que di un paseo de verdad. Con los años, me había ido anquilosando de una forma extraña. «¿Cómo es posible?», me pregunté. De niña, e incluso de adolescente, me encantaba moverme. Hasta la universidad no había dejado de hacer deporte con regularidad.

Mi madre siempre había sido de las que daban la razón a Churchill: *no sports*. Igual que mis abuelos. Pero todos ellos se pasaron la vida entera en pie: mi abuela en las casas donde limpiaba, mi abuelo en las minas, mi madre como niñera, como ama de casa..., como madre. El poco tiempo libre que les quedaba quisieron pasarlo descansando.

Sin darme cuenta, yo había intentado trasladarle a mi madre parte de mi movilidad. Una vez, mientras hacía senderismo por los bosques australianos, le dije: «Estoy caminando por ti». Y ahora..., puede que fuera al contrario. Tal vez ella caminaba por mí, en mi lugar.

Cuando llegamos a lo alto, vi que ya habían subido varios autobuses con escolares. Los niños correteaban entre las vitrinas de cuentos; algunos apretaban sus rostros curiosos y sus manos,

seguro que pegajosas, contra los cristales. No pude evitar pensar en Henny con una punzada.

Deambulé entre las grandes cajas de cristal. Cada parada mostraba una escena de un cuento de hadas. Al principio estaban los clásicos. En una vitrina se veía a Caperucita roja delante de la cama, bajo cuyas almohadas asomaba el lobo con la boca manchada de blanco. Para que su voz sonase más aguda, comía tiza, *kreide*, que en alemán se derivaba de la palabra *kreude*, 'hierbas', como explicaba el texto del cartel. Antaño, para tratar la ronquera se tomaba puré de cerezas o de saúco.

Continué. También descubrí cuentos que no conocía. *Los zapatos gastados de bailar*, *Liese la flaca* y otro con el repugnante título de *La serpiente blanca*. Trataba de un rey que, al comer carne de serpiente, podía entender el lenguaje de los animales. Me estremecí. Reparé en que, en muchos cuentos de hadas, las personas enfermaban. Lo que a menudo las curaba era una poción mágica, y precisamente una que debía encontrar y traerle un ser querido. También aparecían con frecuencia dañinos hechizos de transferencia, como sucedía en una versión antigua de *Blancanieves* en la que la madrastra pretendía comerse el hígado y los pulmones de la niña.

Hermanito y hermanita era el cuento que me cautivó del todo cuando era niña. Me quedé atónita ante el cervatillo en el que la bruja había convertido al hermanito. Estaba atrapado en un cuerpo que no era el suyo. ¿Dónde estaba la madre mientras los niños paseaban por el bosque? En casi todos los cuentos, muerta o ausente. Por lo que parecía, el mal solo arraigaba cuando faltaba ella.

Durante el trayecto de vuelta en tren, me comí dos hileras de galletas de naranja que había comprado en la estación. El sabor a mantequilla y el aroma levemente amargo y dulce a la vez se extendieron en mi interior como una reconfortante manta.

Estaba sentada en el compartimento, celebrando por todo lo alto el placer de las galletas, cuando de pronto la piel bajo las axilas decidió manifestarse.

—Oh, no —supliqué en voz baja—. No puede ser.

Me levanté el jersey, un top negro con estampado de leopardo, y miré bajo las axilas. Ya se me estaban enrojeciendo.

—No, no, no —musité.

La herida de la espalda todavía no estaba curada del todo, y ahora esto. Cerré los ojos. Para aminorar un poco el brote, debería darme de inmediato un baño de sales, o al menos aplicarme cortisona en las zonas afectadas, pero se me había olvidado meter la pomada en el bolso. Tampoco había traído ropa para cambiarme.

Me quedé pensando. ¿Debería quitarme el jersey sin más? ¿Quitarme al culpable y dejarme solo la camiseta puesta? ¿Y la gabardina? La tela también era negra. Toqué el material. Era demasiado arriesgado. No me quedaba otra que aguantar.

Busqué con la mirada el tablón de anuncios que colgaba sobre la puerta del coche. La siguiente parada era ya mi destino. Pero, hasta entonces, habría pasado casi dos horas en el tren. Dos horas en las que el fuego podría extenderse descontrolado sobre mi piel. Una vez desencadenado, no había quien parara el proceso.

Durante muchos años llevé siempre conmigo un sentimiento sin nombre, un sentimiento pesado como una piedra de molino. Solo más tarde comprendí que era el cargo de conciencia del niño a quien se le había dado una educación que lo alejaba para siempre de sus padres. Con cada etapa de mi formación —alumna de bachillerato, estudiante universitaria, autora—, fui ampliando la distancia con mi familia.

Es posible que el dolor difuso me hubiera ahorrado tomar decisiones equivocadas. Si lo hubiera visto todo tan claro, quizá ni siquiera habría ido a la universidad. Quizá no me habría convertido en escritora.

En mi universo, durante mucho tiempo, estudiar, leer y escribir habían estado unidos indisolublemente a la culpa. Solo ahora, en el momento de escribir, me doy cuenta de esta relación. Es como si mi escritura tuviera un precio. Como si debiera... pagar con el cuerpo.

Mi madre nunca ha consagrado su vida a una pasión similar. En mi opinión, siempre hubo una gran sensación de inutilidad en torno a su persona. Nunca llegaré a entender del todo los motivos exactos. Aunque escriba otros tres libros. Debo dejar de intentar salvarla.

Ya he contado una vez esta escena, pero mi mente vuelve a ella una y otra vez. Es un momento clave en su biografía: en las pruebas de acceso a la universidad, mi madre entregó las hojas en blanco. Y eso que se sabía las respuestas. Era evidente que no iba a poder costearse los estudios. Así que directamente decidió no hacer el examen.

Estos gestos podrían interpretarse como una señal de rebeldía; pero, cuanto mayor me hago, más me parecen un autosabotaje. Mi madre desecha lo que tiene..., lo que es y lo que podría ser. Nadie le dice que debería potenciar esa mente despierta y bella. Pase lo que pase. ¿Por qué, por qué... no hay nadie que lo haga?

Con los años, mi madre aprendió a relegar la tristeza por su vida desperdiciada al último rincón de su corazón. Sentirla de verdad sería demasiado peligroso. Así

que yo ocupo su lugar. Soy quien pasa el duelo por ella. La escritura, como Derrida señaló en cierta ocasión, es ya de base «testamentaria» en la medida en que siempre se refiere a un ausente. Y, sin embargo, la escritura no es algo muerto. Es el lugar de la resurrección. El lugar de los sentimientos más vivos y complejos.

¿Cómo puede estar seguro un científico
de que nunca se transformará?

YOKO TAWADA,
Gesicht eines Fisches

9

Soy un gato

Al llegar a casa, me quité toda la ropa. De camino compré sales de baño. Abrí el grifo; partí los dos paquetes por la mitad, y vertí los cristales blancos en la bañera. Ya había tomado la dosis máxima de antihistamínico delante de la farmacéutica.

No paraba de maldecir; estaba muy enfadada conmigo misma. En los últimos días me había distraído demasiado. De lo contrario, me habría percatado de las señales que mi piel siempre me mandaba. Ahora era demasiado tarde.

Había tenido reacciones tan severas que durante días no pude soportar más que el traje plateado. A partir de cierto punto, mi piel no toleraba ningún material, si acaso un algodón blanco muy suave, pero lo mejor era permanecer desnuda.

Me acuclillé delante de la bañera y apoyé la cabeza un momento en los azulejos. Siempre que mi piel se inflamaba, me sentía como una leprosa. No podía salir a la calle, mucho menos estar entre la gente; no podía trabajar, no podía dormir y tampoco podía distraerme con nada. No soportaba literalmente «estar en mi pellejo». Me habría encantado poder desollarme como quien se quita una prenda que pica.

Cuando la bañera se llenó, metí con cautela un pie en el agua. La temperatura era correcta —ni demasiado caliente ni demasiado fría—, así que me sumergí entera. En cuanto me recosté, noté un horrible ardor bajo los brazos, pero era un dolor breve y sabía que prometía la curación. Bajé la vista. Con el frío, los pezones se me habían convertido en rígidos botones. Mi monte de Venus era

prominente, me gustaba su curvatura. Qué importante era que algunas partes de mi cuerpo siempre permanecieran sanas y salvas. Que me recordaran que yo también superaría este ataque.

Crucé los brazos y me palpé las axilas. Estaban hinchadas; tenía los ganglios linfáticos a pleno rendimiento. Calculé de cabeza cuántas veces había tenido que pasar ya por ese martirio. Resultaba extraordinario que mi piel no mostrara las huellas de la tortura.

Me toqué la pantorrilla izquierda, el cabo de Buena Esperanza. Con el agua caliente, las rojeces de los muslos se notaban mucho más. Los continentes en el cuello y las piernas me recordaron todos los mundos perdidos y los litorales que había circunnavegado en mi vida.

No pude evitar acordarme de la historia de Izanagi e Izanami, la pareja primigenia de la mitología japonesa que creó el país. Las numerosas islas resultan del incumplimiento de una prohibición, como en la Biblia. Izanami, la mujer —cómo no, la mujer—, habló durante el acto de creación, dividiendo así Japón en cuatro islas principales y más de seis mil pequeñas. De este modo, según la leyenda, nació el archipiélago.

Maldiciendo en voz alta, bajé la vista. Ahora que por fin había resuelto el enigma de la dolorosa bola de fuego en la garganta..., ¿pasaba esto?

—¡No me fastidies! —exclamé.

De repente me enfurecí con la señora Malat, y luego con el doctor Wilhelm. Los dos habían intentado decirme con medias palabras que debía contemplar la crisis en la que me encontraba como una oportunidad. Como un «regalo». Un tiempo fuera del tiempo. Como Virginia.

«Nosotros flotamos —decía— con las ramitas en la corriente; revueltos con las hojas muertas en el prado, irresponsables e indiferentes y quizá por primera vez en años capaces de mirar a nuestro alrededor, alzar la mirada y ver, por ejemplo, el cielo». Quien estaba enfermo, veía las cosas de otra manera. Claro. Pero yo no tenía tiempo para contemplar el cielo con mirada poética. Dentro de

menos de tres semanas tenía que defender la tesis. Mi piel no podía haber buscado peor momento para ponerse dramática.

El doctor Wilhelm, además, había sembrado la duda sobre si la universidad era el lugar idóneo para mí. Todo aquello me indignaba. Había tardado en sentirme medianamente a gusto en la universidad, pero con los años me había convertido en una persona de intelecto. El pensamiento siempre me había salvado. Siempre. Y ahora el médico sugería que mi trabajo... me enfermaba. ¿A cuántas mujeres pensantes se les había tratado de convencer de esto mismo a lo largo de los siglos?

Además, pensé enfadada, ¿qué significaba eso de que «posiblemente» no tuviera ninguna alergia? Había un alérgeno que, literalmente, había perforado mi espalda. Noté cómo la ira se inflamaba de nuevo en mi interior, esta vez contra el suabo subido a su estúpido balón suizo, contra la enfermera de la recepción que sin duda había olvidado pedirle que me devolviera la llamada y, por supuesto, contra el maldito tímido ciervo, el capitalismo. Al final, furiosa, pensé que el doctor Wilhelm no era más que un charlatán que solo quería ganar dinero. En su estúpida mansión.

—Ela —me advertí—, sabes que eso no es verdad.

El médico había tocado un punto débil. Algo debía cambiar en mi vida. Pero ¿el qué?

Un maullido resuelto me sacó de mi ensimismamiento. Sir Wilson hacía equilibrios sobre el borde de la bañera.

—Ahí estás —lo saludé.

Hice correr el agua fría y me puse un paño húmedo en la frente para no quedarme traspuesta. Desde que tenía uso de razón, recordaba que mi madre vivía con el miedo constante a que algún día me durmiera en la bañera y me ahogara. El gato se sentó sin más, aunque de pronto se giró y estiró el trasero con gesto elegante hacia mí.

—¡Puaj! —Me levanté a toda prisa.

Sir Wilson llevaba toda la parte posterior manchada de heces; por lo visto había tenido diarrea. De su precioso pelaje negro colgaban

gruesos grumos marrones con pelos pegados, y olía fatal.

—Maldita sea.

Sin pensar, agarré la manopla, la hundí en el agua y, empapada como estaba, la presioné contra el culo del gato para luego, con un movimiento decidido, arrancarle las heces del pelaje. Sir Wilson soltó un gruñido aterrador y, por un momento, temí que me arañara la cara con su enorme garra de maine coon. Pero lo que hizo fue huir del cuarto de baño con un maullido malhumorado.

Hasta que no salí de la bañera, dejé que mi piel maltrecha escurriera el agua y deambulé desnuda por el piso, no me di cuenta de la que había liado. Por donde Sir Wilson había ido o se había sentado, había dejado una huella húmeda de heces. Todo el suelo estaba cubierto de marcas marrones y malolientes.

Pasé casi media hora intentando atrapar a mi gato, pero en vano. Al final me dejé caer, exhausta, en la cama. ¿Habría un número de emergencias para estos casos? ¿Una línea directa para cacas de gato? Me acordé de un haiku vulgar: «Pulgas y piojos. Cerca de donde descanso mea un caballo».

Fui de la cocina a la zona del dormitorio y saqué el traje plateado del armario. Luego me subí hasta el tragaluz y me asomé. Fuera resonaba el murmullo de la vida nocturna. Era viernes noche. Pero en mi mundo hacía mucho que eso ya no importaba. Pensé con melancolía en el verano, que florecía y verdeaba por todas partes.

La garganta seguía doliéndome horrores. A pesar de la pastilla. Como si tuviera una pelota de tenis en la laringe.

Reflexioné. Me sentía triste y abandonada, ¿quién o qué podría alegrarme? ¿Leo... tal vez?

«Llámalas. ¿Por qué no la llamas?».

Negué con la cabeza. Leo era la última persona a quien quería ver. Con mi hermano tampoco quería hablar, su alegría vital y su *ganache* eran demasiado para mí. Y a mi madre no podía molestarla otra vez. «Qué alegría», había respondido a mi mensaje con el asunto «Descartado». Nada más. Quería tranquilidad. Ella, que nunca se la había podido permitir, descubría la tranquilidad en la

madurez. En japonés, recordé, había una palabra, *ma*, que sonaba igual que la apócope en inglés para «madre»: *ma*. Era una de esas palabras supuestamente intraducibles. Marcaba una pausa, un... espacio negativo.

Seguí reflexionando. A O no lo conocía lo suficiente como para recibirlo vestida con mi traje plateado. Además, me sentía incapaz de aclarar mi mentira —como había prometido solemnemente—. No en semejante estado.

Bajé la vista. Mi piel todavía no se había transformado en la de un cocodrilo. Para otros, la metamorfosis era apenas visible, salvo por las axilas algo hinchadas. ¿Tal vez debería llamar a mi cirujano? ¿No era el sexo siempre una solución?

No, decidí. Esto debía superarlo sola. Sentí cómo se me llenaban los ojos de lágrimas. Era una tristeza extraña, que me recordaba a los cuentos checos de mi niñez. Un sentimiento todavía sin nombre que siempre presagiaba una despedida. El final de un verano. El ocaso de una amistad. La pérdida de la inocencia.

Busqué a toda prisa en mi interior emociones amarillas, pero todo era azul, azul intenso. Pensé en mi madre, que en ese momento andaría subiendo a algún campo de batalla. De la manita del vecino. Puede que hasta los acompañara el teckel.

Sir Wilson ya se había aseado un poco, manteniendo la distancia, pero ahora se me acercó con parsimonia y apoyó la cabecita en mi frente, como para recordarme que en absoluto estaba sola. Contuve la respiración y respondí a su arrumaco. Le acaricié el mentón con cariño. «Cabezahueca», «catacaldos», «carilindo». Los gatos, se decía, poseían una percepción particularmente aguda. No era de extrañar que este hiciera cosas tan raras. Tan solo reflejaba lo que sucedía en mi interior.

«Movimiento», pensé. La palabra mágica era «movimiento».

Resuelta, saqué mi esterilla de yoga. Me arrodillé. El único asana que me parecía viable era el del niño. Así que, de rodillas, apoyé el trasero en los pies, separé las piernas y extendí las manos hasta el borde de la esterilla, de modo que se abriera la pelvis y se estirara el

tronco. La piel bajo mis axilas se distendió dolorosamente. Cerré los ojos y comencé a respirar. Mantuve la postura bastante tiempo. Respiraba contra el dolor, con el dolor. Cuando volví a incorporarme y abrí los ojos, mi subconsciente había extraído una frase:

«No tenía que hacer nada... Nada de nada».

No tenía por qué ir a la universidad, no tenía por qué preparar definiciones de palabras antiguas, no tenía por qué quedar con amigos ni estudiar para ninguna defensa, y tampoco aprender japonés. En ese preciso momento no tenía que hacer nada. Podía aceptar... que estaba completamente agotada. «Qué bien sienta», pensé.

Rodé hasta quedar de lado, me abracé las rodillas y dejé que brotaran las lágrimas. Me quedé así un rato largo. Lloré en silencio, aunque desde lo más profundo de mi garganta. Unos sonidos extraños llenaban mi interior para luego salir en sollozos ásperos. Lloré como una cascada.

En algún momento me quedé sin lágrimas. Me soné la nariz. Algo en la secreción lagrimal hacía que las personas encontraran consuelo. «Qué extraño estado», pensé. Doloroso y, al mismo tiempo, curativo. Me limpié la cara con gesto descuidado.

—¿Y ahora qué? —pregunté en voz alta.

Intenté echarme a dormir, pero no funcionó; era pleno día.

Me planteé preparar algo de comer, pero no tenía nada de hambre.

Hasta la idea de ver un documental de animales —cebras jóvenes retozando en la sabana de un beis resplandeciente— la deseché; ver la tele cuando el sol brillaba con fuerza se me parecía demasiado a una capitulación.

Regué los bonsáis, hice algo de colada.

Durante unos instantes, caminé como un tigre enjaulado por el interior de la ballena de madera. Entonces, ¿qué quería sentir?, me pregunté. «Claridad» fue la palabra que primero me vino a la mente. Quería sentir claridad. De pronto supe qué debía hacer.

«¡Polvo!». Esa era la única diferencia entre la vivienda de mi madre y mis cuatro paredes. Su casa estaba limpia y cuidada; la mía era un caos... polvoriento. Tal vez tuviera... ¿alergia al polvo doméstico? Por los niños que cuidaba mi madre, sabía lo graves que podían ser los accesos de asma. Y que había que limpiar con una bayeta húmeda para no levantarlo aún más.

Me puse en pie. Debía averiguar de una vez qué era lo que me había alborotado tanto el cuerpo. Resuelta, marqué el número de la unidad de alergología, pero estaba ocupado, como siempre. Después de probar veinte veces en vano, terminé por arrojar el teléfono y decidí no enfadarme demasiado. Al fin y al cabo, no tenía fuerzas para ello.

Mientras sacaba los libros de las estanterías y retiraba las pelusas de los cantos, que al instante se transformaban en pequeñas serpientes, delgadas, oscuras, húmedas, repugnantes, me acordé de la primera clase magistral a la que asistí en mi vida: «Literatura y enfermedad». Primero el profesor nos presentó la tradición de los llamados «médicos poetas»: Mijaíl Bulgákov, Stanislaw Lem, Alfred Döblin, Arthur Schnitzler, Georg Büchner, Gottfried Benn, Antón Chéjov. Friedrich Schiller, por supuesto. Ni una sola mujer. Todos habían ejercido al mismo tiempo como médicos y escritores. Por lo visto, William Carlos Williams solía escribir sus poemas entre consulta y consulta.

También habíamos hablado de escritores y escritoras que, en tanto que pacientes, habían tenido que extraer su obra de un cuerpo o alma doliente. Franz Kafka, Robert Walser, Ingeborg Bachmann y todos los demás. Recordé el asombro que me produjo. En el mundo de donde yo provenía, la enfermedad siempre se había visto como un defecto, pero en la universidad se la consideraba algo... refinado. Algo sobre lo que, de hecho, se componían poemas.

«Más primitivo, más sensual, más obsceno»: así debería ser el lenguaje con el que se escribía sobre la enfermedad, según Virginia. Pero yo no poseía ese lenguaje. Lo único que poseía era mi

melancolía, inculcada e insidiosa. Una melancolía que, en realidad, no me podía permitir.

Gracias a Virginia terminé de entender que así no iba a llegar a ninguna parte. Cogí el retrato y volví a guardarlo con gesto rápido en el cajón. Estaba saturada de sufrimiento. «Quebradizo», «quejumbroso», «querencia». El enfermo no quería leer sobre la enfermedad. Y el sano tampoco. Tal vez habría necesitado un libro escrito para quienes se estaban recuperando. Quienes se hallaban a suficiente distancia del reino de los enfermos, pero sin ser ajenos a él. O para quienes no padecían una enfermedad mortal, sino... crónica. Como yo.

Cuando terminé de limpiar, recorrí la vivienda con mirada satisfecha. Hacía mucho que no estaba tan presentable.

«¿Qué más puedo hacer?», me pregunté. Me quedé pensando un momento. Pero entonces saqué los útiles para la limpieza de colon que Leo me había traído de la farmacia hacía una eternidad.

«Una siente como si volviera a nacer, créeme».

Me inundó una vergüenza indefinida. Las investigadoras en literatura no se hacían enemas..., ¿no? Me acordé de una frase de un filósofo francés: «Por escrito, la mierda no apesta». «Tonterías», me dije. Solo iba a probar algo nuevo.

Lo primero era poner un recipiente en alto y llenarlo de agua tibia. Luego se conectaba un tubo flexible de alrededor de un metro de largo y del grosor de un bolígrafo.

Como la limpieza se llevaba a cabo tumbada, limpié el cuarto de baño, extendí una toalla sobre los azulejos fríos, me quité el pantalón del traje plateado y me recosté en el suelo.

Mientras preparaba el recipiente con el agua tibia, me palpé el ano. Cerré los ojos para poder concentrarme mejor. Las distintas partes, suaves y firmes, abultaban bajo mis dedos como los pétalos de una flor de plástico. La sensación era familiar y extraña al mismo tiempo.

A continuación agarré el tubo. Me costó convencerme, pero al final lo hice. Inspiré hondo, exhalé y, acto seguido, inserté con

cuidado el extremo suelto. Mi interior se abrió con sorprendente complacencia. Era raro sentir ese trozo de plástico dentro de mí; me debatía entre la curiosidad y la cautela. Cuando me introduje alrededor de medio metro, decidí que para empezar era suficiente. Ahora debía dejar salir el agua. Giré con toda facilidad la llave, que se encontraba a medio camino entre mi cuerpo y el recipiente para que uno pudiera accionarla sin problemas estando tumbado. El agua tibia penetró en mi interior. A medida que ocupaba espacio, había que tener cuidado para que el intestino no se dilatase demasiado. Me fui asegurando de que la medida que indicaba el recipiente fuera bajando de centímetro en centímetro, no más. Al mismo tiempo me concentré en la sensación de presión sobre el bajo vientre. Podía ser desagradable, pero no debía doler. Al cabo de un momento cerré los ojos; había interiorizado el ritmo. Dejaba correr el agua tibia, la sentía, paraba, volvía a dejarla correr, volvía a sentirla, y así. Al final, mi intestino absorbió alrededor de un litro.

Luego había que esperar.

Mientras permanecía acostada, cogí el *Libro de la almohada*, que había dejado al lado, y lo sostuve en equilibrio por encima de la cabeza. «Cosas que producen una sensación de suciedad», «Cosas que caen del cielo». Esperaba no ofender a la dama de la corte que, de acuerdo con sus creencias budistas, ya debería haberse reencarnado multitud de veces, al escucharme usar sus palabras en una situación tan poco digna.

Intenté leer, pero no lo conseguí; no lograba concentrarme. También empezaba a notar esa presión que Leo me había vaticinado. Me apresuré a sacar el tubo y con la misma rapidez me acuclillé sobre la palangana de plástico ya dispuesta, en la que de inmediato me vacié ruidosamente. Contemplé fascinada el cálido y maloliente montón marrón que hacía un instante se encontraba en el centro de mi cuerpo.

Me tendí nuevamente sobre las toallas. Allí estaba yo, tumbada en el suelo con el vientre desnudo tras haberme aplicado el primer

enema de mi vida; hacía mucho tiempo que nada me hacía sentir tan empoderada.

Al cabo de un par de días, mi piel se había convertido en una gigantesca cáscara agrietada. Tenía las axilas en carne viva, además de ásperas, como cuando se acaricia un bolso de cuero no del todo suave, pero tampoco del todo duro. Si me arriesgaba a hacer un movimiento equivocado, alguna de las áreas más frágiles se abría y empezaba a sangrar.

La pastilla... funcionaba. No me encontraba bien, en absoluto. Pero estaba algo mejor. Cada mañana me tomaba mi hormona, además de los micronutrientes recomendados. Había cambiado radicalmente mi alimentación, hacía varias pequeñas comidas calientes al día. Y poco a poco, muy poco a poco, parecía que mi triángulo fatal, y sobre todo mi garganta, comenzaba a calmarse. El dolor ardiente había desaparecido. La sed, terrible y literalmente insaciable, también. El corazón se me encabritaba menos. Apenas podía creerme aquella mejora gradual. Eran innumerables las veces al día en que, por dentro, me arrodillaba para dar gracias.

Una mañana me sentí lo bastante estable como para volver a la facultad. Mi buzón estaba a rebosar, tal cual. Empecé a leer el correo en las mismas escaleras. La primera postal era de mi hermano; reconocí su letra al instante. En el anverso aparecía una reproducción de *La gran ola de Kanagawa*, la famosa xilografía japonesa. «Pronto habrás capeado el temporal», había escrito en el reverso. Me guardé la tarjeta en el fondo del bolsillo del abrigo. La boda me seguía pareciendo algo inalcanzable.

Una segunda postal mostraba un gato acurrucado en un cochecito. Debajo ponía: «Si me encontrara en la calle un gato hambriento y un niño hambriento, y nadie me viera, daría de comer al gato».

La cita era de Patricia Highsmith, la reina de los sentimientos más oscuros y prohibidos, y quien, según recordaba, criaba caracoles y era una loca de los gatos. La letra era de Leo. Debía de haber dejado la tarjeta en mi ausencia. En el reverso aparecía un breve saludo: «Mucha suerte con el examen».

Noté cómo un géiser de emociones bullía en mi interior. Un cóctel de hormonas multicolor. Esto era aún más descarado que el ramillete de cardo. ¿Qué quería decirme? ¿Que yo no quería hijos? ¿Mi amiga... se burlaba de mí? ¿Me indicaba que era una aprovechada por pasarme semanas enferma y guardarme el dinero de la beca mientras ella se deslomaba día tras día por el bien de su marido, su hija y la infancia en general? ¿Por el bien de «mi» jubilación?

Mi buen humor se esfumó. La tercera carta no me molestó menos que la segunda. Una empleada de mi aseguradora me recomendaba con toda seriedad que consultara en su página web cómo buscar el facultativo adecuado antes de seguir concertando citas «sin medida». Para evitar «saltar» de médico en médico. Por lo visto, le parecía que las numerosas visitas que, naturalmente, se habían ido registrando en su base de datos, iban volviéndose poco a poco demasiado caras.

Arrugué la carta. Estaba tratando de sacarme del fango con mis propias manos. A mis propias expensas. De ahí que me irritara tanto su sugerencia. ¿Acaso existía un número máximo admisible de citas? ¿El seguro podía impedirme visitar tres o cuatro médicos en un día? Había tantos especialistas como partes del cuerpo tenía. ¿Y si todos hiciéramos lo mismo? ¿Y si generásemos una sobrecarga de manera colectiva y premeditada?

Eché a andar con paso indignado, pero noté cómo mi rabia amainaba. Estaba decidida a que no me arruinaran un día tan bonito. Me encontraba casi de vuelta en el mundo, podía trabajar y, sobre todo..., iba a volver a ver a O.

Al llegar ante la facultad, me detuve y contemplé la avenida arbolada. Los tilos lucían multitud de flores de un amarillo blanquecino. Estaba nublado, aunque hacía calor, y el aire estival olía de maravilla. Nada atenuaba mi euforia, ni la perspectiva de la confesión inminente, ni el hecho de que tuviera que llevar el traje plateado y un pañuelo al cuello, además del ridículo sombrero blanco de ala ancha. Era uno de los primeros días verdaderamente calurosos; el aire estaba cargado de humedad y yo, con el sudor y las pintas, parecía una occidental perdida en las colonias.

Abrí la puerta con el corazón en un puño. Había llegado el momento de la verdad.

Sin embargo, O... no estaba. Sentí la misma decepción que cuando, de niña, el regalo que me encontraba el día de mi cumpleaños no era el que yo esperaba.

«¿Dónde estás?», escribí.

O respondió de inmediato. Ahora era él quien debía guardar cama. Estaría de baja, escribió, una semana. No me contó qué le pasaba.

Miré a mi alrededor. Gran parte del tiempo que había dedicado a la tesis, casi cinco años, la había pasado en ese minúsculo cuarto. Sin O, el cuchitril volvía a ser un mero cuchitril.

Estaba trabajando en una entrada del diccionario especialmente larga y compleja cuando, de pronto, se abrió la puerta.

Era la madre de O.

Su expresión era algo menos severa que en la foto que había visto de ella, pero el aire académico que irradiaba resultaba igual de intimidante. Llevaba el pelo peinado a la perfección, su guardapolvo parecía caro y emanaba un sutil aroma a perfume herbal. Avergonzada, me miré el traje plateado. Aunque mi aspecto era el menor de los problemas.

—*Hajimemashite*—dijo con una sonrisa, seguido de algo más que no entendí. Lo único que capté fue el tratamiento: *Ela-san*.

Por fin había sucedido. Tenía delante mi peor pesadilla. Me había metido en la situación que tanto había intentado evitar. Y ahora... ya

no había escapatoria. Solo de pensar en confesar mi mentira, sentía un nudo en la garganta del tamaño de un balón medicinal.

La mente me iba a mil por hora. Mis terminaciones nerviosas buscaban a la desesperada el saludo que uno usaba al conocer a alguien por primera vez. En el último instante, me acordé de la respuesta.

—*Yoroshiku onegaishimasu*. —Lo que brotó de mi garganta era más un graznido que una voz humana.

Entonces se me ocurrió la idea que me salvaría. El truco ya me había funcionado en otra ocasión. Me llevé la mano al cuello, al fino pañuelo de verano, y le indiqué a mi segunda examinadora que me costaba hablar.

—Ah, ya entiendo —respondió. ¿Parecía decepcionada? ¿O se había dado cuenta de mi pésima actuación? Me había sonrojado hasta la raíz.

—Me voy ahora mismo. Es que mi hijo se ha... dejado aquí una cosa.

Su mirada se deslizó hasta el sitio de O, pero por lo visto no encontró lo que buscaba. Parecía distraída. Más afligida que desconfiada.

—A mi hijo le cae usted muy bien, ¿sabe? —Entonces tomó aire, como si quisiera decir algo más, pero no lo hizo y, poco después, cerró la puerta tras de sí.

Volví a apoyarme en el respaldo de la silla. Una vez más, las cosas habían salido bien. Al mismo tiempo me reprendí. Esa habría sido «la» oportunidad de acabar con el malentendido. Y, en lugar de solucionarlo, me había alejado aún más de la verdad.

En ese momento, la madre de O volvió a asomar la cabeza por la puerta. Sin llamar.

—Ah, sí. Y hasta la semana que viene.

Noté cómo un escalofrío recorría mi espalda. El examen. Solo una semana. Siete días. No era... nada. De pronto, toda la dulce euforia de la mañana se esfumó; fue como si alguien hubiera apagado la luz. Me ponía mala solo de pensarlo. De haber podido, habría

contratado a una doble y la habría mandado a la universidad por mí. De nada servía repetirme que pronto habría acabado. Que la vida seguiría después de la defensa y que al menos podría respirar un par de días, porque no se correspondía con la verdad. Tenía pendiente la solicitud para el puesto y tendría que postularme de inmediato. Pero, sobre todo, me esperaba el encuentro con la profesora de Tokio, lo que suponía un examen mucho mayor.

De pronto me di cuenta de lo ridículo que había sido mi intento. Llevaba semanas viajando únicamente en las líneas de alta velocidad Shinkansen; pidiendo agua, *sushi*, arroz, té verde; tratando de interiorizar la sintaxis del japonés y aprenderme todas las variantes y formas de cortesía imaginables. Cuando abría el original de *El libro de la almohada*, podía distinguir algunos caracteres del *hiragana*, pero estaba muy lejos de poder leerlo, entre otras cosas porque, como comprobé con horror, no había espacios. Lo único que dominaba a la perfección era la monótona melodía de la lengua silábica. «Como un loro amaestrado», pensé. Pero nada de eso me servía. No hablaba japonés y nunca lo hablaría.

Cuando estaba a punto de recoger, me sonó el teléfono. Era O.

—¿Quedamos? No me apetece estar enfermo.

—Tengo que estudiar —rehusé.

—Venga —me tentó O—. Hace un día tan bonito...

Alcé la vista al cielo. Estaba gris, pero gris claro. El sol se adivinaba por detrás. En mi interior despertó el anhelo, leve pero evidente. Bajé la vista. «¿Y qué?», pensé.

O, de pie bajo la marquesina de la parada de tranvía, me saludó con un gesto. Era la primera vez que nos veíamos fuera de la facultad. Él había propuesto una excursión a la Isla de los Pavos Reales. Hacía una eternidad que yo no la visitaba. De casa a la isla y vuelta seguro que echaba alrededor de cuatro horas.

Fue lo bastante considerado como para no decir una sola palabra sobre mi ridículo atuendo. Así que tampoco tuve que contarle nada

del caos de mi cuerpo. Simplemente podía... pasear junto a él. Me había aplicado un poco de pintalabios líquido. Era curioso que precisamente ese rojo intenso, que se filtraba como la sangre por las finas grietas y los poros, me hiciera sentir más viva.

—¿Qué tal va tu impostor?

—Bien. Por cierto, tu madre ha venido a la oficina.

—Ay, Dios. —O se detuvo—. No te habrá estado interrogando..., ¿o sí?

—Puede que un poco.

—Lo siento.

—No pasa nada. —Le quité importancia con un gesto de la mano.

La verdad es que sí me escocía. Estaba claro que O se avergonzaba de su madre, pero solo como los hijos normales se avergüenzan de sus progenitores. No era una vergüenza más honda.

Desde la estación de tranvía partía un autobús que recorría el lago grande. Estaba deseando hacer la excursión, sobre todo el trayecto en ferri. Sin darme cuenta, me había desprendido de todas las preocupaciones.

Durante el viaje en barco, estaba exultante. La isla era un refugio en medio de la ciudad, un mundo aparte. La orilla estaba orlada por una hilera de carrizos. Detrás se vislumbraba el blanco castillo de cuento de hadas.

Los dos nos bajamos del ferri de un salto; me encantaba ese momento en el que uno volvía a sentir la tierra firme bajo los pies. Olía levemente a heno, por lo demás se respiraba el aire campestre más puro. Mi mirada vagó entre los viejos robles que formaban una avenida a lo largo de la orilla. ¡Qué no habrían presenciado esos árboles!

—Experimentos de alquimia —comentó O, exactamente como si me hubiera leído el pensamiento—. Orgías reales, penas de amor.

Bajo los grandes árboles cerca del muelle dormitaba una primera bandada de pavos, algunos encaramados al ramaje. Su cola colgaba como un haz de paja todavía verde y blanda, y solo de vez en cuando los ojos de algún ave asomaban a través de las plumas.

Aparte de nosotros dos, no había tomado el ferri más que un puñado de pasajeros, y a lo largo de la orilla no andaban más que el jardinero y sus ayudantes. ¿Qué pasaría si alguien se desplomaba en mitad de esa isla olvidada de la mano de Dios?

—No te preocupes —dijo O—. Vamos a ir muy despacio.

Me preparé mentalmente y echamos a andar; fui poniendo un pie tras otro, enseguida encontré mi ritmo.

Quería disfrutar todo lo posible de la compañía de O. No le confesaría nada hasta la vuelta. Por si acaso se enfurecía y no quería volver a saber nada de mí.

—¿No estás cansada? —me preguntó al cabo de tal vez dos minutos.

—No, no.

Me concentraba tan solo en tratar de regular mi respiración. Todavía no me resultaba fácil caminar y hablar al mismo tiempo.

—¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Mejor. —Sonrió—. Mi madre me mataría si se enterase de que estoy aquí. Está siempre preocupada por mí.

—La mía también —respondí con tono marcadamente alegre.

Lo observé con cautela desde mi lado. «¡Qué extraño!», pensé. Durante aquellas últimas semanas, la presencia de O me había acompañado como un cascabel suave, muy bajito y brillante, casi imperceptible, como una discreta música de fondo. Noté cómo mis fosas nasales exploraban su aroma.

Mi corazón había empezado a palpar con fuerza, y estaba segura de que no tenía nada, pero que nada que ver con mi tiroides. De pronto se dibujó una escena en mi mente. Antes de besar a alguien, me imaginaba cómo reaccionaría esa persona al ver a mi madre por primera vez. Esa había sido mi brújula... siempre.

La mirada de O era franca, bondadosa..., confiada. No era alguien que juzgara a los demás a la ligera.

—¿Qué vas a hacer durante las vacaciones? —quiso saber de pronto O—. Quiero decir..., ¿te vas de veraneo?

«Veranear», pensé con asombro. Cierto. Era lo que hacía la gente.

—No lo sé —reflexioné en voz alta—. Me gustaría ir a Grecia.

Tras la operación estuve de acampada libre con todo tipo de amigas y amigos. Veía ante mí mi cuerpo desnudo y bronceado, el pelo castaño de pocos milímetros de longitud que se recortaba contra el cielo azul. ¿Aquella persona de entonces era realmente «yo»? Me recordaba tan libre en mi cuerpo que me resultaba ajena. Lo había presionado demasiado, siempre adelante, de tarea en tarea, de examen en examen.

—¡Mira!

A menos de un metro de nosotros, un pavo se había levantado y se contoneaba altivo por el sendero con la cola en abanico. Estábamos frente a frente con el ave, que nos observaba fijamente. Más que el plumaje de la cola, me impresionaba el cuello azul verdoso que, al llegar a la espalda, se iba convirtiendo en un manto de lentejuelas verdes y los flancos jaspeados en blanco y negro.

—Los pavos vuelan bastante mal —comentó O—. Es el único motivo por el que los dejan deambular en libertad.

Contemplé el impresionante abanico, los ojos azules que brillaban inquisitivos por delante de la corona de plumas. ¡Con qué orgullo lucía el animal sus espléndidos colores!

En ese momento me sonó el teléfono. El pavo plegó la cola y huyó asustado. Era mi madre. Normalmente era yo la que llamaba siempre. Ella no lo hacía nunca, jamás.

—Perdona. Tengo que contestar. —Me alejé unos pasos a toda prisa—. ¿Qué pasa?

—Por fin sé con lo que sueño —la oí decir con la voz anegada en lágrimas.

—¿Y qué es?

—Quiero volver a nadar. Como antes. En el Hampstead Heath ese hay... una piscina exterior. Solo para mujeres.

—Te refieres al Ladies' Pond.

—Eso, justo.

La voz de mi madre sonaba peculiar. No era tanto la voz, como la forma en que articulaba las palabras.

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

—Nada. —Estaba hipando.

Me di cuenta de que me molestaba. Mi tiempo con O era precioso.

—Te llamo luego, ¿vale? —dije, pero ella no me escuchaba.

—Quiero nadar. Nadar y bailar. ¿Me oyes? —Cómo arrastraba las palabras. Como si se acabara de despertar. Sonaba adormilada, pensé al principio. No. Balbuceaba... Como si estuviera... borracha.

—Lo siento mucho, Ela.

—¿El qué?

—Todo.

Cerré los ojos. Mi madre nunca bebía alcohol. ¿Acaso sería la mala influencia de su maestro de *reiki*?

Colgamos. Más o menos así era como debía de sentirse la madre de un adolescente aventurero y despistado. Ni siquiera me había preguntado por mi inminente examen. Mi madre solía apuntar esas cosas en el calendario. Estaba irreconocible, pero de verdad.

«Déjala —oí decir a mi hermano—. A mamá le apetecía una copa de vino..., ¿y qué?».

Tal vez tuviera razón. Era mayorcita, no necesitaba que nadie le diera permiso. Además, viajaba acompañada de un médico. Él se encargaría de cuidarla.

—¿Sueles hablar con tu madre por teléfono? —quiso saber O, en cuanto volví a su lado.

Hacía solo unas semanas habría asentido de inmediato. Pero en ese momento vacilé. ¿No lo... espantaría?

—Sí. Nos llamamos a menudo. Pero casi no nos vemos.

Hasta ese momento, nunca había descrito la situación con tanta claridad. Estaba la vida contada, y luego la vida vivida. Pero una no podía sustituir de ninguna manera la otra. Era como una flor regalada frente a una comprada.

O se había vuelto a poner en movimiento, y yo lo seguí a regañadientes.

Pensé que, en realidad, mi familia no se enteraba prácticamente de nada de mi vida. Todo lo que sabían era porque yo se lo contaba. Y al contrario sucedía lo mismo. Pero no tenía ganas de una vida contada. Ni de secretos. Misterios. Silencios... Mentiras.

—¿Cómo es que tienes la contraseña? —pregunté siguiendo un impulso—. Es decir, que puedas trabajar desde casa. Y, lo primero, ¿cómo te llamas? —Tuve que echarme a reír. Qué extraño era que no conociera su nombre.

De pronto, O me miró con seriedad.

—Mi corazón —empezó por decir.

—¿Tu corazón?

O padecía una cardiopatía, me dijo, una especie de estrechamiento de las arterias que, aunque no era frecuente, podía dar lugar a ataques graves.

—Sobre todo lo noto por las mañanas, al despertar. Si va a ser uno de esos días.

Bajé la vista, avergonzada. De golpe me sentía estúpida y patética. Con mi tono cardíaco levemente acelerado. Con mi visita dominical a la unidad de cardiología.

Sentí cómo me encogía por dentro.

—Lo siento —lo oí decir—. Querría habértelo contado antes.

—Soy yo quien lo siente. —Se me saltaron las lágrimas de lo mucho que me conmovía la noticia. Pero ponerme a llorar delante de O me parecía una exageración, así que traté de reprimirlas.

—Hey... —me sonrió—, puedo vivir perfectamente con ello. Tomo unas pastillas. Solo hay días en que... debo descansar.

—Lo entiendo.

Qué... sereno parecía. Echó un vistazo al reloj.

—Deberíamos ir volviendo. Al ferri.

—Claro —asentí.

Hicimos todo el trayecto de vuelta callados. Me sentía culpable. ¿Cómo se me había ocurrido dejarme llevar y hacerle una pregunta

tan tonta? No solo estaba visiblemente incómodo. También me había privado de la posibilidad de contarle la verdad.

En la estación del tranvía, mientras nos despedíamos, O retomó la conversación.

—Es solo que no me gusta hablar de ello. Pero bueno, ahora ya lo sabes.

—Vale. —Me puse contentísima. No estaba enfadado conmigo.

—Y tú..., es evidente que te encuentras mejor. ¿No es estupendo?

Tenía razón. Era la primera vez desde hacía mucho tiempo que no me parecía impensable que mi cuerpo algún día volviera a sentirse normal. Hasta mi piel de cocodrilo sanaría sin tardar. Uno podría... tocarla.

—Hasta pronto, ¿vale? —O sonrió con timidez. Sonaba a pregunta. Él también parecía inseguro. Nos despedimos con un abrazo.

—Hasta pronto.

De camino a casa, salté entre el follaje colgante de los árboles, intentando tocar las hojas verdes con los dedos. «Garrideza», «garzo», «gasajo». Me alegraba de que O me hubiera hablado de su problema cardíaco. En circunstancias normales, habría huido inmediatamente presa del pánico o me habría metido de cabeza en una tormentosa relación. Pero algo en él parecía repeler ese tipo de reacciones infantiles. Exigía cierta... objetividad. En voz baja murmuré: *suki desu*. Me gustas.

En ese momento me sonó el teléfono. Era O. La sonrisa se me borró de inmediato. Sabía que había ocurrido algo.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Yo... lo siento. No sé cómo, pero se ha enterado.

—¿Quién se ha enterado de qué?

—Mi madre; dijiste que ha estado hoy en la oficina, ¿no? —O se quedó callado un momento.

Noté cómo se me cortaba la respiración. Me habían desenmascarado. Había quedado como la japonesa falsa delante de todo el mundillo académico. Pero lo peor es que ahora O lo sabía.

—Mi madre. Se ha enterado de que he salido a pasear. Contigo. Y de que te he pasado el código.

—Ah..., vale.

—Está enfadadísima, ¿sabes?

En mi interior sentí cómo se abría un cráter de vergüenza, hirviendo y roja. Era probable que no solo acabara de perder mi trabajo. Lo peor era que tendría que presentarme ante mis examinadores como una tramposa. Aunque por un motivo muy distinto al que yo me temía. ¿Qué imagen debía de tener de mí su madre? ¿Qué era yo sino una estafadora, egoísta y mentirosa, que se estaba aprovechando de su hijo enfermo del corazón?

Durante el resto del camino, mi mirada se fue posando en las casas, aunque sin verlas con claridad. Daba pataditas a las piedras. Me sentía como flotando en helio, también debido al aire cálido. Si hasta ese momento la defensa me había parecido una ejecución, lo que ahora tenía por delante era poco menos que el Juicio Final.

Soltar una letra en el mundo puede ser peligroso, ya que el autor o, más exactamente, el redactor del texto, no puede saber qué será de ella. Cuando se escribe una efe, puede convertirse en una flor, pero también en un fusil. Así de inconstante, impredecible y sorprendente es cada letra del alfabeto.

YOKO TAWADA,
Schrift einer Schildkröte

10

Un ángel en mi mesa

El día de la defensa me sentía como si se me hubieran fundido los cables del cerebro.

En mi mente se arremolinaban tantos datos y fragmentos de citas, además de términos y expresiones japoneses, que me costaba ordenar los pensamientos. Tenía el corazón más o menos bajo control, así como el dolor de cabeza. Pero la piel bajo las axilas seguía pareciendo más la de un cocodrilo que la de una persona.

Mi director de tesis y la segunda examinadora estaban sentados tras una mesa, con una distancia prudencial entre ellos, y la asistente tomaba notas en su puesto. Aunque la hostilidad entre los dos era innegable, me pareció que era el menor de mis problemas. Sentía tanta vergüenza que tuve la impresión de que me precedía como una sombra roja a metros de distancia para luego sentarse literalmente en el regazo de ambos.

La primera parte del examen consistía en mi presentación. Intenté concentrarme en el tema —George y su estafa—, pero en mi interior todo se mezclaba: el mortal *karoshi*, las metáforas japonesas, la pareja primigenia de Izanagi e Izanami. Tenía la impresión constante de que me faltaba coherencia interna. También porque no hacía más que repetir palabras en voz baja. Entretanto, me sentía como si hablase en una especie de lengua fantástica. Algo así había debido de sentir George en Oxford con su formosiano inventado. Todo el tiempo me observaba como desde lejos. «Estás fuera de ti», habría dicho mi madre.

La segunda parte, en la que debía responder a sus preguntas, se me pasó volando. Eran tan sencillas y, a mi juicio, moderadas, que ellos las formulaban y yo respondía con una seguridad que en alguna ocasión me hizo preguntarme si no me estarían protegiendo a propósito. Me trataban con una amabilidad excepcional; por lo visto, mi nerviosismo era evidente. Si la madre de O estaba enfadada, al menos no dejó que se le notara. Mantuvo la compostura. Yo, por el contrario, apenas podía mirarla a los ojos.

Entonces todo terminó. Debía salir a la puerta y esperar. Estaba segura de haber decepcionado las expectativas de mi director de tesis.

Y, en efecto, su decepción se dejó entrever cuando la asistente me comunicó que la nota final era un *cum*. No un *summa*. Su mirada no dejó lugar a dudas. Con esa nota sería difícil que consiguiera un puesto tan codiciado. Jamás sería... profesora titular. Este reconocimiento repentino me cayó en la cabeza como un yunque.

Cuando la madre de O me estrechó la mano, las palabras me salieron sin querer.

—En el fondo da igual. De todas formas, tampoco hablo japonés. Pero su hijo..., él no tiene culpa de nada. De verdad que no.

La mujer frunció el ceño.

—¿Orpheus? ¿Qué tiene que ver Orpheus?

Me quedé de piedra. O no podía llamarse de verdad «Orpheus», ¿no? ¿Qué madre ponía un nombre así a su hijo? Y yo... ¿en serio estaba a punto de entregarle mi corazón a un amante trágico? ¿A una figura... del inframundo?

Delante de la puerta, encogí el cuello entre los hombros. Todo había sido en vano. Cinco años. Había pasado cinco largos años torturándome con la tesis. Estaba satisfecha con lo que había aprendido y sentía el pecho henchido de orgullo por pertenecer a la comunidad. Había trabajado, maldecido, temblado y esperado ese día con impaciencia. Pero ahora, el birrete me parecía más una

corona de espinas que de laurel. Me había arrastrado hasta la línea de llegada con mis últimas fuerzas. Y el resultado no había sido ni demasiado bueno ni demasiado malo. Y todo lo que no fuera la excelencia... no bastaba.

En mi interior, percibí, se había extendido un absoluto silencio.

Entonces brotó una emoción distinta.

«Alivio», pensé con asombro. Simplemente estaba contenta de habérmela quitado de encima. De pronto, por una vez, me daba igual cómo hubiera salido.

Eché a andar con paso lento por el camino y me puse a pensar qué hacer el resto del día. No me apetecía volver a casa. Llamar a O se me antojaba un obstáculo insalvable. Ahora que sabía que se llamaba Orpheus, me parecía que la distancia entre nosotros y nuestras clases sociales era aún mayor.

Al ojear el teléfono, vi que tenía una llamada perdida de la unidad de alergología. Pulsé el botón de rellamada y tuve que esperar media eternidad, pero al final oí la voz del suabo del balón suizo. «Para rematar la jornada», pensé con amargura, «seguro que recibo otra mala noticia».

—Por fin —dije con tono animado.

—Escuche —empezó a decir—. Ha debido de producirse un error.

—¿Sí? —Cerré los ojos. ¿Acaso estaba rezando?

—Por seguridad, quisimos probar también el tinte negro. Al que ya sabemos sin ningún género de duda que es usted alérgica. Ese es el punto que reaccionó.

—¿Me pusieron... tinte textil en la espalda? ¿A propósito?

—Como ya le he dicho —sonaba a la defensiva—, no debería haber sucedido.

El enfermero, recordé. Pero no sentí ninguna ira contra él. Se nos había hecho tarde y él solo quería ayudar. Y que el médico de urgencias hubiera leído mal los documentos... eran cosas que pasaban.

—Por lo demás, no podemos constatar ninguna otra alergia.

—¿Tampoco a los gatos?

—A nada.

Por un momento no supe si reír o llorar. De no haberme sentido tan abatida, habría dado un salto de alegría. Sir Wilson no era en absoluto culpable de mi estado. En mi mente, ya estaba hundiendo la nariz en su fragante pelaje.

«Leo», pensé. Ahora que había quedado demostrada la inocencia de mi gato, también podía volver a ver a mi amiga sin cargo de conciencia. Y de inmediato. Qué locura que no hubiéramos pasado juntas el día de mi defensa. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo mucho que la echaba de menos.

Marqué su número, temerosa de que no contestara. Me planteé llamar a su puerta, pero me pareció que sería pasarme después de todo lo que había sucedido en las últimas semanas.

Me acordé del gimnasio que quedaba cerca de casa. Lo de apuntarnos había sido idea suya, y al principio entrenaba con regularidad en la cinta después de trabajar, pero el deporte había quedado sepultado bajo el caos del día a día. No lo había retomado hasta hacía poco.

Tomé la decisión al instante. Si mi madre había conseguido arrastrar su cuerpo enfermo por una ruta de peregrinación, cómo no iba a ser yo capaz de hacer un poco de yoga...

En el gimnasio solo entrenaban mujeres y, como era tan barato, atraía a todo tipo de cuerpos y personalidades, mayores, jóvenes, en buena y no tan buena forma.

Yo solo iría, si acaso, a las clases de yoga; los aparatos no me interesaban lo más mínimo. La clase de ese día solo duraba cuarenta y cinco minutos.

Fui haciendo los ejercicios —perro para arriba, perro para abajo— con más o menos fortuna, a veces con intensidad y otras dándome por vencida y poniéndome en la postura del niño para luego volver con cuidado al asana del cuadrúpedo. Mientras estiraba y curvaba la espalda —gato, vaca, gato, vaca—, de pronto descubrí en mi interior

un sentimiento de felicidad que no hizo sino crecer. Una cinta dorada se deslizaba por mi cuerpo. Al final de la clase hice la postura de la vela. Me encantó cómo mis piernas se mecían en el aire. Aunque la más bonita era *halasana*, el arado, cuando uno apoyaba los dedos de los pies por detrás de la cabeza y estiraba las rodillas.

Cuando, tras la clase, entré en los vestuarios, me topé de frente con Leo. Llevaba su viejo conjunto de aeróbic y parecía que la hubiera pillado *in fraganti*.

—Mírala cómo se cuida —me soltó.

—Estoy de baja.

Me quedé horrorizada.

—¿Y eso? ¿Qué te pasa?

Sin mediar palabra, Leo se arrojó a mis brazos.

—Nada —musitó—. Es que no puedo seguir así. Necesito... un descanso.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso, un descanso. De mi vida. —Se llevó las manos a la cara y rompió a sollozar tan fuerte que le temblaban los hombros—. Y de Henny. ¿Cómo es posible? ¿Que hasta mi hija se me haga cuesta arriba?

Leo ya no trabajaba a tiempo completo, me contó. Al contrario. El médico había tenido que firmarle la baja varias veces, y solo había vuelto a trabajar días sueltos; recibía un subsidio por enfermedad porque ya había superado los días de baja que le correspondían al año. Para recuperar fuerzas, hacía deporte, visitaba a viejos amigos. Paseaba por las calles, por los parques. Y se había unido a un sindicato que pretendía que se redujera el número de alumnos por clase.

—Eso me da fuerzas —me explicó.

A Henny, en la medida de lo posible, la dejaba en la guardería.

—¿No te parece ridículo? Para poder luchar por unas condiciones mejores, tengo que empeorar las de aquellos que se ocupan de mi hija.

—Con Henny puedo quedarme yo. Tú recupérate. Tráemela. Yo me encuentro mejor. —Cogí aire—. Por cierto, se ha demostrado que Sir Wilson no era la causa. De mis síntomas.

—¿No? —Leo me miró con incredulidad.

—No.

—Estarás contenta.

—Sí. Mucho.

—Oye, lo siento. —Se limpió las lágrimas con el puño—. Lo de la tarjeta. Y lo que te dije en el coche.

—Yo también lo siento.

Leo asintió. Yo sonreí de oreja a oreja.

—Y bueno, imagínate, me he tomado la pastilla.

Leo dio una palmada y me plantó un beso en la mejilla.

—¿Y el examen? ¿Qué tal te ha salido?

—Bien. —Intenté sonreír. «Es cierto», pensé. Dadas las circunstancias, había salido bien. Mejor que bien.

No hacía falta decir más. Al menos por el momento.

De camino a casa, reflexioné sobre la decisión que había tomado Leo. Su «descanso» secreto. La palabra seguía pareciéndome una señal de alarma luminosa.

De pronto resonó en mis oídos un reproche que le hizo una vez mi madre. «Te niegas a vivir», le dijo en un momento de debilidad, agotada de sus quejas; no, más bien de que no se quejara nunca, como una heroína. La vida de mi madre consistía en trabajo y sufrimiento. Sufrimiento y trabajo. Y ahí estaba yo, que casi la igualaba en lo de negarme a vivir. Me había envuelto en una crisálida de citas, libros, trabajo, deberes, fiestas, hombres, palabras... Una sobrecarga enorme y absurda.

Pero se había acabado, me prometí. Pensé en lo que me había vaticinado el doctor Wilhelm: mi mariposa iba a funcionar como un sismógrafo. Me avisaría siempre que rebasara mis límites.

Ya estaba delante de la puerta de casa cuando me sonó el teléfono. Era mi hermano. Oí cómo arrancaba a hablar. Para felicitarme, supuse. Pero no.

—Escucha, Ela. Sé que no es el mejor momento. Pero, la verdad, nunca lo es.

No tenía ni idea de a qué se refería.

—Sé lo que te causó el tumor.

Sus palabras me dejaron helada.

—¿Qué... qué quieres decir?

—Los médicos te preguntaron en su momento si te habías dado un golpe. Si habías tenido un accidente.

—Sí, ¿y?

—¿Te acuerdas de cuando practicábamos a escondidas para el carné de conducir? ¿Porque creías que si no, ibas a suspender el examen?

En mi mente se dibujó una imagen borrosa del coche de mi madre, yo al volante y mi hermano en el asiento del acompañante.

—Una tarde, te metiste en un bache y te diste con la cabeza contra el parabrisas. A mamá le sorprendió encontrarse de repente con una grieta en el cristal.

Era cierto. Lo recordaba. Pero aquel incidente había sido tan nimio que ni siquiera ocupó espacio en mi memoria.

—Pero entre aquello y la operación pasaron... dos años. —Negué con la cabeza. Aquella relación no tenía sentido—. ¿Cuándo se te ha ocurrido? —quise saber—. ¿Lo del accidente?

Al otro lado de la línea no se oía nada.

—¡Ay, Dios! Dime que no es verdad. Llevas pensándolo desde el principio, ¿a que sí?

Mi hermano seguía callado. Lo vi ante mí, con expresión atribulada.

—¿Por qué no has dicho nada hasta ahora?

—No quería... que fuera culpa mía —más que hablar, musitaba.

—Pero, aun así —repuse—. Las cosas pasan. Los accidentes... suceden.

Negué con la cabeza. La historia que me había contado era ridícula. Estaba claro que no era la única de la familia con una «fantasía desbordante».

—¿Estás enfadada conmigo?

—No. Claro que no. Pero ¿por qué me lo cuentas precisamente ahora?

—George me ha dicho que debía hacerlo. Yo... ya no lo soporto. Ver cómo te torturas.

—Pero si no me ves —repliqué. De repente estaba indescriptiblemente furiosa—. No estás aquí para verme.

—Lo siento —se disculpó en un hilo de voz—. Pero a la boda sí que vendrás, ¿verdad?

—Ni idea.

—Ela. Venga..., por favor.

—Un momento. —De repente até cabos—. ¿Se lo has contado a mamá?

—Sí —respondió.

Eso explicaba aquella llamada tan rara. ¿Cómo se había atrevido?, me indigné. ¿Hacer cargar a nuestra madre con esa teoría descabellada? Ella, que de por sí ya se mortificaba bastante.

—Ya te llamaré —murmuré.

Hasta que no colgué, no reparé en lo que me dolía tanto. Mi hermano creía de verdad que el tumor se había debido a un accidente. Un accidente del que él tenía la culpa. Toda su seguridad se basaba en esa suposición. La compostura que siempre había admirado en él formaba parte del papel que había estado representando durante años. El papel del hermano estoico y razonable. Siempre había interpretado su comportamiento como preocupación, cuando quizá no era más que la expresión de su cargo de conciencia. Al final, hasta iba a ser el motivo por el que se había ido a Inglaterra. Había huido. De mí, de mi madre, de su sentimiento de culpa. ¿Cómo había podido mantenerse alejado de mí tantos años? Mi hermano había traicionado la confianza muda que solo podía existir entre dos hermanos. Ese vínculo que uno no podría

tener con nadie más en el mundo..., él lo había cortado de manera intencionada. Fue mi modelo durante toda la vida, y se marchó en mi momento de mayor vulnerabilidad. Puso la culpa por encima del amor.

A pocos metros de la puerta, me mareé. ¿Había sido una buena idea?, me pregunté. El examen, el yoga, Leo y ahora... ¿esto? Mi cuerpo quería volver a casa. Y cuanto antes.

Al día siguiente me desperté con un dolor de cabeza apabullante. La charla con mi hermano había sido el golpe de gracia, tal cual. Lo maldije por haberme hecho aquella confesión. Sin más ni más, sin venir a cuento y sin preguntar, había invocado a los fantasmas del pasado y los había plantado en mitad de mi universo.

Decidí quedarme en la cama y leer las noticias. Las encuestas sobre Obama seguían levantando el ánimo al mundo. «Algo es algo», susurré enfadada. Al principio solo me sorprendió que me costara tanto leer, pero luego tuve que admitir que algo no iba bien con mis ojos. Veía las letras borrosas y no lograba ordenarlas en una secuencia fluida.

El corazón se me agitó como un colibrí asustado. Por supuesto. ¡Los dolores de cabeza! La niebla mental. A veces las cosas no eran tan complicadas.

Me armé de valor y llamé a mi cirujano.

—Me dijiste que podía llamarte. Cuando necesitara ayuda.

—Sí, claro. ¿Qué pasa?

—Necesito un electro. Y también una resonancia de la cabeza.

—Bien. Vente. Y tráete el historial.

Colgué con alivio. Habría querido llevarle un café a O a la facultad. Era el primer día que volvía a trabajar.

—No pasa nada —dije en voz alta, tan alta que Sir Wilson estiró las orejas—. Puedo llamarlo luego.

Así que... la cabeza. Me dio la impresión de haber cerrado un círculo. Me di cuenta de que estaba preocupada, pero no

atemorizada. Con la de años que había vivido con el miedo continuo a que el tumor se reprodujera, de pronto estaba inusualmente tranquila. Inquieta, pero tranquila. «¡Qué gracia!», pensé. Que una pudiera estar las dos cosas al mismo tiempo.

Me pasé la mitad de la mañana buscando los CD en los que habían guardado las imágenes de las revisiones. Debían de estar en el último rincón del trastero. En mi estado, era impensable adentrarme en aquel cuarto tan frío. Lo único que le pude acercar fue el alta que me había llevado de casa de mi madre.

—No pasa nada. Con eso basta —me tranquilizó mi cirujano.

Había empezado a llover con fuerza y maldije al dios del tiempo, porque mi único paraguas estaba roto y siempre se me doblaba, por lo que llegué empapada a la unidad de radiología.

La clínica se encontraba en una extensa finca salpicada de edificios históricos. El campus era del siglo XIX y hasta el bloque en el que tendrían lugar las pruebas parecía casi acogedor. ¡Qué extraños lugares eran los hospitales! Un mundo con su propio ritmo. Los médicos y el personal sanitario normalmente parecían agitados, estresados; los pacientes, frágiles y abatidos.

—Vaya. ¿Te has resfriado? —Mi cirujano me recibió con un abrazo.

Desconcertada, me encogí de hombros. ¿Cómo podía detectarse una gripe en mi estado?

—No lo sé. Puede.

—Bien, vamos a darnos prisa. Lo primero es prescribir el electroencefalograma.

—¿Y hay que ponerme un medio de contraste? ¿Para la resonancia?

—Si no quieres, no.

No hizo falta que le explicase nada. Se acordaba de mi miedo a las agujas.

Me quité todas las horquillas, luego me pusieron los cables; ya me sabía el procedimiento. Los electrodos húmedos se asentaron en mi cabeza como pequeños nidos de pájaros. Había que cerrar los ojos cuando te lo indicaran, luego volver a abrirlos y, entretanto, respirar rápido una o dos veces, casi como si hiperventilaras. Una vez completada la prueba, la auxiliar se mostró contenta con la curva, que no reflejaba ninguna anomalía.

Acto seguido me hicieron la resonancia magnética. Mientras el aparato llevaba a cabo su labor con un golpeteo impenitente, me acordé de lo que me había enseñado mi terapeuta. Que no debía reprimir el miedo. Que debía dejarlo salir. Inspiré, espiré. Tal vez fuese la primera vez en todos esos años que me enfrentaba a mi miedo de manera tan clara. La distancia que había interpuesto entre mi miedo y yo hacía que el sentimiento resultara un poco menos amenazante.

Entonces acabaron las pruebas y tuve que esperar los resultados. Me di cuenta del esfuerzo que me costaba cada movimiento, cada paso. Debería estar en la cama. Y, pese a todo, sentía algo parecido... al agradecimiento. Qué rápido me había congraciado con este examen.

A continuación volví a sentarme frente a mi cirujano.

En la mesa, delante de él, estaba la carta mecanografiada con mi alta.

—¿No habías dicho que era un tumor?

—Sí, claro. Porque lo era.

—Aquí pone: «No se ha detectado ningún tejido tumoral».

—Ajá.

Estaba tan atónita que no sabía qué decir.

—¿Y qué...? Entonces, ¿qué era?

—Pues una ADEM.

—¿Una qué? No lo había oído nunca.

—Una encefalomielitis diseminada aguda. Es un proceso inflamatorio que puede desencadenarse si los virus atraviesan la barrera hematoencefálica. Mira. ¿Ves? Lo pone aquí.

Leí la carta de alta con mayor atención. Me di cuenta de que nunca la había estudiado realmente a fondo, sino que me había fiado de lo que habían dicho los médicos. No, me corregí, de lo que había dicho... mi madre.

Ya en la primera línea me topé con la palabra «encefalitis».

—Una inflamación del sistema nervioso central —confirmó mi cirujano.

Me quedé mirando la hoja.

En mi interior se había hecho el silencio.

El tiempo, me pareció, se hinchaba como un globo y yo, pequeña criatura, flotaba en su interior como una muñequita. Un embrión.

—¡Ay, Dios! —Tenía la garganta más seca que si hubiera inhalado polvo. Inspiré y espiré tan hondo que podría haber derribado a un gigante.

—¿Me estás diciendo que... que fue un... un virus? ¿Fue un virus lo que me provocó... el tumor? Bueno, ¿la ADEM esta?

—En efecto.

Me habría gustado alejar de mí la revelación, desterrarla al último calabozo de mi interior y sellarlo con una puerta de hierro para que permaneciera oculta para siempre. Al mismo tiempo, entendía que la noticia, aunque antigua, prometía un cambio. Hacía saltar en pedazos todo mi ser.

—Pero entonces... ¿no encontraron nada? ¿En el líquido cefalorraquídeo?

—Eso es. Por eso pone aquí «subagudo». Ya no se detectaba ningún virus. Y, Ela, escucha. Si buscas en Google, te vas a asustar.

—¿Por?

—Porque también podría haber sido el comienzo de una esclerosis múltiple.

—¿Qué... quieres decir?

—¿No tuviste ningún tipo de... parálisis? ¿O sensación de entumecimiento?

—No. Espera, sí. No podía andar. Porque el tumor, bueno, la ADEM, había presionado el nervio.

—¿Y luego?

—Luego todo volvió... a la normalidad.

Mi cirujano sonrió.

—¿Ves? Entonces fue algo puntual. Nada de esclerosis.

—Pero... ¿y mis ojos? ¿Que no pueda leer bien?

—Es posible que se deba a la gripe. A los virus les gusta atacar el nervio óptico. Yo que tú iría al oftalmólogo. Que te eche un vistazo. Solo para estar seguros.

Mi cirujano me tendió los papeles. Bajo el epígrafe «Informe psicológico» vi que el médico había indicado «Resultados adecuados para la edad», lo que, a pesar de la conmoción, me sacó una sonrisa.

Al despedirnos, mi cirujano dio un paso hacia mí.

—¿Volveremos a vernos? —quiso saber.

Yo me incliné y le di un beso en la mejilla.

—Creo que no.

Estaba contenta de que nuestros caminos se hubieran cruzado de nuevo. Nuestros cuerpos eran capaces de conectar de maneras absolutamente increíbles. Nada más y nada menos.

Atravesé el umbral presa de un extraño aturdimiento. Ya iba camino de la salida cuando oí cómo me sonaba el teléfono en el bolsillo del pantalón. Era mi madre. Dejé que sonara.

«¿Cómo se siente?», oí preguntar a mi terapeuta.

Me obligué a respirar y a contemplar con tranquilidad y desde todos los ángulos el colorido cóctel de emociones que emanaba por cada poro, como una esfera de vidrio irisado. Vi una pizca de alivio. Incredulidad. Pero, sobre todo..., tristeza. Una tristeza negra, profunda e infinita.

No había una explicación sencilla y cien por cien precisa. Pero sí había una probabilidad. Un virus se adentró en mi cabeza y, a continuación, se desarrolló una ADEM. Me había pasado un montón de años lidiando con un rompecabezas corporal cuando, en realidad,

nunca hubo enigma alguno. ¿Quién podría haber sido, me pregunté, sin ese miedo constante?

¿Y cómo era posible que mi madre, que siempre había sido tan cuidadosa en lo relativo a diagnósticos, medicamentos y prospectos, hubiera tenido la solución a la vista tantos años?

Recordé la increíble presión a la que estuve sometida en aquella época. Me hallaba «bajo una tensión constante». En sus propias palabras. Cuidaba de mi abuela, trabajaba a media jornada, mi hermano acababa de salir del armario y necesitaba cierta atención, y por fin se había separado de mi padre, o más bien lo intentó. Mi enfermedad relegó la separación a un segundo plano, por lo que dio marcha atrás y todavía aguantó algunos años más.

Volvió a sonar el teléfono. Terminé por cogerlo.

—Ela, sobre lo del otro día... —empezó a decir mi madre, pero interrumpí la conversación. La puse al corriente con frases cortas y precisas.

Casi podía ver cómo se iba encogiéndose al otro lado de la línea.

—¿Cómo se nos pudo pasar por alto? —le pregunté en voz baja.

Oí a mi madre inspirar hondo.

Al principio pensé que reaccionaría con contrición, como solía hacer.

—¿Sabes qué?! —me gritó de pronto—. Yo también soy humana. Tú y tu hermano... ¡Anda y que os den!

Me quedé tan asombrada y su voz sonaba tan fuerte en mi oído que, asustada, alejé el teléfono de mí. La gente reunida en el rincón de fumadores ya se estaba girando. Entonces la llamada se cortó. Mi madre —la que nunca se enfadaba, la que siempre perdonaba— me acababa de colgar.

Revisé la breve conversación con incredulidad. Yo le había revelado la chocante solución a mi —no, a nuestro— enigma corporal y ¿a ella no se le había ocurrido nada mejor que gritarme? No le había echado nada en cara. ¿O sí? En cualquier caso, se había preocupado más por sus fracasos que por mi dolor. De pronto contemplé a mi madre bajo otra luz. La enfermedad era «el gran

confesionario», había escrito Virginia. Uno decía con «franqueza infantil» lo que siempre había pensado, pero nunca se había atrevido a expresar. También sobre sí mismo. Tal vez, en realidad, mi madre y yo no nos soportábamos. Tal vez nuestra cercanía fuera un error, el mero producto de una concatenación durante años de culpa y falta de libertad.

Eché a andar con paso lento. Solo cuando volvió a empezar a llover con suavidad me di cuenta de que me había dejado el paraguas en la sala de espera, pero no quise volver; de todas formas, estaba muy roto.

Caminé por la acera entre los viejos edificios y, a diferencia de la ida, observé a las personas con las que me cruzaba con mucha más atención. Personas con sillas de ruedas, con andadores, con pañuelos en la cabeza para ocultar las calvas; rostros demacrados o hinchados por la cortisona y otros medicamentos. ¡Qué esfuerzo ingente les supondría levantarse cada mañana! Mantener la esperanza. Seguir adelante, seguir luchando, seguir en pie. Lo que veía a mi alrededor... no era «otro mundo». Formaba parte de la vida.

Noté un apremiante... desasosiego en mi interior. Igual que entonces, tras la operación. Algo había despertado en lo más hondo de mí. Como si me hubiera topado de forma inesperada con una fuente interior mucho tiempo olvidada. Una fuente cálida, luminosa aunque intermitente, pero, en cualquier caso, una fuente. Una... confianza.

De regreso a casa, me desplomé en la cama; casi no podía sostenerme sobre las piernas. Sin embargo, en ese preciso momento apareció en el ordenador un mensaje de mi director de tesis. Me recordaba que debía presentar mi candidatura antes de finales del mes siguiente. Mi tema, el «falso japonés», seguía pareciéndole sumamente prometedor.

Casi se me escapó una carcajada. Por lo visto, mi director de tesis no iba a dejarme en la estacada. Con *summa* o sin *summa*. Y la entrevista con la profesora japonesa también iba a celebrarse según lo provisto. Mi inexistente japonés no suponía ningún problema. La conversación podía desarrollarse en inglés, me tranquilizó. Y sin dedicar una sola palabra a la vergonzante situación.

Leí el mensaje una y otra vez. Acto seguido, cerré el portátil. Estaba cansada, enferma, agotada, en estado de *shock*. Pero eso no cambiaba nada. Algo en mi interior había tomado una decisión.

No quería... seguir dedicándome a la investigación.

Espantada, me tapé la boca con la mano. Nunca se me había pasado por la cabeza una idea tan tremenda. Llevaba casi una década siguiendo el camino de la ciencia. Ni sabía ni podía hacer... nada más. Y, sin embargo, debía reconocer que me había sentido liberada después del examen fallido. No quería continuar por ahí.

«George», pensé, y en ese preciso momento supe que convertiría su historia en una novela. Era como si alguien me hubiera abierto de par en par la puerta a un mundo que siempre había estado en la habitación de al lado, pero que no había sido capaz de ver.

George, mi impostor, se había reinventado. Y yo también podía hacerlo.

En la adaptación cinematográfica de la novela de Janet Frame, *Un ángel en mi mesa*, hay una escena que, cuando vi la película a los veintipocos, se me quedó grabada para siempre. La protagonista, Janet, trabaja como maestra. Es la única posibilidad de que una mujer pueda llevar una vida más o menos independiente en la Nueva Zelanda de los años sesenta.

Un día, cuando Janet se pone delante de la clase, se da cuenta de golpe de que ese trabajo no es para ella. Abre la puerta y sale al pasillo desierto. Mientras camina, pasa por delante de numerosas aulas. Al principio avanza con paso moderado, pero luego corre, no, anda rápido por los pasillos hasta salir al exterior. Es como si no fuera ella, sino su cuerpo, quien decidiese. Más tarde, la protagonista, *alter ego* de la autora, se convierte en una escritora conocida.

Creo que la enfermedad a menudo conduce, en realidad, a un despertar. Pero también creo que nadie más que uno mismo puede establecer esta conexión. Si alguien lo hace en nuestro lugar y sin preguntarnos, nosotros, los enfermos, sacamos las uñas.

Para mí, cada uno de mis episodios constituyó el nacimiento de un nuevo yo. El cuerpo nunca dice «yo» tan claramente como cuando ha de temer por su existencia.

Mi nacimiento como escritora se lo debo a la palabra mágica «yo». Amo a mi yo... y, sin embargo..., a veces mi propia trayectoria me resulta increíble.

Mi madre nunca ha emprendido un camino así. Ella intenta vivir su vida de la mejor manera posible. Sin llamar la atención, sin destacar. Soportando el dolor. Manteniéndose firme.

Soy yo quien narra su vida, no ella. Como si ser su espejo fuera mi deber. Igual que en el videoclip de «I'll be your mirror», que muestra en primer plano cómo la cantante Nico se acicala frente a un espejo. Hasta el final, durante los últimos veinte segundos, no entiende uno que es una niña quien ayuda a la mujer —¿la madre?— con el espejo. La letra me rompe el corazón una y otra vez. Los versos que canta Nico... ¿no corresponden, en realidad, a la niña?, me pregunto. ¿O soy

yo quien confunde los papeles una vez más? Incluso ahora, ¿hasta el final? O quizá sea un dueto. Un dueto en el que madre e hija se hacen una promesa mutua.

Seré tu espejo y te mostraré quién eres, por si no lo sabes. Seré el viento, la lluvia y la puesta de sol.

Tengo
fiebre
así que tres
días
en la
cama
a la
mañana
siguiente
puerta abierta
y al
aire
libre.

YOKO TAWADA,
Rekonvaleszenz

11

Mi año de descanso y relajación

Tuve que guardar cama una semana entera. Tenía fiebre y mi cuerpo ardía, como quien dice, lo que me parecía doblemente absurdo, porque fuera estábamos a casi treinta grados. Era un estado desconocido que me daba miedo y, al mismo tiempo, me alegraba lo indecible. Por fin algo en mi interior se defendía.

No solo hacía como si descansara. Estaba descansando de veras. Yacía en la cama y dormía o me adormilaba con los ojos cerrados o escuchaba música. *Count your blessings, one to ten*, cantaba la voz levemente distante, como de fondo, *your body will be whole again*.

Entretanto, había ido comprendiendo que no se puede hacer caso omiso del propio cuerpo. Antes o después terminaba averiguando si uno lo respetaba de verdad o solo lo fingía. Era como con los niños. Con ellos también se puede interpretar un papel durante mucho tiempo, pero en algún momento el telón se levanta y ven la verdad en el centro de tu corazón.

Escribí un correo electrónico a mi director de tesis para anunciarle que no iba a continuar con mi carrera académica. Le transmitía el mayor de los agradecimientos por ofrecerme el puesto y por todo lo que me permitió. Tenía la sensación de estar a punto de saltar desde un trampolín de diez metros.

«Aproveche el momento —me respondió—. Escriba».

Se me quitó un verdadero peso de encima. Ahora podía llevar mi birrete con honestidad, como recuerdo de todo lo que le debía a los libros, a la universidad y al modo en que me había enseñado a pensar. Como algo de lo que quería estar orgullosa.

Henny venía todas las tardes para cuidar de Sir Wilson, y mi gato expresaba su alegría poniéndose a ronronear con fuerza. Sonaba como un motorcillo, extático.

«Se te ve pachucha», me dijo una vez Henny con tanta seriedad que tuve que reprimir una sonrisa. Pensé en cómo las expresiones viajaban entre generaciones. Todas esas palabras cotidianas, las palabras de nuestras madres, que llevábamos dentro, quisiéramos o no.

Mi hermano intentó ponerse en contacto conmigo, pero la fiebre era la excusa perfecta para no responder a sus llamadas. Leo se había encargado de comunicarle brevemente lo de la ADEM. Solo esperaba que la noticia lo ayudase a superar aquella ridícula culpa suya.

También había decidido, con pesar, no ir a la boda. Necesitaba tomarme un descanso de mi familia. De la persona en quien, sin querer, me convertía estando con ellos. A ojos de mi hermano, era y siempre sería una perpetua enferma. Su forma de mirarme respondía a una idea fija que me encasillaba y no admitía cambio.

Con mi madre tenía aún menos ganas de hablar. Si seguía peregrinando hasta el fin de sus días o si bailaba o no bailaba el vals me daba exactamente igual, o más bien me esforzaba por no romperme la cabeza con ello. Si estaba enfadada conmigo, pues muy bien. Yo también lo estaba con ella. Ya había aclarado las cosas. Era cierto que los médicos siempre habían hablado de un tumor. Tal vez para simplificarme las cosas a mí, la paciente de veinte años. Pero en aquel momento, en el hospital, mi madre tendría que haber leído el alta con mayor atención. Ese fue su «error», por así decirlo. Más tarde, yo tendría que haberlo investigado por mi cuenta. Eso había sido una negligencia por mi parte. Estaba segura de que mi madre sabía que le tocaba disculparse, pero estaba igualmente segura de que era demasiado orgullosa para hacerlo. Podía disculparse sin problemas, y sin excepción, por cosas que no habían sucedido; pero por lo que hizo mal de verdad, no. Mi madre era el cargo de conciencia

personificado, pero quien tenía la culpa de todo, de alguna manera, terminaba no teniendo culpa de nada.

Para entonces había consumido la última cuota de mi beca. Debía buscarme cuanto antes un trabajo. O escribir cuanto antes mi novela.

Al principio, mi categórica decisión tuvo como consecuencia... la nada. Era evidente que escribir una novela era más fácil de decir que de hacer. Todavía no había pasado de las notas. George esperaba en mi ordenador, pálido e inerte, a que lo despertase a la vida. Había investigado todo lo investigable. Y ahora, ¿cómo seguir? ¿Cómo se escribía la historia de alguien que lo había hecho todo, pero todo lo posible por ocultar su identidad?

Me sentía tan insegura que decidí no hablarle a nadie de mi decisión hasta próximo aviso. Pero Leo me pilló con las manos en la masa.

—¿Qué es eso? ¿Una novela? —preguntó mientras miraba por encima de mi hombro.

Noté cómo me sonrojaba.

Ella me observó con expresión divertida.

—A ver, que sí. Es fascinante. Que un hombre blanco se hiciera pasar por japonés. Y también que mantuviera semejante secretismo sobre su origen. —Leo titubeó—. Pero, con la mano en el corazón, ¿por qué te interesa «a ti» esta historia? ¿Qué tiene que ver George «contigo»?

Mi amiga, listísima ella, tenía razón. El interés científico no daba para más. Era posible que nunca pudiera averiguar quién y cómo había sido George de verdad, pero sí quién y cómo «podría» haber sido. Toda ficción, se decía, por muy fantástica que fuera, constituía siempre una forma de recuerdo de algo que uno había leído en alguna parte o incluso vivido. Si quería escribir sobre George, necesariamente tendría que escribir sobre mí misma. Debía averiguar cuál era la pregunta que «yo» quería que mi impostor respondiera.

El primer día en que me sentí con fuerzas suficientes, decidí echar un nuevo vistazo a sus escritos originales. Tal vez hubiera pasado algo por alto.

Al llegar a la biblioteca, los dos libros que había pedido ya estaban esperando en una mesa del área especializada. Además, me entregaron un par de guantes de tela blanca. Repasé los renglones con esfuerzo. Ya había estudiado ambos escritos para mi examen. Pero esta vez buscaba algo completamente distinto. Lo que me interesaba era... el hombre tras la impostura.

George Psalmanazar afirmaba comer carne cruda y dormir de pie. Un tema clave era el sacrificio humano que tenía lugar anualmente. En su Formosa, una vez al año se quemaban los corazones de dieciocho mil niños varones, que los sacerdotes se comían. Además, los hombres practicaban la poligamia y, en caso de infidelidad de sus esposas, podían comérselas.

Pero ¿a quién se le ocurrían cosas así? ¿A qué se debía esa... sed de sangre? No lo entendía. Que George hubiera intentado huir de la pobreza era comprensible. Pero el dinero y la fama no podían ser los únicos motivos para transformarse en ese exótico peregrino. Si no había sido por desesperación y tampoco por codicia..., entonces, ¿por qué?

Estaba a punto de quitarme los guantes, decepcionada, cuando volví atrás hasta la página en la que aparecía impreso el alfabeto falso. Según George, aquella invención había sido el comienzo de todo el engaño. Los caracteres me recordaban a los jeroglíficos. Entonces, de pronto, lo entendí. Mi impostor no lo había hecho por notoriedad o enriquecimiento. Se trataba... de la escritura en sí. Se había prometido la salvación por medio de la escritura. Incluso después de quedar expuesto como «falso formosense» y de su escarnio público, siguió escribiendo. Sermones, trabajos ocasionales. La escritura fue su ancla y su refugio. No era casualidad que el falso alfabeto constituyera su obra maestra. Cuánto tiempo y cuánta dedicación debió de consagrarle.

George, comprendí de repente, deseaba hasta tal punto formar parte del mundo erudito que lo había sacrificado todo por lograrlo. Transformó su propia vida en una novela. Si no, ¿cómo habría hecho realidad su sueño él, un joven sin recursos? George no tenía ningún tipo de acceso a los círculos en los que los escritores de su época se movían con absoluta naturalidad. Henry Fielding, Samuel Richardson, Laurence Sterne. Todos ellos habían recibido educación desde la cuna. George no. El precio de la pertenencia a la élite fue nada menos que su vida. Borró su origen, literalmente. La vida a cambio de los libros. La realidad frente a la ficción.

Ahí sí que tenía de dónde tirar. Eso tenía que ver conmigo... en cierta forma.

Entonces llegó el día en el que por fin volvería a ver a mi terapeuta. Era la primera vez que me subía a una bici después de mucho tiempo. El sol brillaba y mi triángulo —intestino, tiroides, glándulas suprarrenales— estaba más o menos en equilibrio. Accioné los pedales con una sensación de libertad y alcé el rostro hacia el viento cálido.

Mi terapeuta llevaba un corsé naranja alrededor del bajo tronco y se daba aire con un abanico azul. El temblor de las manos seguía ahí, aunque mucho más débil. ¿Por qué llamaba tanto la atención que los médicos y médicas también enfermasen? Qué absurda superstición pensar que el destino fuera a retroceder ante ellos.

—¿Cómo le ha ido?

—Bien. He dejado el trabajo. Y he empezado una novela.

—Ah. —Mi terapeuta asintió satisfecha—. Eso sí que son novedades. Me alegro.

Estaba orgullosa de mí, se la veía. Yo había decidido ahorrarme toda la odisea. Solo le hablé de la ADEM.

Mi terapeuta me escuchó con atención. A continuación tomó aire.

—Lo más importante es que ha resuelto el enigma. —Asintió—. Increíble. Todo lo que la mente humana es capaz de ocultar.

—¿Qué quiere decir?

—A ver..., creo que su subconsciente quería... protegerla.

Mi conciencia, prosiguió, registró la encefalitis, pero era evidente que se había guardado la información para más adelante. La vida con un enigma corporal era una cosa; el miedo a desarrollar esclerosis múltiple, otra muy distinta. Para no sobrecargar a mi joven mente, habíamos pasado por alto el diagnóstico.

La miré con estupefacción. Mi terapeuta se estaba saliendo de madre con semejante afirmación. Pero sí. La historia también podía interpretarse así.

—Esto va más allá de lo que tenía previsto para hoy. —Se irguió sobre la silla. Casi me parecía ilusionada. Puede que a ella también le influyera el buen tiempo—. Hoy vamos a hacer algo que no hemos hecho nunca.

—¿El qué?

—Autohipnosis. —Sonrió de oreja a oreja—. Hace poco realicé un curso de formación continua.

—Ajá.

—Debemos adentrarnos en su subconsciente.

—Vale —respondí sin entusiasmo.

Mi terapeuta se puso recta y dejó el abanico a un lado.

—¿Lista?

Lo único que tenía que hacer era cerrar los ojos. Pero la cosa no me convencía del todo.

—Puede parar en cualquier momento. La autohipnosis no es ninguna brujería. Usted entra en diálogo con su subconsciente. Yo solo la guío. Y no lo olvide: el subconsciente es su amigo, no su adversario.

La terapeuta al principio me habló con voz tranquilizadora y, acto seguido, empezó a contar hacia atrás desde veinte. De pronto me pareció oír la canción de la serpiente Kaa: «Confía en mí y solo en mí, duerme ya y confía en mí».

No sé cómo, pero la cuenta atrás hizo que dejara de pensar. Como en un caleidoscopio, en mi mente se iban formando nuevos

patrones y motivos. Así debía de sentirse uno cuando tomaba LSD. Entonces se hizo el silencio en mi interior.

Al llegar al cero, de pronto me encontré en un lugar oscuro, una especie de cueva que poco a poco fue revelándose como la cabeza de una persona. Una especie de gigante; no, de giganta. Yo era muy pequeña, como Pulgarcita, y estaba sentada en la lengua aterciopelada y seca de ese ser en cuyo interior me encontraba, por encima de su resbaladiza garganta. Permanecí mucho tiempo en aquel lugar y, cuando por fin me atreví a salir por la boca de la giganta, el aire fresco me acarició la cara.

Entonces, de golpe, tras un breve instante de libertad, apareció el enorme rostro de mi madre, como una pantalla gigante, y el cielo se convirtió en una nueva cueva y yo volví a ser muy pequeña. Solo que era mi madre de joven, como solo la conocía en fotos, la que me miraba con un rostro grande como la luna y que, al estar tan cerca de mí, parecía una esfinge. Cuando intenté dar un paso atrás para alejarme de ella, se acercó aún más y me entró miedo a que me asfixiara o me aplastara.

—Dígale algo —oí sugerir a mi terapeuta—. Pídale que mire a su alrededor. Que vea si en algún lugar no estará esperándola su propia madre.

Y, en efecto, mi madre se giró como si buscara a alguien. Solo entonces vi a sus espaldas, minúscula, a mi abuela. En ese momento, mi madre se alejó, cada vez más, hasta que ella y su rostro se redujeron a un tamaño normal.

El lugar en el que me encontraba se iluminó, todas estábamos al aire libre, y luego me quedé sola. Mi madre se había ido. Resultaba amenazante flotar así en el aire, pero de pronto sobrevolaba una especie de pradera. La hierba dorada crujía bajo mis pies mientras planeaba muy cerca de ella; las puntas de las briznas me rozaban las piernas como agua cálida y tuve la sensación de poder ir adonde quisiera. Cuando miré en derredor, vi a mi madre a mi lado. Avanzaba junto a mí, a una distancia tan grande que no me permitía

tocarla, pero tan cerca que en cualquier momento podría alargar la mano hacia ella.

El campo o pradera se convirtió en un prado florido, un valle flanqueado a ambos lados por grandes montañas nevadas, y de pronto sostenía un bastón en la mano. A mi izquierda se contoneaba un gato negro. A pesar de mi estado de trance, noté las piernas inquietas. Estaba deseando atravesar el valle. El camino iba a ser realmente maravilloso.

Una vez que mi terapeuta marcó de nuevo la cuenta atrás, me quedé sentada un buen rato sin poder creérmelo. Callada, muy callada.

Me había dado cuenta de que la cercanía con mi madre dificultaba una amistad estrecha como la de Leo. Y tampoco se me había ocurrido que ocupara el espacio en mi corazón reservado en realidad para el amor romántico. No podía haber en mi vida una persona tan importante cuando la más importante era... ella.

En mí, su hija, mi madre buscó el amor que no había encontrado en sus propios padres ni en el mío. De eso era de lo que había huido mi hermano. No de mí. Mi madre tenía el papel protagonista en esta obra; sus hijos no éramos más que los secundarios. Noté cómo me atravesaba una oleada de ternura. Daba igual lo que hiciera o dejara de hacer mi hermano. Ambos compartíamos el mismo destino.

Por primera vez comprendí a lo que mi terapeuta se refería con su «simbiosis». Aunque el cuerpo de mi madre y el mío existían separados en el espacio, se hallaban conectados mediante hilos invisibles, como por telepatía. Igual que el pez payaso y la anémona. Henny me lo explicó una vez con todo detalle.

—¿Y ahora? —Miré a mi terapeuta.

—Su madre ha dado el primer paso. Con su viaje. Ahora usted debe hacer lo mismo. Y eso también significa —añadió enfática— que debe aprender a trabajar menos. Y a dejar de usar su trabajo como vía de escape.

«No debe “no” trabajar —oí decir al doctor Wilhelm—. Debe trabajar de otra manera. Con más descansos».

«El ritmo», pensé. Tenía que encontrar otro ritmo. Debía liberarme del corsé del trabajo y la enfermedad.

—Podría... viajar a Japón —me salió de golpe.

—Sí, por qué no. El Fuji-san está precioso en otoño —asintió mi terapeuta, perdida en el recuerdo.

Por supuesto que ella ya había visitado Japón. Pues claro. «Quién no ha viajado alguna vez al país del Sol naciente», pensé, aunque desterré de inmediato el atisbo de amargura. En ese momento no tenía fuerzas ni ganas de sentir emociones rojas. «No son productivas», me dije.

—Aunque Londres también le serviría. —Me guiñó el ojo.

Era cierto. «O incluso Oxford», pensé. Tal vez debería ir un día allí. Tal vez debería recorrer un día sus venerables muros como había hecho George. Tal vez consiguiera plasmar un comienzo aceptable sobre el papel.

Mi terapeuta asintió, satisfecha consigo misma, al despedirse.

—Bueno, hasta dentro de dos semanas.

Una vez en casa, con la sesión todavía muy presente, me senté al escritorio. Me quedé un rato sin hacer nada.

De pronto me vino un pensamiento. Me levanté y fui hasta la estantería. Eché un vistazo a las filas de libros. Cuántos de ellos expresaban emociones o, como mínimo, mencionaban el corazón en el título. *A Sentimental Journey, La educación sentimental, El corazón es un cazador solitario*. Quien escribe, se decía, conoce toda la gama de sentimientos. Yo los conocía y los reconocía en los demás. Podía ponerme sin problemas en la piel del pobre Anton Reiser aunque fuera un hombre y la trama tuviera lugar en el siglo XVIII. Pero para mis propios sentimientos necesitaba la rueda de las emociones. Me la imaginaba como un ruedín. Mi viaje de vuelta al país de los sanos, me figuraba, sería también un viaje al país de los

sentimientos. Debía reaprender el abecedario de las emociones. También para poder escribir. Igual que un niño de cinco años que aprende a leer.

Movida por un impulso, saqué un libro que le compré a un anticuario hacía una eternidad. Era una biografía de Samuel Johnson, el polímata y famoso hombre de salón que editó el primer diccionario de la lengua inglesa. El doctor Johnson era considerado el «Goethe inglés» y, hasta donde recordaba, no solo había sido un sabio, sino también un anciano divertido y gruñón. El biógrafo había intentado capturar su espíritu y su elocuencia.

De pronto me di cuenta de que el doctor Johnson y George se conocieron. Busqué febril entre mis notas. El doctor Johnson había dejado por escrito que George era el «hombre más bondadoso» que hubiera conocido nunca. Me quedé pensando. «Bondadoso». Cierto. George había sido... afable. Apacible. Amable. Pero ¿y si a mi novela le viniera bien un poco de... mala baba? ¿Y si dejaba... participar al doctor Johnson? Cuanto más pensaba en ello, más me gustaba la idea. ¿No podría actuar como una especie de «figura paterna» para mi héroe sin padres?

Hojeé a toda prisa la biografía. Ya desde las primeras páginas estaba claro que había dado con una mina de oro. ¡Pero qué regalo era aquel habla antigua! Nada en ella sonaba anticuado o artificioso. De repente supe lo que debía hacer.

Abrí un nuevo documento, dejé la biografía junto al teclado y, sin pensármelo dos veces, empecé a buscar palabras y frases que me parecían bonitas, significativas, divertidas o ingeniosas, o que me llamaran la atención por cualquier otro motivo. Fui escribiéndolas todas seguidas.

Estaba tan concentrada en el trabajo que casi se me olvidó respirar. Habían transcurrido casi dos horas sin que prestara atención a mi garganta o a mi corazón. Me eché hacia atrás y contemplé con fascinación el resultado. Ahora sí tenía el corazón acelerado. Casi no me creía mi suerte. ¿Habría encontrado el buen camino?

De repente tenía ante mí a una persona de carne y hueso. ¡Qué personaje excepcional debió de ser míster Johnson! Un hombre de letras brillante, un agitador, pero también un erudito realmente simpático. Y, a pesar de su éxito, también lo rodeaba un halo de tragedia. Su gran sueño fue convertirse en un novelista de renombre, pero la escritura se negó a obedecerlo a pesar de todo su talento, de todo su arte para la oratoria. Para la palabra hablada, fugaz. El Goethe inglés era un autor... sin obra.

El corazón me latía con fuerza. Lo que tenía delante era... la clave. Había encontrado un punto de partida. Por fin, a pesar de todo, me adentraba en el reino del arte. Mi hermano había construido toda su vida alrededor de su amor por la belleza. Y el precio había sido que mi madre no tuviera cabida en su mundo de refinamiento. Yo, en cambio, me negué precisamente eso toda la vida. Por miedo a entristecer a mi madre si yo, su hija querida, también me consagraba a la belleza. Me habría parecido una traición.

Levanté la vista al cielo recortado a través del tragaluz. Belleza y amor... iban de la mano, ¿no?

Entonces llegó el día en que volvería a ver a O. Habíamos quedado delante del Museo Egipcio. Se había mostrado inusualmente persistente en sus intentos por convencerme para vernos.

«Quiero saberlo todo sobre el tal O», me dijo Leo, pero yo me había resistido. Por algún motivo quería guardarme mis sentimientos para mí.

Casi me eché a sus brazos de lo mucho que me alegraba volver a verlo. Mi... Orpheus. De pronto había literalmente sitio para él. La pregunta era... ¿qué habría en su corazón?

—¿Cómo estás? —le pregunté, pero los dos habíamos empezado a hablar al mismo tiempo.

—Enhorabuena. Te lo has quitado de encima.

—Sí —respondí con ligereza. Un intento lamentable de ocultar mi malestar.

Enseguida le pregunté si el paseo no supondría demasiado esfuerzo para su corazón. O se mostró ofendido, o al menos reaccionó con cierta sequedad.

—Cuando estoy bien, estoy bien.

Era evidente que no quería ser «un enfermo». Yo tampoco le conté nada de mi ADEM. Era como si quisiéramos proteger el espacio entre nosotros. Como si intentásemos... respetar su carácter sagrado.

—¿Qué tal va tu impostor?

—Bien —asentí—. La verdad es que estoy escribiendo una novela sobre él. Imagínate.

—Genial —O sonrió.

Los temas de conversación iban y venían. Por dentro todavía estaba conmocionada por el doctor Johnson y la trama que poco a poco iba tomando forma ante mis ojos. Hablaba y hablaba, y al principio no me di cuenta de que O, a mi lado, aflojaba el paso.

—Vale, bien. Tenemos que hablar de una vez. Sobre tu puesto.

—Yo... lo siento mucho. —Qué liberador era decirlo—. Es que... no era para mí. Fue una tontería. Una tontería y... un absurdo.

—¿A qué te refieres?

—A lo de hacerte creer que hablaba japonés.

Por un momento, O me miró con desconcierto. No, no con desconcierto, sino... con inocencia.

—Ah, eso. No importa. Ela, hay muchas cosas que me interesan de ti. Pero no si hablas o dejas de hablar japonés.

Bajé la mirada, y él siguió hablando.

—El caso es que... me han ofrecido el puesto, a mí.

—¿Qué puesto?

O se quedó mirando el suelo.

—El puesto que iba a ser tuyo.

Por un momento reinó el silencio.

—Me alegro —respondí con lentitud.

Pero entonces algo se rebeló en mi interior. Por lo que se veía, el buen orden había vuelto a restablecerse. O, el hijo de una catedrática, se quedaba con el puesto. No yo. Y de nada sirvió que me dijera que, al fin y al cabo, yo no lo había querido. El futuro de O me parecía un lago de aguas mansas, serenas y seguras. Una masa exenta de peligro en la que navegar, nadar, zambullirse, dejarse llevar.

O se había colocado a mi lado; podía percibir su respiración, olía a almendras. Olía increíblemente bien.

—Perdona. —Sin darme cuenta, ya había dado media vuelta.

—¡Ela, espera! —me llamó O, pero no podía quedarme quieta. Tenía que caminar, moverme. Debía alejarme de él.

De vuelta en mi escritorio, me sonó el teléfono. Era un número oculto. Descolgué y oí cómo mi hermano cogía aire.

—Ela, escucha. Lo siento mucho. Lo de tu ADEM.

—No te preocupes. ¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido?

—Tienes que venir. Mamá... está aquí.

En mi mente surgió una expresión que llevaba años sin usar, concretamente la de «alucinar en colores». Sacudí la cabeza, porque la noticia me pillaba del todo desprevenida. Conque mi madre se había subido a un avión y se había plantado en Inglaterra.

Había empezado a caminar arriba y abajo por la sala. Ya me imaginaba la canción de amor que mi madre le cantaría a la ciudad.

«Las suaves colinas. Y el Ladies' Pond. ¡Dios mío!, es que es todo un primor».

Contemplé la ventana del pasillo con los ojos entrecerrados. Sir Wilson perseguía los rayos de sol en el tejado; le había abierto la trampilla de par en par. El cielo volvía a agasajarnos con un resplandeciente azul. «El cielo», pensé, «es azul si, y solo si, el cielo es azul».

Así que mi madre asistiría a la boda. Y yo... no.

Me perdería la fiesta, esa fiesta que George y mi hermano solo celebrarían una vez en la vida. De pronto me di cuenta de lo mucho que yo también quería ir. Lo deseaba tanto que dolía. Sería una fiesta digna, puede que hasta elegante, pero también sucia y ruidosa, desenfrenada, una juerga hasta altas horas de la noche. O quizá hasta última hora de la tarde y ya. Una fiesta con tarta de nata, vino espumoso, *sushi* y todo lo que correspondía; y yo estaba decidida a participar. Incluso a riesgo de que me supusiera una recaída.

Ya no estaba enfadada con mi hermano. A decir verdad..., lo echaba de menos.

—Ela, yo... te necesito aquí. Cuanto antes.

—¿Qué quieres decir?

—Es que... papá también va a venir.

«Claro», pensé. Por supuesto que mi padre querría ir e iría a la boda de su hijo. Aunque no fuera una boda como tal y su hijo se casara con un hombre. ¡Qué fuerte que hasta entonces no hubiera pensado en ello! Por lo visto, cada corazón se hacía sus propios cálculos.

Nuestros padres, juntos, en la boda... era inconcebible. Horrorizada, pensé en todas las fiestas pasadas. Confirmaciones, graduaciones; la de aniversarios y cumpleaños que habían celebrado a lo largo de su matrimonio porque era «lo que se hacía». Todos sudábamos la gota gorda. Mi padre se avergonzaba de su mujer mientras mi madre intentaba pasar inadvertida.

—Ela, en serio..., tienes que ayudarme.

Agucé el oído. Nunca, jamás en toda su vida, mi hermano me había pedido ayuda. Siempre había sido al contrario. Yo era la necesitada; él, el salvador.

No pude evitar pensar en una novela de Yoko Ogawa, en la que se decía: «Todos los problemas tienen un ritmo, ¿ves? Es igual que la música. Si consigues encontrar el ritmo al enunciarlo, leyendo en voz alta, descubres la totalidad del problema e incluso puedes

adivinar las partes sospechosas en las que puede haber una trampa escondida».

«Debe considerarse el asunto desde un punto de vista práctico», pensé. Teníamos que organizarnos para que los dos se evitaran todo lo posible. Que no se acercaran al bufé al mismo tiempo. Que no se sentaran en la misma mesa. Habría que explicarle a la persona encargada de las fotografías de la boda que en estas deberían aparecer o mi padre o mi madre, pero no los dos.

—Que así sea —me oí responder. Y luego—: Venga. Iré.

Para mi abuela, viajar significaba beber agua
desconocida. Otros lugares, otras aguas.

YOKO TAWADA,
Tintenfisch auf Reisen

12

Kokoro

El día antes de volar me torcí el pie. Mi hermano reaccionó con la flema de siempre.

—En caso necesario cargo contigo. En serio. No pasa nada.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —me defendí.

Tal vez fuera una señal. De que debía quedarme en casa.

—Tengo que seguir con el libro —traté de convencerlo una vez más.

No era una excusa. Estaba escribiendo. Era capaz de hacerlo. Las frases todavía eran inseguras, seguía avanzando a ciegas, pero mejoraba de día en día. Los personajes iban adquiriendo poco a poco contornos, deseos, peculiaridades...; empezaban a actuar.

Ya le había contado a mi hermano lo de la novela.

—También podrías simplemente... recopilar ideas. Impresiones. ¿No es algo que hacéis? ¿Las escritoras?

Se esforzaba, y yo se lo agradecía. ¿Era así como escribían otras personas sus libros? ¿Sin escribirlos?

—Tú tan solo toma... notas.

—¿Notas? ¿De qué?

—Ni idea. De nuestra familia.

Me reí tan fuerte que hasta me asusté. Escribiría sobre todo lo imaginable, pero desde luego no sobre nuestra familia. Jamás.

—Venga. Ven, por favor —me suplicó mi hermano.

En el fondo de mi corazón sabía que tenía razón. No era solo la boda lo que me atraía. Era la propia ciudad. Me daba la impresión de que retomaría un hilo perdido. De que cerraría un círculo. Pensé que

Inglaterra sería, además, un buen lugar para reflexionar sobre O. Sobre O y sobre mis sentimientos.

De pronto estaba sentada en el avión. El despegue, esa maniobra temblorosa y ensordecedora, lo superé, milagrosamente, sin esfuerzo. Satisfecha, sonreí para mis adentros. Debía de hacer más de siete años que no volaba. Pero todavía me acordaba de cómo era. Ni siquiera el recuerdo de Sir Wilson maullando lastimero hizo mella en los delicados sentimientos amarillos que despertaban en mi interior. La vecina y su hija habían accedido encantadas a cuidarlo. Incluso se lo llevaron a su cabaña en el campo, con un jardín de verdad.

Entonces, de repente, el motor del avión hizo un ruido extraño, como si pudiera sobrecalentarse en cualquier momento, o pararse y punto, y sin querer comencé a apretarme el escote.

—¿Qué haces?

Henny, sentada a mi izquierda, me miró con atención. Estaba un poco nerviosa porque era la primera vez que volaba, pero no tanto como yo, la adulta.

Me señalé el escote y seguí presionando, exactamente como Leo me había ordenado.

—Hay un punto que, cuando se estimula, serena los nervios —respondí.

Leo me lo había explicado al detalle. Existía un lugar en el que se concentraban todos los nervios. Aunque yo habría preferido un Valium. No es que supiera cómo se sentía uno después de tomarlo, pero me imaginaba que la sensación sería blanda y algodonosa, como con el lorazepam.

Hacia la mitad del trayecto, empecé a encontrarme mal. El avión cabeceaba y se tambaleaba. La señal de advertencia de seguridad se había encendido más de una vez para que permaneciéramos sentados y nos abrocháramos el cinturón.

Obediente, cerré los ojos y me apreté una y otra vez el punto, pero no servía de nada.

En medio del ataque, un rostro amigable se inclinó sobre mí. Era la auxiliar, que venía a comprobar cómo iba todo. A los pocos segundos ya me encontraba mejor. No bien, pero mejor. «¡Qué curioso!», pensé. A veces bastaba una palabra amable para interrumpir el caudal de emociones negativas. O para experimentarlas de manera consciente.

Me recosté en el asiento y permití que el miedo atravesara mi cuerpo, tal y como me habían enseñado. El miedo no se iba, pero tampoco se apoderaba por completo de una. Dejaba de tapar el resto de los sentimientos con su monótono gris oscuro.

Me di cuenta de que tenía muchísimas ganas de asistir a la boda, aunque el reencuentro con mi madre me imponía respeto. ¿Llegaríamos a hablarnos la una a la otra? ¿O nos evitaríamos los tres: mi madre, mi padre y yo?

A O no había vuelto a verlo. Pocos días después de nuestro paseo me había escrito un mensaje:

«Si te apetece, mi madre conoce a una editora. Podrías enseñarle tu libro. Cuando quieras».

Al principio me negué, indignada. Me engañé diciéndome que no quería que O me «ayudara». En realidad, temía la valoración de una mujer desconocida. Tenía miedo de que lo que escribía tal vez no fuera lo bastante bueno.

«Basta», me ordené, como siempre que mis pensamientos se desviaban en esa dirección. ¿No me había deshecho ya de ese miedo? No tenía que escribir un libro perfecto. Tenía que escribir un buen libro. Un libro que me gustara a mí. Solo a mí. El arte no tenía nada, pero nada que ver con la perfección. De hecho, puede que fuese su peor enemiga.

Así que acepté la oferta de O. Cuando llegara el momento, le mandaría el manuscrito a la amiga editora.

Le había dado la espalda durante bastante tiempo. Pero él esperó pacientemente a que se me pasara el enfado. Por supuesto que

quería volver a verlo. Aunque temía enamorarme cada vez más de él. Le había prometido enviarle un mensaje con la respuesta. Me acordé de que en japonés existía una palabra, *kokoro*. Era difícil de traducir: 'alma', 'corazón'. Nada menos. Debía decidir si dejaba entrever mi corazón. ¿Estaba lista?, me pregunté. ¿No seguía estando demasiado rota? ¿Y no era esa la receta para que una relación... saliera mal? ¿Rematadamente mal?

Leo estaba a punto de separarse. Quería aprovechar la ausencia de Henny para hacerse una idea clara de sus sentimientos.

«Dejar a ese hombre triste es... prácticamente imposible —dijo—. Pero debo pensar en mí, Ela. Y en mi hija».

Ahora que la separación acechaba, su marido por fin estaba dispuesto a intentarlo con la terapia. ¿Cuáles eran los motivos para salir de la cama cada mañana?, reflexioné. ¿Por qué se levantaba uno y no se quedaba tumbado sin más? Según el *ikigai* japonés, hay cuatro razones para hacer lo que hacemos. Uno hace lo que se le da bien, lo que necesita el mundo, lo que le proporciona dinero y, por encima de todo, uno hace lo que le divierte. En la confluencia de estos cuatro elementos residiría la felicidad.

Henny no sabía nada de la amenaza de separación. No era justo, creía yo. Lo dependiente que de pequeño se era de los adultos.

Había descubierto que, durante el vuelo, podía ver una película de dibujos animados. Era un manga, en versión doblada, y las dos nos sumergimos juntas en la aventura en un futuro lejano donde las personas poseían un cuerpo artificial. Al poco llegué a la conclusión de que aquello tal vez no fuera para niños, pues había bastante derramamiento de sangre y habían rodado algunas cabezas falsas, pero a Henny le brillaban tanto los ojos al ver las imágenes que arrojé mis reparos por la ventana.

Al aterrizar, estábamos tan inmersas en una conversación sobre la película que simplemente se me olvidó el miedo. Cuando el aparato

se posó en tierra, me enorgullecí de haberlo conseguido. Henny me tomó la mano.

—¿De verdad que aquí hablan inglés? ¿Todos? —me preguntó asombrada.

De camino a la ciudad pasamos por delante de las típicas casas inglesas de ladrillo rojo con ventanales en saledizo. ¿Qué le habría parecido Londres a George la primera vez que la contempló?

Al llegar a Paddington, ya antes de bajar del tren, la reconocí. En medio de la estación de tren estaba... mi madre.

No me podía creer lo que veían mis ojos. Había adelgazado, costaría calcular cuánto, pero me di cuenta de que tampoco quería saberlo. Lo importante era que parecía mucho más erguida y, por lo visto, tampoco necesitaba el bastón para andar. Y que vestía... pantalones.

Ella, que no se los había puesto nunca, ahora los llevaba.

Avancé renqueando. Nadie me había preparado para un momento así. No era una sorpresa, era... poco menos que un milagro. Al mirarnos cara a cara, de pie una frente a la otra, todo mi resentimiento se esfumó. Sentí cómo el corazón de veras se me desbordaba. De amor, de alegría, de a saber qué; solo que eran emociones de color amarillo, comprendí. Amarillo chillón, como Piolín, el canario de *Bugs Bunny* que vivía huyendo constantemente del «lindo gatito» que se lo quería comer.

Mi madre había cometido un error, ¿y qué? Yo también cometería errores. Si algún día me convertía en madre. Tuve que acordarme de una frase de Leo: «La madre es una eterna aficionada. Siempre cometerá nuevos errores o repetirá los antiguos». Aunque fueran errores que ella no pudiera considerar como tales.

Mi cuerpo dio un paso hacia delante, primero vacilante, pero luego me arrojé sobre mi madre y tan solo la estreché entre mis brazos. Ella me dejó hacerlo y, por primera vez desde la infancia, me pareció, nuestros cuerpos se permitieron semejante cercanía.

Cuando nos separamos, me pasé las palmas de las manos por la frente. Mi hermano estaba a su lado, de brazos cruzados. Allí estaba,

nuestra madre, a la vista de todos, en un lugar concurrido, por el que la gente pasaba a toda prisa y alguna persona se nos quedaba mirando, pero a mi hermano no parecía importarle.

Entonces dio un paso atrás, como para no perturbar nuestro círculo.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó mi madre, en lugar de saludarme.

Bajé la mirada. Tenía una mancha azulada en el pecho de tanto como me había apretado el punto de dolor durante el vuelo. Casi parecía un chupetón.

Solo entonces me di cuenta de que mi madre se había teñido de rubio. Cerré los ojos. Pero ya se oían a nuestro alrededor las risas de los viandantes. La pantera había hecho su gran aparición.

—¿Qué hace la pequeña?

—Le pareces guapa. Como todas las rubias.

Mientras Henny se deslizaba grácil como un felino a su alrededor, mi madre se ruborizaba con emocionada incredulidad y mi hermano intentaba que no se le escapase la risa, me di la vuelta y estudié el tablero con los horarios de salida. De allí salían trenes a Oxford casi cada hora. Los bastones iban a complicarme el viaje, pero sabía que para contar la historia de George debía ver la ciudad algún día.

Aunque ya habría tiempo para ello. Primero debíamos celebrar una fiesta. Al cabo de un cuarto de hora largo de rondar a mi madre con sus gruñidos, Henny tuvo el detalle de volver a transformarse en persona y nos montamos en el metro con dirección al norte. Nunca jamás me había subido a un medio de transporte público con mi madre. Teníamos que ir despacio porque a mí me costaba moverme con los bastones; ella se manejaba bien.

En Hampstead, mi hermano recogió nuestro equipaje y lo llevó a la pensión en la que nos hospedaríamos. Solo me quedé con la bolsa con las cosas para ir a nadar.

Entramos en el parque a través de Hampstead Lane, flanqueados por los magníficos frutales y los coloridos parterres. ¿De cuántos de los jardines sería responsable mi hermano?, me pregunté. ¿De Hill Garden, con su pérgola? ¿Del recoleto Secret Garden? ¿Del pulcro

césped inglés alrededor de Kenwood House? Nunca se lo había preguntado.

Pasamos junto a una fuente ornamental con toscas cabezas y ardillas en relieve. Por todas partes paseaba gente, o corría, o sacaba al perro, o patinaba sobre ruedas. Me pareció muy bonito que la boda tuviera lugar en el parque, no en un local privado. Hacía un tiempo poco menos que espléndido, con un cielo sin nubes. El lugar que habían elegido los novios era un claro muy cerca del Ladies' Pond, un exuberante prado. Desde él se veían los estanques contiguos, algunos de los cuales asomaban por detrás del frondoso follaje.

Los invitados ya se encontraban sentados en mantas de pícnic y parecían de un humor excelente. George se levantó de un salto al verme y me abrazó con tanta fuerza que me dejó sin aire. Al contemplar los delicados rasgos de su cara, de pronto dejé de sentirlo como una amenaza. Mi hermano no me iba a querer menos por quererlo a él. Nos quería a los dos, simplemente residíamos en distintos lugares de su corazón.

Solo se habían dispuesto mesas extra para los invitados mayores. Y para mí, que iba con muletas y no podía sentarme en el suelo, y para Henny, por si quería ponerse a pintar. Dos mesas, habíamos decidido. En una ya estaba sentado mi padre. Se lo veía sano y en forma, como siempre, bronceado de las excursiones de senderismo que realizaba cuando hacía buen tiempo y, como siempre que se encontraba fuera de su pueblo, parecía un poco inseguro, allí en el ancho mundo en el que la gente viajaba desde Japón y todos hablaban inglés con fluidez.

—Hola, papá.

—Hola, Ela.

Cuando nos abrazamos, me di cuenta de que me alegraba de verlo. «Inofensivo», fue la palabra que me vino a la mente. Un hombre de edad madura, amable y pacífico, con el poder que uno le concediera; ni más ni menos. Mientras no lo viese más de dos o tres veces al año, me llevaría fenomenal con él.

Pero en ese momento estaba tan distraído que ni siquiera intentó hacerme sentir mal por llamarlo con tan poca frecuencia. Solo tenía ojos para mi madre. Y su reciente transformación.

A su derecha estaban sentados los padres de George, que parecían simpáticos; su madre tenía el pelo corto y de punta, y su padre largo por la barbilla. Me sentí orgullosa de poder saludarlos con mi torpe japonés de bebé, porque ninguno de los dos hablaba inglés. Hasta pudimos intercambiar algún comentario sobre el tiempo. Y también sobre las exquisiteces del bufé. Henny se había zampado en un momento dos pedazos de tarta, glaseado rosa incluido, y parecía disfrutar en general de la fiesta; había un perro y una pareja se había puesto a jugar al bádminton, y la niña se empeñó en hacerles de recogerpelotas.

Mi madre, después de haber saludado a los padres de George con su calidez y cordialidad acostumbradas, se sentó con gesto teatral en la segunda mesa, a una distancia prudencial de mi padre. Se la veía más segura que de costumbre, pero, con todo y con eso, la mirada de mi padre, que siempre se había cernido sobre ella como una guillotina, seguía ejerciendo cierto poder. Yo, normalmente, habría seguido con atención las expresiones de los dos. Mi padre evaluaba el cuerpo de mi madre.

—En Japón, las personas de mediana edad deben ir al médico para que les midan la cintura —dijo como quien no quiere la cosa—. Quien sea considerado demasiado gordo debe someterse a tratamiento.

Mi madre, que había oído de sobra el comentario, fingió indiferencia e hizo como si nada. Ya era mayorcita, no necesitaba mi apoyo, y si mi padre quería meter la pata, era asunto suyo. Era hasta posible que, en su torpeza, lo hubiera dicho con ánimo conciliador. Daba igual, yo ya no estaba dispuesta a preocuparme por qué mosca les había picado cada vez que alguno decía algo sin pensar o a sentirme responsable de mi padre. Mi hermano y yo intercambiábamos de vez en cuando una mirada y una sonrisa

conspirativa. No era fácil convivir con nuestros padres, pero tampoco era ya un drama que lo dominara todo.

Escuché durante un rato las conversaciones de los invitados. El banco estadounidense cuyo colapso había vaticinado el oráculo ya había saltado a los titulares. Nadie sabía qué supondría aquel desastre.

—La economía mundial no va a desplomarse de la noche a la mañana —rio alguien.

—Ven —terminé por decir, en el momento en que la tarde casi había dado paso a la noche.

—¿Qué? ¿A dónde? —quiso saber mi madre.

—Ven y ya está —la conminé al tiempo que echaba a andar.

Recorrimos el camino en silencio. Era un sendero digno de un cuento, hundido y envuelto por hiedras colgantes y hojas de castaño. Ilusionada, abrí la verja negra. Recordaba el Ladies' Pond como un lugar extrañamente mágico, y la realidad no me decepcionó. Fue como adentrarse en un cuadro de algún siglo pasado. Un paisaje evocador. Salvo por el despegue y el aterrizaje de los aviones que se oía muy de fondo, todo estaba en silencio. Alrededor del lago crecían matas, árboles, lirios blancos; en el agua flotaban nenúfares. Entre ellos nadaban cisnes y patos con su fino plumaje de mandarín. Sobre la superficie se mecían los aros salvavidas de color brillante.

—¡Dios mío, qué preciosidad! —exclamó mi madre.

Le tendí el bañador que le había traído; ella lo tomó sin apartar la vista del Ladies' Pond.

Era evidente que Henny no tenía los ocho años que prescribían las ordenanzas, pero era una nadadora segura, cosa que atestiguaba un documento de la federación alemana para la promoción de la natación. Le expliqué a la socorrista que nos recibió, una mujer joven de grandes dientes, que habíamos venido expresamente desde

Alemania y que solo queríamos hacer un largo. Uno solo. Después de pensárselo brevemente, accedió.

Extendimos nuestras toallas sobre la pradera de la izquierda. Mi madre seguía con los pantalones puestos. Por un momento, según aferraba el bolso, pareció que fuera a dar media vuelta. Yo miré a mi alrededor. Las personas que se estaban bañando tenían los cuerpos más variopintos. Jóvenes, viejos, pequeños, grandes, gordos, delgados, blancos, negros...: todos los cuerpos imaginables se congregaban allí. Aunque seguía sin creermelo del todo que mi madre y yo fuéramos a nadar juntas. Hacía casi veinte años de la última vez que estuvimos en la playa o en una piscina descubierta.

Las dos seguíamos paradas, aferradas a las bolsas con la ropa de baño. Henny, en cambio, había descubierto otro perro con el que jugar.

Me percaté de que mis pensamientos, de pronto, tomaban otro rumbo.

¿Cómo era posible, me pregunté, que mi madre, a pesar de la fibromialgia, pudiera moverse sin dolores? Parecía un milagro.

Pero entonces, de golpe, mi mente se fue abriendo paso. Me di cuenta de cómo me iba acercando a la verdad. Todas mis antenas estaban orientadas hacia dentro. Percibí con toda claridad cómo llegaba ese momento en el que uno comprendía que sabía lo que debería haber sabido todo el tiempo. Era una sensación física.

Ahí estaba, el elefante en la sala. Hacía tiempo que se había puesto cómodo entre nosotras dos.

Tragué saliva y carraspeé.

—¿Cómo se llama ese medicamento que estás tomando?

Ella también carraspeó.

—Venga, dímelo —le pedí.

¿Cómo era posible que no hubiera visto, que no hubiera querido ver una explicación tan simple? Ni el amor ni la voluntad, y desde luego tampoco la Virgen Negra, eran la causa de su nueva e increíble movilidad.

—¿Qué pastillas son exactamente? ¿Las que te recetó la médica polaca? —insistí.

Mi madre respondió con evasivas.

—Tienen otro compuesto activo. Uno mejor que el de antes.

En ese momento, mi cerebro hizo «clic».

—Morfina —dije en voz baja—. Estás tomando morfina. Y no poca.

Mi madre me miró fijamente a los ojos.

Me di cuenta de que me entraba frío y calor. No sabía exactamente cómo reaccionaría un cuerpo al tomar un analgésico tan fuerte durante tanto tiempo y en una dosis tan elevada.

—¿Y qué? —Mi madre se encogió de hombros—. Todavía quiero ver algo de mundo.

Entonces dio media vuelta. Al principio pensé que iba a volver al claro donde se estaba celebrando la boda, pero enseguida vi cómo se encaminaba hacia la caseta en la orilla del lago y desaparecía en uno de los vestuarios.

Reprimí el impulso de salir detrás de ella y, en su lugar, me cambié tapándome con una toalla. Mientras tanto, las voces en mi interior libraban una batalla de palabras. Tenía miedo por ella. Sobre todo por lo que la morfina podría provocar en su cuerpo. Pero también quería respetar su decisión.

Sin pensármelo demasiado, agarré el teléfono. El mensaje que le mandé a O constaba de tres palabras:

«Beatitud, estío, terneza».

Apenas lo había enviado cuando ya quería que me tragara la tierra. Solo esperaba que O entendiera mi «sí» como un «sí». A continuación, casi en un acto reflejo, arrojé el teléfono sobre la toalla.

Cuando mi madre regresó a mi lado, en bañador, pero envuelta todavía en una larga toalla de baño, me guiñó un ojo.

—Ela, créeme. La morfina es solo una de tantas cosas. Sin el *reiki* no habría llegado donde estoy.

Por un momento no supe si de verdad había pronunciado la frase o me la había imaginado yo.

Entonces nos acercamos al agua. Mi madre avanzaba con determinación; yo cojeaba a sus espaldas, con Henny de la mano. Paso a paso recorrimos la estrecha pasarela de madera. De pronto estábamos en medio del lago. Mi madre no miró a su alrededor, simplemente se desprendió de la toalla y bajó por la escalerilla. En ese preciso instante habría podido contemplar sus piernas con toda tranquilidad, pero no quise. Me sentía sumamente dichosa de que pudiera utilizarlas. Y yo las mías.

No hacía falta más que apartar los nenúfares un poco y dar un par de brazadas para dejar de sentir el suelo bajo los pies y nadar en un agua divinamente clara, profunda y fresca. Lo único que me dolía, levemente, era el tobillo, el cabo de Buena Esperanza. Henny chillaba gozosa; apenas podía contener su alegría.

Mi madre también estaba radiante. Y de este modo, sin más, empezamos a dar las primeras brazadas profundas. En ese estanque en el que tantas mujeres habían nadado antes que nosotras y seguirían nadando después, cada una a su ritmo, cada una en su cuerpo. Madre, hija, niña. Tres cuerpos —uno pequeño, uno joven y otro maduro—, moviéndose con libertad en el agua.

Ha florecido
y mientras te lo cuento
sigue floreciendo.

YOKO TAWADA,
Abenteuer der deutschen Grammatik

Los capítulos están encabezados por citas de libros que, de una u otra manera, hablan de los cuerpos, o bien de obras que por algún otro motivo me parecieron apropiadas.

1. *Un fantasma en la garganta*, Doireann Ní Ghríofa.

Traducción de Patricia Gonzalo, Madrid, Sexto Piso, 2023.

2. «Señora Lázaró», Sylvia Plath.

Traducción de Jordi Doce, en Ariel, Madrid, Nórdica, 2020.

3. *Un frío de nieve*, Jessica Au.

Traducción de Regina López Muñoz, Madrid, Siruela, 2024.

4. *Mein Herz in der Enge*, Marie NDiaye.

Berlín, Suhrkamp Verlag AG, 2008.

5. *La mujer temblorosa*, Siri Hustvedt.

Traducción de Cecilia Ceriani, Barcelona, Anagrama, 2010.

6. *Leche caliente*, Deborah Levy.

Traducción de Cecilia Ceriani, Barcelona, Anagrama, 2018.

7. *La voz del oráculo*, Liv Strömquist.

Traducción de Alba Nerea Borja Pagán, Barcelona, Reservoir Books, 2025.

8. «Where is my mind?», The Pixies.

9. *Soy un gato*, Natsume Soseki.

Traducción de Yoko Ogihara y Fernando Cordobés, Madrid, Impedimenta, 2011.

10. *Un ángel en mi mesa*, Janet Frame.

Traducción de Juan Antonio Gutiérrez-Larraya, Ana M.^a de la Fuente y Elsa Mateo, Barcelona, Seix Barral, 2009.

11. *Mi año de descanso y relajación*, Ottessa Moshfegh.

Traducción de Inmaculada Concepción Pérez Parra, Barcelona, Alfaguara, 2019.

12. *Kokoro*, Natsume Soseki.

Traducción de Yoko Ogihara y Fernando Cordobés, Madrid, Impedimenta, 2014.

Citas y referencias

Todas las citas de Yoko Tawada son cortesía de ©konkursbuchverlag. [La cita de *Memorias de una osa polar* procede de la traducción de Belén Santana, Barcelona, Anagrama, 2018].

Las «palabras del diccionario» [en alemán] proceden de la recopilación *Eine ungemein eigensinnige Auswahl unbekannter Wortschönheiten. Aus dem Grimmschen Wörterbuch*, selección y edición de Peter Graf. [Los vocablos en castellano proceden de la undécima edición del *Diccionario de la lengua castellana* de la Real Academia Española, Madrid, Imprenta de don Manuel Rivadeneyra, 1869].

Todas las citas de Virginia Woolf proceden de *De la enfermedad*, traducción de Ángela Pérez, Mallorca, José J. de Olañeta, 2014.

«¿Y si el cuerpo no fuese alma, qué es el alma?», p. 9. Walt Whitman, «Yo canto al cuerpo eléctrico», en *Hojas de hierba*, traducción de Jorge Luis Borges, Barcelona, Lumen, 2000.

«Nadie hasta ahora ha determinado lo que puede un cuerpo», p. 9. Baruch Spinoza, *Ética demostrada según el orden geométrico*, traducción de Pedro Lomba Falcón, Madrid, Trota, 2020.

«Que juega con el cuerpo de su madre», p. 11. Roland Barthes, *El placer del texto*, traducción de Nicolás Rosa y Óscar Terán, Ciudad de México, Siglo XXI, 2011.

«puerta abierta / uno fuera [...]», p. 15. Ernst Jandl y Norman Junge, *ser quinto*, traducción de Eduardo Martínez, Santa Marta de Tormes, Lóguez, 2002.

«*Es war im Ausverkauf [...]*», p. 37. Jean-Michel Tourette, Judith Holofernes, Pola Roy, «Guten Tag», 2003.

«Trabaja y no desesperes», p. 38. Heiner Müller, *Herzstück*.

«Solo tengo treinta años [...]», p. 40. Sylvia Plath, «Señora Lázaro», en *Ariel*, traducción de Jordi Doce, Madrid, Nórdica, 2020.

«La oración “la nieve es blanca” es verdadera si, y solo si, la nieve es blanca», p. 46. Empleada, entre otros, por Alfred Taski y Donald Davidson.

«*Auf Tavor, even more*», p. 75. Schnipo Schranke, «Murmelbahn», 2017.

«Pierde dos pájaros, coge dos pájaros», p. 91. Hans Arp, «er nimmt zwei vögel ab», en *Gesammelte Gedichte*.

«Y bien, *herr Doctor* [...]», p. 100. Sylvia Plath, «Señora Lázaro», en *Ariel*, traducción de Jordi Doce, Madrid, Nórdica, 2020.

«Al que envejece [...]», p. 105. Kobayashi Yataro (Issa), en *El libro del Haiku*, traducción de Alberto Silva, Buenos Aires, Bajo la luna, 2000.

Sei Shonagon, p. 117. *El libro de la almohada*, traducción de María Kodama y Jorge Luis Borges, Madrid, Alianza, 2015.

La imagen del escarabajo en la caja, p. 143, procede de Ludwig Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas* (traducción de Jesús Padilla, Madrid, Trota, 2021): «Supongamos que cada uno tuviera una caja y dentro hubiera algo que llamamos “escarabajo”. Nadie puede mirar

en la caja del otro; y cada uno dice que él sabe lo que es un escarabajo solo por el aspecto de su escarabajo. [...] La cosa en la caja no pertenece en absoluto al juego de lenguaje; ni siquiera como un algo: pues la caja podría incluso estar vacía».

La frase «Evidentemente mi cuerpo no pensaba... como yo», p. 153, procede de una cita de Roland Barthes: «El placer del texto es ese momento en que mi cuerpo comienza a seguir sus propias ideas, pues mi cuerpo no tiene las mismas ideas que yo». Roland Barthes, *El placer del texto*, traducción de Nicolás Rosa y Óscar Terán, Ciudad de México, Siglo XXI, 2011.

Natsume Sōseki, p. 159. *Soy un gato*, traducción de Yoko Ogihara y Fernando Cordobés, Madrid, Impedimenta, 2010.

La expresión «alegría duramente conquistada», p. 180, procede de Chantal Jaquet: «Así, los acontecimientos no son tanto ocasión para mostrar la comodidad como para vencer la incomodidad, de forma que un desenlace feliz dé lugar no tanto al regocijo (*gaudium*), sino a la satisfacción con uno mismo (*acquiescentia in se ipso*). Mientras que la satisfacción es una alegría que procede de la contemplación de uno mismo y su capacidad de actuar, el regocijo es una alegría acompañada de la idea de algo pasado que ha resultado mejor de lo que se temía. El *gaudium* es, por tanto, una forma de alegría que implica el destierro de la tristeza. En suma, es una alegría duramente conquistada y no una satisfacción que se produce de inmediato». En *Les transclasses, ou la non-reproduction*, París, Presses Universitaires de France, 2014.

La idea de que la escritura funciona de forma «testamentaria», p. 188, la formula Jacques Derrida en *De la gramatología*, traducción de Óscar del Barco y Conrado Ceretti, Ciudad de México, Siglo XXI, 1986.

«Pulgas y piojos [...]», p. 194. Matsuo Basho, en *Haiku. Japanische Dreizeiler*, Leipzig, Reclam, 1995.

«Por escrito, la mierda no apesta», p. 199. Roland Barthes, en *Sade, Fourier, Loyola*, traducción de Alicia Martorell, Madrid, Ediciones Cátedra, 1997.

«Si me encontrara en la calle [...]», p. 201. Patricia Highsmith, entrevista en *Weltwoche*, 21 de abril de 1976.

La frase, p. 210, juega con «Eterno», un breve poema de Giuseppe Ungaretti: «Entre una flor tomada / y otra ofrecida / la inexpresable nada», en *La alegría*, traducción de Carlos Vitale, Castellón, Igitur, 2007.

«Seré tu espejo [...]», p. 236. The Velvet Underground y Nico, «I'll be your mirror», 1967.

«Todos los problemas [...]», p. 254. Yoko Ogawa, *La fórmula preferida del profesor*, traducción de Yoshiko Sugiyama y Héctor Jiménez Ferrer, Madrid, Funambulista, 2005.

La comparación de la madre con una «eterna aficionada», p. 262, procede de Charlotte Perkins Gilman.

Agradecimientos

A Julia Eichhorn, por transformar el texto en la novela que quería ser.

A Svenja Leiber, por una primera lectura crítica y amorosa.

A Anna Schapiro, Rhea Gleba y Maria Milisavljević, por *a room of one's own*.

A Thao Tran, por el año del dragón y la defensa de los viajes en taxi.

A Paula Fürstenberg, por acordarse de este manuscrito y por la búsqueda exhaustiva de puntos conflictivos.

A Mona Leitner, por el rescate de O y por su temprano amor al texto.

A Nicole Seifert, por preguntarme por la «historia»: «No será este el final, ¿no? No, ¿no?».

A Mira Fliescher (D. E. P.) y su olfato para los japonismos.

A Yoko Tawada, por *Das Bad* y todos, toditos, sus libros.

A mi terapeuta, por enseñarme a desprenderme gradualmente del miedo.

A Belle Santos y Giannis Aristotelous, por las conversaciones sobre la tristeza; a Adam Kaplan, por la más bella odisea en torno a Daimonji, y a Enzo Wetzl y al equipo de Villa Kamogawa por su tiempo en Kioto: *this magic lantern*.

A Werner Rohner, por el intercambio de textos bajo las estrellas (virtuales) de Suiza.

A Christian Dittloff, por *Feed the Cat* y la última y sumamente precisa lectura.

A Aurélie Maurin, por la «mariposa destructiva» y los constantes paseos.

A Saeed Ghani, por su disponibilidad, siempre (*no matter what*).

A Anvar Čukoski, por la más bella y levísima reunión ¡y el TÍTULO!

A mis hijos, por estar ahí y por el amor que llega hasta la luna.

A mi madre, por el sol en el corazón.

A todos los médicos y médicas, todos los sanadores y sanadoras que me han ayudado durante mis más variadas crisis: gracias, *from the bottom of my heart*.

La autora agradece al Deutschen Literaturfond la beca de trabajo que recibió en 2022.

Título original: *Junge Frau mit Katze*

La traducción de esta obra se ha subvencionado con
una ayuda del Goethe-Institut.



Edición en formato digital: octubre de 2026

Copyright © 2025, Verlag Kiepenheuer &
Witsch GmbH & Co. KG, Cologne/Germany
© de la traducción: Noemí Jiménez Furquet, 2026
© AdN Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 979-13-87596-68-2

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Table of Contents

1. Un fantasma en la garganta
 2. Señora Lázaro
 3. Un frío de nieve
 4. Mi corazón oprimido
 5. La mujer temblorosa
 6. Leche caliente
 7. La voz del oráculo
 8. Where is my mind?
 9. Soy un gato
 10. Un ángel en mi mesa
 11. Mi año de descanso y relajación
 12. Kokoro
- Citas y referencias
Agradecimientos
Créditos